98
75
7

LIBRARY
USE ONLY

2010431399

G868.8 G887S 1907 V.1 LAC

SUEÑOS Y REALIDADES

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

JUANA MANUELA GORRITI

SUEÑOS Y REALIDADES

TOMO I

BUENOS AIRES
1907

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires

Juana Manuela Gorriti

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

JUANA MANUELA GORRITI

Uno de los más célebres jefes de la escuela de la fantasía en la novela (no decimos de la novela fantástica) el ingenioso Stahl, ha dicho:

«Hay árboles cuyas hojas tiemblan y se estremecen al acercarse una mujer.

»Hay flores que se inclinan bajo la planta femenina, como si quisieran de este modo enviarles con más seguridad sus más ricos perfumes.

»La misma tempestad ama á esa clase de mujeres, y los vientos enfurecidos se aplacan á su voz.

»Las constantes ternuras del céfiro son para esas mujeres; y si algo acaricia con amor, es, sin duda, los rizos perfumados que rodean sus bellas facciones.»

Si Stahl hubiera visto á la señora Gorriti y si hubiera leído sus obras, habría exclamado: ¡He ahí una de las mujeres de que hablo!

Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevación de ideas, bondad de corazón, prendas del alma, gracia en el decir y talento para contar; eso, más que eso, las decepciones y las lágrimas forman la aureola

326333

que brilla sobre la inspirada frente de esta literata americana.

No pulsa la lira, pero tiene inmensos tesoros de poesía en el alma. No ha cultivado el arte del ritmo y de la rima; pero en su sencilla y sentimental prosa nos revela las armonías de su corazón; armonías elegíacas, si se quiere.

Que la hermosa escritora ha sufrido, no hay quien lo ignore en las orillas del Plata ni en las riberas del Pacífico. Pero ella misma nos lo dice en uno de sus más bellos escritos. La autora de la poética y enternecedora biografía de Güemes se expresa así, al empezar esa obra:

«¡Ah! yo también, sombra viviente entre esas varias sombras, yo también voy allí con el recuerdo á reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oasis de la infancia algunos rayos de luz, algunas flores para esmaltar y perfumar mi camino. ¡Ah! ¡cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme, como á mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme á la memoria de las virtudes de aquellos, para olvidar que la Providencia ha permitido los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y contristado mi juventud, y la lealtad, la fe, el heroísmo y la piedad con que los otros ungieron mi infancia—para poder decir—¡Dios es justo!»

¡Cuánto dolor y cuánta amargura no revelan esas líneas trazadas con tan valiente pluma, y esas ideas expresadas con tan triste y noble lenguaje!

Si, como se ha dicho, todo dolor tiene su culto, tributemos el nuestro al inmenso dolor que ha desgarrado aquel corazón, y no descorramos, profanos, el velo que encubre los secretos de aquella alma tan noble...

La señora doña Juana Manuela de Gorriti nació en la provincia de Salta, república Argentina, en junio de 1814. Su padre fué un hombre de letras, abogado, administrador y guerrero. Fué íntimo amigo y compañero de Güemes; y esto sólo haría su elogio. Como aquél, si no murió bajo las balas de los traidores, fué inmolado por el puñal de la ingratitud y de la calumnia. Por servir á su patria fué perseguido y murió lejos de su hogar llevando hasta el último día de su vida el traje del proscrito.

La joven dama de quien venimos ocupándonos, tuvo que emigrar con su padre cuando apenas contaba doce años de edad. La familia proscrita se asiló en Bolivia.

En aquella república existía un hombre de triste celebridad en América, á quien se conoce bajo el nombre de Isidoro Belzú. Y fué á ese hombre á quien tocó la alta dicha de ser el esposo de tan cumplida mujer. Cierto escritor, al hablar de madame de Girardin, ha dicho:

«Su único defecto es su esposo.» Esta frase es injusta al referirse á un hombre tan eminente (y adviértase que más de una vez hemos combatido las ideas

del redactor de la *Presse)* como M. de Girardin; pero aquella frase parece expresamente preparada cuando se habla de la señora de Gorriti y de Belzú.

Echemos en olvido los episodios de la vida de la ilustre argentina, pues no nos creemos autorizados para describirlos.

En 1845, los literatos de Lima, como todos los de la América latina, leían con encanto una novela de alto mérito, titulada «La Quena.» Su autora era la señora de Gorriti. La prensa colmó de merecidas alabanzas á tan notable escritora. Luego dió á luz «El guante negro.» En el «Iris», periódico literario de Lima, publicó algunos fragmentos del diario que lleva por título «Album de un peregrino», y otra novela, «La Hija del Masorquero».

En 1858, las columnas de «El Liberal» se engalanaron con una obra de mucho interés, redactada por la experta pluma de la literata argentina: ese libro tenía el título de «Un drama en el Adriático»; y á éste siguieron otros no menos importantes: «El lecho nupcial» y «La Duquesa».

«La Revista de Lima» tuvo la fortuna de contar entre sus colaboradores, desde 1860, á la señora de Gorriti, quien ha publicado en esas páginas «El Ramillete de la velada», «El lucero del manantial», «Gubi-Amaya (Memorias de un bandido)», «Si haces mal no esperes bien», «El ángel caído».

En la «Revista del Paraná» de 1861, hemos leído la bellísima biografía de Güemes, que hasta cierto punto recuerda algunos de los escritos de Pelletan, sin que

por esto pierda nada de su originalidad. Creemos que también fué en esa Revista donde se publicó la novela de tan brillante escritora, «La duquesa de Alba».

Se nos ha asegurado que la señora de Gorriti se prepara á publicar dos nuevas obras: «El pozo del Yokú» y «La novia del muerto».

Sin galantería, sin ceder á la simpatía natural que nos inspiran los literatos americanos, cualquiera que sea la bandera política que sigan, declaramos que hemos leído con deleite todas las obras de la fecunda escritora de Salta, que desde 1845 puebla con sus armonías las encantadoras orillas del Rimac.

La señora doña Juana Manuela Gorriti no pertenece como Jorge Sand á una escuela filosófica, ni como éste tiene los refinamientos del arte y del estilo; pero en cambio posee el sentimiento de lo bello y de lo bueno que distinguió á la autora de «Margarita ó los dos amores», la malograda Sofía Gay, madame de Girardin. Sin la corrección de lenguaje de Fernán Caballero, tiene como esta afamada escritora española el amor á la verdad, á la sencillez, y sin ser realista describe fielmente la naturaleza, animándola con los tintes de lo ideal. La escritora no olvida á la mujer, la literata recuerda siempre que es cristiana; y por eso sus novelas y sus crónicas son recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos de las vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que más dada sea á la práctica de la virtud.

Lejos está la literata argentina de poseer las fa-

cultades de la autora de «Indiana y Valentina»; pero lejos está la escritora francesa de poseer la noble sencillez y el espíritu moralizador de la autora de «El Lucero del Manantial». Aquella se presta mucho á la discusión, y conmueve todas las pasiones; ésta arrulla dulcemente el alma y hace pasar las horas en grata paz. La literata francesa ha perdido su sexo, como dice M. de Lamartine, en las luchas filosóficas y políticas. La literata argentina se ha mostrado mujer por el corazón y por el lenguaje, por la sencillez y la moralidad.

La novela, después de la forma dramática, ha dicho Planche, es la forma más popular del pensamiento; pero si puede sanar muchas heridas, puede también abrir otras que son incurables. Esto lo ha comprendido por intuición la señora de Gorriti, y por ello trata de armonizar la pureza de la forma con la elevación de los sentimientos. En muchas de las novelas de la literata argentina hay ausencia de episodios, los caracteres están apenas delineados, las descripciones dejan que desear; pero en cambio hay rapidez en la acción, altura en los pensamientos, dignidad en la expresión, moralidad en el fin que se propone: y si las descripciones son cortas, las que presenta son exactas y revelan lo que hoy se llama el sentimiento estético y el color local.

«El Lucero del Manantial», (episodio de la dictadura de D. Juan Manuel Rosas), es una deliciosa producción, que en estrechas dimensiones contiene todos los elementos de una novela, y que recuerda las leyendas y baladas de la severa y melancólica Escocia.

«En los últimos confines del Sur, cerca de la frontera que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, se hallaba un fuerte medio arruinado, que lo guardaba un destacamento de las fuerzas veteranas de la república. El comandante tenía una hija que era un ángel.

»María era la flor más bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

»Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos semejábale también en su elegante flexibilidad. Sombreaba su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendía en negras espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplación del cielo, habían robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz, dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenía inflexiones de entrañables ternuras, que conmovían el corazón como una caricia, y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algún ángel extraviado en el espacio.

»El viajero que á lo lejos la divisaba pasar, envuelta en su blanco velo de virgen, á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

»—¡Es una hada!

»Pero los habitantes del «Pago» respondían:

»—Es la hija del comandante, «El Lucero del Manantial».

.....

»El adusto veterano compañero de Artigas, desarrugaba sólo el ceño de su frente surcada de cicatrices para sonreir á su hija.

»Para aquellos hombres hostigados por frecuentes invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa expresaban las inquietudes de una perpetua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

»Pero ella, que era la alegría de los otros, ¿por qué estaba triste? ¿qué sombra había empañado el cristal purísimo de su alma?

»La hora del dolor había sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor».

La joven tuvo un sueño de amor que al mismo tiempo le produjo honda pena y la llenó de terror.

En medio de charcos de sangre y sobre montones de cadáveres, la joven vió que alzaba arrogante la frente un joven bello con la belleza del arcángel maldito; iba blandiendo un puñal; se acerca á María, y la virgen, á pesar del temor que le inspiraba, se sentía arrastrada hacia él. Su corazón le decía:—Amalo.

Al despertar llena de sobresalto, pasó la mano por su blanca frente, y repitió consolada: ¡Era un sueño! y como el alba había rayado, la intrépida amazona fué en busca de su favorito alazán. Saltó gallardamente sobre el lustroso lomo del noble animal, y des-

apareció en medio de los vastos horizontes de la Pampa. El corcel, sintiendo su ligera carga y reconociendo el «camino de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que le regía, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio».

El bruto atravesó el linde que separaba el campo cristiano del inmenso territorio de los salvajes. María, pálida de espanto, se creyó perdida, cuando sintió que el alazán se abatía sobre sí mismo, «embolado» por una mano invisible.

La joven se desmayó, y al volver en sí se halló en los brazos de un hombre que la observaba con encanto. La virgen contempló á ese hombre; era un apuésto y gallardo mancebo; pero «¡ay! ¡era el fantasma de su sangriento ensueño!»

El joven (y esto es de suponerse por el relato de la autora) condujo á María cerca del fuerte, pues en la noche siguiente, y en las que se sucedieron, la vemos «con la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperando á un hombre que llegando cautelosamente al pie del ombú, asíase á sus ramas escalaba la ventana y caía en sus brazos».

María lo llenaba de caricias y le hacía mil protestas de amor, aun cuando no le ocultaba el temor que le inspiraba. Ese hombre se llamaba Manuel. El le hablaba con pasión, y las horas se deslizaban para los dos amantes entre caricias y promesas.

Pero una noche llegó, terrible para María, en que no vió al hombre que había dispuesto de su corazón y

de su honra... Por el mismo estalló la guerra civil, «y el fragor del cañón homicida ahogó las risas y los gemidos».

La joven se sintió madre. Antes de que se hiciera público su deshonor, resolvió darse la muerte. Pero cerca de ella velaba un hombre de corazón bien puesto, de sentimientos generosos, y que aun cuando conocía el secreto de la joven, la amaba con delirio.— «Te amo—le dijo,—y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mí? seré tu esposo, tu amigo, y... el padre de tu hijo.»

Muchos años corrieron tranquilos para tan dulce pareja, y la nobleza del esposo había hecho casi olvidar la terrible escena á la engañada y digna mujer.

Enrique, fruto del vedado amor primero, era reputado como hijo de Alberto, el salvador de la seducida María. Dieciséis años habían transcurrido cuando un día de verano, una silla de posta atravesó las calles de Buenos Aires y penetró en el patio de una casa sita en uno de los más hermosos barrios. Una bella mujer bajó del carruaje para encontrarse en los brazos de un hombre de distinguido porte. Este era Alberto y la dama era su esposa, era María.

La primera pregunta de la madre fué: ¿y mi hijo? El padre le contestó que en aquel día sellaba con lucimiento su carrera escolar. Pero también en aquel día debía Alberto concurrir á las sesiones de la Cámara de Representantes, de la cual era presidente. Tratábase de una cuestión muy grave: Rosas pedía que se le concedieran poderes dictatoriales, y Alberto, aun

cuando su amigo y confidente, se preparaba á combatir tal proposición. Era su deber, y siempre había seguido los dictados de su conciencia.

Mientras que el padre salía el hijo entraba. Pasados los primeros momentos de efusión entre María y Enrique, éste se dirigió á la cámara con el fin de «aplaudir á su padre con la voz y con el alma».

La proposición de Rosas es presentada á los representantes del pueblo. Dominados todos por el terror que ya había empezado á reinar, sólo dos se atrevieron á contrariar la voluntad del que ya era dictador de hecho: esos dos ciudadanos fueron el obispo de la Metrópoli y Alberto.

Cuatro hombres enmascarados penetraron en el instante en el recinto de la cámara, y dirigiéndose á la silla del presidente, clavaron un puñal en el corazón de Alberto...

Enrique entraba en este momento, y sólo pudo arrancar el arma homicida del pecho del hombre que reputaba como padre, y jurar al cielo que vengaría tan infame asesinato.

Al día siguiente, en Buenos Aires imperaba la sangrienta dictadura del salvaje de las Pampas. Corría el rumor de que un joven había atentado contra la vida del tirano, y que habiéndosele aprehendido, se le había juzgado sumariamente, y condenádosele á muerte.

En efecto, al frente del palacio del dictador se elevaba un banquillo, y allí se había llevado á un hermoso joven. Ya los soldados tenían inclinados los fusiles y estaban prontos á hacer fuego, cuando aparece una

mujer pálida y desgreñada, y ruega al oficial que aguarde algunos instantes, pues va á implorar la «clemencia» del dictador.

Esa mujer era María. El que iban á fusilar era Enrique. El hijo prohibe á la madre que se degrade hasta el punto de pedir gracia al asesino de Alberto. Pero la madre sólo oye la voz del corazón, y parte sin tardanza hacia el palacio del tirano. Se abre paso y llega hasta el gabinete en que se hallaba la hiena conocida bajo el nombre de Rosas; pero al ver las facciones de ese hombre, María siente que la voz se le detiene en la garganta, y cae como petrificada.

Pocos instantes después se oye una detonación, y María sólo puede exclamar:—«¡Manuel! ¡Manuel! ¿qué has hecho de tu hijo?»

Una noche los indios vieron que una mujer vagaba por entre las ruinas del fuerte del «Pago», destruido por los salvajes que habían asesinado al anciano comandante.

Esa mujer pálida, desgreñada, vestida de luto y llevando la muerte en el alma y el corazón, era «María, el Lucero del Manantial».

«El Guante Negro» es un episodio de la sangrienta tiranía de Rosas. Ramírez era un valiente militar, un corazón leal, un coronel de la República Argentina, que no viendo los crímenes de Rosas, sólo pensaba en

la causa federal y en la amistad que había jurado al dictador.

Wenceslao era hijo del coronel Ramírez: valiente como su padre, hermoso é inteligente, acababa de recibir una herida en un tremendo combate cuerpo á cuerpo. Su corazón se hallaba dividido entre dos amores; amaba á Manuela Rosas por ambición y vanidad; amaba á Isabel, hija de un cumplido patriota, una de las víctimas de la más-horca. Pero el amor por esta bella y encantadora virgen, era el real y verdadero.

En una tarde de verano, Manuela Rosas se presentó en casa de Wenceslao, acompañada de un lacayo que vestía una rica librea. La hija del dictador iba allí conducida por tres motivos poderosos, Wenceslao seguía las banderas de su padre, Wenceslao había expuesto su vida por defender la honra de la joven, Wenceslao era el sueño de su corazón.

Cuando Manuela Rosas se aproximó al lecho del herido, éste la saludó con gratitud y con amor; ella, si le manifestó sus sentimientos, fué más con las miradas que con las palabras. Pero el joven, galante y ambicioso, se apoderó para besársela, de una de las manos de la peligrosa huri, y le descalzó el guante de seda negra que la encubría.

Pero los instantes corrían, y preciso fué que la hija del dictador se alejase, pues la esperaban en Palermo, residencia del tirano.

Cuando apenas había salido aquélla del aposento de Wenceslao, penetró por una puerta secreta otra

joven, pura, inteligente y fiel: era Isabel, que venía a curar las heridas del enfermo.

Al verla Wenceslao, dió rienda suelta á sus verdaderos sentimientos. La ambición cedía el puesto al amor.

Los dos jóvenes departían agradablemente, é Isabel le daba cuenta de los funestos presentimientos que la asediaban, cuando el reloj del salón anunció que era media noche.

Isabel debía partir, pero antes era preciso curar á su enfermo.

Manuela Rosas había dejado el fatal guante negro, y en la parte interior, sobre la cinta que cubre el resorte, se leía el nombre de su dueña. Wenceslao había colocado esta prenda sobre su corazón.

Isabel descubre aquel objeto, lee el nombre de su rival odiada por ella con doble motivo, y lanza un grito. Luego declara al joven que todo queda roto entre ellos. A tiempo descubría aquel misterio para recordar el juramento que había hecho á su padre asesinado, juramento que ella quebrantaba al amar á un servidor del tirano.

Pero Wenceslao siente entonces todo el amor que profesaba á Isabel, le pide perdón y le jura aceptar el sacrificio que le imponga, que cualquiera será leve á trueque de reconquistar su corazón.

—¡Y bien!—dijo Isabel—¡si me amas, pruébamelo partiendo para el campo de los unitarios!

Y desapareció al instante.

El sacrificio pareció inmenso, inaceptable á los

ojos de Wenceslao, y en su dolor, en la alternativa de perder á su amada ó pasar por traidor, pensó en la muerte; llevó la mano al pecho y se arrancó el vendaje que cubría la herida.

Moribundo estaba y la sangre de su herida corría á torrentes, cuando llegó ese ángel de consuelo que se llama madre, y á fuerza de solícitos cuidados pudo reanimar al hijo querido, cuya primera palabra fué ¡Isabel!

Algunos días habían transcurrido y Wenceslao se hallaba casi del todo curado, cuando la madre sorprendió que su esposo se había llenado de furor al leer una carta que le acababan de llevar. El coronel Ramírez pronunció el nombre de su hijo, y saliendo con dirección hacia el jardín, habló con uno de sus más fieles servidores, á quien dió orden para que cavase un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

La madre, previendo una parte de la terrible verdad, corrió al gabinete del coronel, halló la carta fatal y la leyó: era una carta que Wenceslao había escrito á Isabel y que había sido interceptada por los agentes de Rosas. En esa carta el joven prometía á su amada abandonar su bandera para recobrar su amor: le anunciaba que pasaría al campo de los unitarios. A esta carta acompañaba el funesto guante negro de Manuela Rosas, y el joven suplicaba á Isabel que lo hiciera llegar á su dueña.

Cuando la madre, dominada por el terror, puesto que conocía el terrible secreto de su esposo, se halló

en presencia de éste, le habló como habla en tales lances una madre: apeló á las lágrimas, manifestó al implacable militar toda la crueldad de su pensamiento, pues se resistía á creer que pusiera en práctica tan criminal proyecto. Al fin se pudo convencer de que era inalterable la resolución del padre, quien extraviado por un falso sentimiento de honor y de lealtad, que sólo hubiera legitimado una noble causa, estaba decidido á asesinar al hijo que consideraba como traidor.

Entonces la madre tomó el puñal que el coronel había colocado sobre una mesa, y lanzándose sobre él, le dijo:

—«¡Pues muere tú! muere, porque yo quiero que mi hijo viva.

»Y la mujer hundió el puñal en el pecho de su esposo.

»En ese instante entraba Wenceslao.

—»¡Madre mía! ¿qué hacéis?—exclamó Wenceslao precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

»La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación.

—»¡Mi esposo había jurado matar á un traidor—dijo ella,—ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo por salvar á mi hijo!»

Wenceslao olvidó á Isabel al presenciar tan horrible escena, y al día siguiente, á la cabeza de su regimiento, fué á unirse con el ejército del famoso Oribe, ese digno compañero de Rosas.

En «Quebracho Herrado» hubo á poco tiempo una sangrienta batalla entre las tropas del tirano y las huestes de los patriotas, que muy inferiores en número y ocupando desventajosas posiciones, aceptaron la lid por no abandonar á la emigración que les seguía, y que no habría podido soportar una marcha forzada.

Cuando al fin se cansaron de matar heridos, de asesinar ancianos y mujeres, los soldados de Rosas y Oribe se retiraron á su campamento. Era alta noche, y una joven, con el cabello suelto al viento, la mirada extraviada, el paso vacilante, llegó al sitio de la carnicería. Era Isabel, que guiada por el instinto de la amante, descubrió, entre centenares de cadáveres de amigos y enemigos, el del dueño de su corazón, el de Wenceslao, á quien no había podido olvidar: el joven tenía en el pecho una herida, ésta era de forma circular y bordes negros, y la herida estaba cubierta con el fatídico guante negro. Isabel cayó en tierra, exclamando con hondísima amargura:

«¡He ahí la mano de Manuela Rosas, qué le ha despedazado el pecho por robarme su corazón!»

Los cuadros de esta novela, verdadera «Nouvelle», según la clasificación literaria de los franceses, que la distinguen del «Roman», están admirablemente trazados, hay movimiento dramático, caracteres bien delineados, acción sostenida y rápida.

La autora del «Guante negro», lo repetimos, ha dado pruebas relevantes de que puede abordar con buen éxito la novela de grandes dimensiones y el drama en todas sus formas. En el «Guante negro» entran

en juego el amor, los celos, la ambición, la sublime abnegación de la madre, el fanatismo de un falso punto de honor, el patriotismo y la venganza: elementos más que suficientes, no diremos para un cuadro de novela, sino para una novela en debida forma.

Por no extendernos demasiado, renunciamos á presentar un análisis de otras piezas notables de la literata argentina. El que desee extasiarse á la vez con los atractivos de la novela, con la enseñanza de la historia, con las profundas sensaciones de la tragedia, con los sublimes transportes del poema, lea:

«Güemes, recuerdos de la infancia».

La novela, en sus diversas formas, cuenta ya en América con ilustres representantes: la señora de Avellaneda nos ha presentado, entre otras, á «Espatolino—Daniel», y con la señora de García, el «Médico de San Luis».

Orozco, «Guerra de treinta años»,—Lastarria, la «Mano del muerto»,—Fidel López, la «Novia del Hereje»,—José Mármol, la «Amalia»,—Bartolomé Mitre, «Soledad»; y luego vienen con sus multiplicadas producciones, M. A. Matta, y con sus crónicas Barros Arana, Palma, Quesada, etc., etc.

Pero leed sobre todo los hermosos escritos de la simpática é inspirada escritora del Plata.

«Manibus date lilia plenes».

J. M. Torres Caicedo.

1863.

LA QUENA

La cita.

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj de la catedral de Lima. Sus calles estaban lóbregas y desiertas como las avenidas de un cementerio; sus casas, tan llenas de luz y de vida en las primeras horas de la noche, tenían entonces un aspecto sombrío y siniestro; y la bella ciudad dormía sepultada en profundo silencio, interrumpido sólo á largos intervalos por los sonidos melancólicos de la vihuela de algún amante, ó por el lejano murmullo del mar que la brisa de la noche traía mezclado con el perfume de los naranjos que forman embalsamados bosques al otro lado de las murallas.

Un hombre embozado en una ancha capa apareció á lo lejos entre las tinieblas. Adelantóse rápidamente, mirando con precaución en torno suyo, y deteniéndose delante de una de las rejas doradas de un palacio, paseó suavemente sus dedos por la celosía de alambre.

La celosía se entreabrió.

—¿Hernán?—dijo una voz dulce y armoniosa como las cuerdas de una lira. Y al mismo tiempo apareció el bellísimo rostro de una joven engastado en negros y largos rizos sembrados de jazmines y aromas.

—¡Rosa! amada mía, no temas, soy yo—respondió con apasionado acento el embozado, estrechando contra su pecho la mano blanca y fina que la joven le alargaba.

—¡Oh! ¡cuánto has tardado esta noche!—dijo ella suspirando.—Yo contaba los segundos por los latidos de mi corazón; pero eran éstos tan precipitados, que me parece haber vivido siglos desde las once.

Y abriendo enteramente la celosía, se puso de rodillas en el antepecho de la ventana para mirar de más cerca á su amante, cruzando por fuera de la reja dos brazos torneados y blancos como el alabastro, con esa mezcla de infantil confianza y de gracia voluptuosa peculiar sólo á nuestras vírgenes americanas, á quienes la influencia de nuestro ardiente sol, sin quitarles nada de la inocencia adorable de la niñez, les da con todos sus refinamientos, las seducciones de la mujer.

Aquél á quién ella llamaba Hernán, contemplaba en un éxtasis doloroso el rostro encantador que casi tocaba al suyo.

—¡Rosa! ¡adorada mía!—la dijo—nunca te vi tan hermosa como en este momento; nunca tus ojos han resplandecido con tan divino fuego, ni tu dulce voz ha tenido jamás sonidos tan mágicos para mi corazón.

—Y, sin embargo, vas á alejarte de mí, á abandonarme á las persecuciones insoportables de ese odioso Ramírez, que escudado con la aprobación de mi padre, de quien es amigo y colega, me considera insolentemente como su propiedad futura, sin contar para nada con mi voluntad. Pero yo les haré conocer la energía de esa voluntad con que no cuentan; y si tú me abandonas en la lucha terrible que voy á sostener, mi valor no me abandonará al menos. Guarda, pues, ese fatal secreto que rehusas confiar á tu amante, y que, puesto que te prohibe el pedir á mi padre el corazón que su hija te ha dado, será quizá algún vínculo que te liga á otra...

La voz de la bella joven que había tomado el acento firme de un adolescente, descendió á estas palabras, á un diapasón dulcísimo, perdiéndose en un largo sollozo.

—¡Rosa! ¡ángel mío! no aumentes con tus lágrimas la horrible amargura que inunda mi corazón. ¡Ay! yo dilataba el momento de destrozar el tuyo con el peso de mi secreto, pero, pues ha llegado la hora... ¡sea!...

¿Quieres saber quién es este Hernán á quien conociste en aquella corrida de toros sentado al lado del virrey? Este Hernán de Camporreal, educado con los hijos de los grandes de España, es el descendiente de esa raza proscripta que vosotros, sobre todo tu padre, miráis con tanto desprecio, después de haberla destronado y de haberos engrandecido con sus riquezas; el que te ama á ti, hija del orgulloso oidor Osorio, el

que prefieres al poderoso y magnífico oidor Rámirez, es el hijo de una india; es un desventurado que nada posee en el mundo aunque su pie huella quizá los tesoros que sus padres confiaron á las entrañas de la tierra para sustraerlos á la sanguinaria codicia de sus tiranos.

Hernán se interrumpió, fijando en su amada una mirada penetrante, como si quisiera leer en el fondo de su alma. Pero ella había cruzado las manos sobre su pecho y lo contemplaba extasiada.

—¡Qué escucho!—exclamó.—¡Hernán el elegido de mi corazón, es un hijo de los incas! ¡Oh! ¡yo lo había presentido! ¿De dónde venía esa emoción profunda que aun antes de conocerte sentía yo al solo nombre de Manco Capac ó de Atahualpa? Se hubiera dicho que entre mi corazón y el sepulcro olvidado de esos héroes, mediaba una fibra palpitante, por la cual el calor juvenil de mi sangre comunicaba con sus heladas cenizas. Entonces yo atribuía ese sentimiento extraño á las vehementes simpatías de la juventud, aún por seres desaparecidos después de siglos; pero era el presentimiento de mi amor. Mas dime, Hernán, aunque mi padre mire con desprecio el linaje de tu madre, ¿en qué perjudica esto á nuestro amor, pues que el noble conde de Camporreal la hizo española dándole su nombre?

La altiva frente de Hernán palideció á estas palabras.

—¡Oh! ¡santa madre mía!—exclamó elevando al cielo una mirada de amor infinito,—ese nombre que te

rehusaron, por noble que sea, todavía no era digno de ti: él no podía aumentar el brillo de la aureola de virtudes, de honor y de heroísmo que rodeaba tu frente. ¡No! Rosa, mi madre no llevó nunca ese nombre: una atroz injusticia le privó de él. ¡Oh! si eso hubiera sido lo único que le robó... Escucha su historia, amada mía, cuyo corazón es el único digno de comprenderla, tú á quien ella me ha enviado del cielo para reemplazarla en la tierra.

II

La madre.

Mi más lejano recuerdo me representa un dia muy pequeño, sentado á los pies de mi madre, que era una joven alta, de maravillosa hermosura, con largos y rasgados ojos negros...

—¡Como los tuyos!—murmuró Rosa con acento que revelaba una inmensa pasión, y pasando sus lindos dedos por las largas pestañas de Hernán.

—Con una boca—continuó éste—pequeña y de labios encarnados, por los que sin cesar erraba una dulce y melancólica sonrisa, dejando ver dos iguales filas de dientes de un blanco de nieve azulado. Su hermosa frente, de la que descendian cuatro trenzas de cabellos, tan largos que descansaban en el suelo, estaba adornada de una banda de púrpura, única insignia, con que la veneración fanática del pueblo distingue á las hijas de los antiguos reyes del Perú.

Nos hallábamos en el Cuzco, en una casita cuyos muros habian pertenecido á construcciones anteriores á la conquista. El sol brillaba en un cielo sin nubes, y

uno de sus rayos, pasando por una ventana, venía á morir á nuestros pies.

Mi madre hilaba con aire triste y meditabundo, interrumpiéndose sólo para bajar su mano sobre mi frente y acariciarme. Yo jugaba recostado en su rodilla, ya con su rueca cuyo curso detenía, ya con los átomos del sol que perseguía procurando encerrarlos en mi mano.

—¡María! ¡hija mía! ¿estás ahí?—preguntó una voz cascada desde la puerta.

—Entrad, cacique—respondió mi madre levantándose para recibir á un anciano indio, de cabellos blancos y rostro venerable,—venid, mi buen padre adoptivo. Mi corazón está hoy muy triste. El anciano miró á mi madre con dolorosa ternura.

—Sí, muy triste—repitió ella, contestando á esa mirada.—Funestos presagios me anuncian una desgracia. ¿Cuál? ¡lo ignoro! Anoche mismo un sueño extraño y angustioso me ha llenado de terror. ¡Oh, vos, á quien Dios revela su misterioso sentido, escuchad y decidme lo que debo temer!

Me hallaba con mi hijo sobre mis rodillas en un jardín delicioso, tan bello, que en comparación suya nuestras fértiles quebradas son áridos desiertos. Me rodeaban árboles de toda especie, cargados de hermosos frutos; innumerables, variadas y bellísimas flores me embriagaban con su penetrante aroma; y, sin embargo de que todo allí respiraba alegría, yo estaba triste, y una dolorosa inquietud me hacía estrechar á mi hijo contra mi corazón.

De repente vi delante de mí un hombre de formas colosales, un gigante vestido de verdes juncos, y cuyas facciones, ¡cosa extraña! tenían la movilidad de la imagen que vemos reflejarse en el agua agitada.

—¡El mar!—murmuró el indio.

—El espanto que me causó aquella aparición produjo en mí un efecto inaudito. Mis miembros se entorpecieron, mi lengua, como clavada al paladar, no pudo articular ni un solo grito, y de todo mi ser material, mis ojos solos quedaron con vida, mis ojos que vieron al gigante aprovechándose de mi postración, tomar á mi hijo por el cuello, arrancarle de mis brazos á pesar de sus gritos, y alejarse con él hacia una llanura sin límites, donde desapareció.

—¡El mar!—repitió el cacique.

—El dolor que desgarró mi corazón me despertó. Mi cuerpo, agitado de horribles convulsiones, estaba cubierto de un sudor helado; mis sienes latían como si fueran á romperse; pero abriendo mis ojos vi á mi hijo dormido en mis brazos, abracélo estrechamente, y todos mis terrores se disiparon, reemplazándolos un gozo inmenso, imposible de ser comprendido sino por una madre que haya perdido á su hijo.

Y, tomándome en sus brazos, me llenó de besos y de lágrimas.

El anciano, después de haber quedado largo rato pensativo, preguntó con inquietud á mi madre:

—¿Dónde está él ahora?

—Fué—respondió ella—á desempeñar en Buenos Aires una de las misiones con que vino á América, y

han pasado dos años sin que yo tenga noticias suyas. ¡Ay! padre mío, ¿es de mi amado Fernando, de mi bello conde de Camporreal, de quien me hablan mis funestos sueños y esos mil incidentes de mal agüero que se multiplicaban en torno mío?

—¿Conque amas mucho á ese español?—preguntó el indio con amargura.

—¡Sí, le amo!—respondió mi madre con acento apasionado.—Mi corazón, mi alma, todo mi ser le pertenece; y para aumentar su felicidad habría querido que Dios doblara cada una de sus facultades.

El indio fijó en mi madre una mirada de tierna y dolorosa compasión, murmurando tristemente... ¡Ella también, como sus abuelos, debía caer en los lazos que esa raza impía tiende á nuestros sencillos y afectuosos corazones!

En vano sería, desventurada hija del Cuzco, que yo te descubriese el sombrío porvenir que leo en este momento sobre tu frente y la de tu hijo, porque nadie puede huir de su destino, y además, la voz del amor, dulce y sonora, cubriría la voz trémula, aunque inspirada, del anciano. Pero es necesario interponer tu conciencia entre nuestro secreto y la debilidad apasionada de un corazón de mujer.

El cacique se levantó, y dirigiéndose á mi madre con ademán majestuoso y voz solemne—nieta de Atahualpa, exclamó:—¿juras sobre la cabeza de tu hijo, y por la sangre de tu abuelo, que ni el amor, ni el odio, ni las caricias, ni las torturas podrán forzar tu labio á

descubrir á nuestros tiranos el secreto que tu padre te legó en su lecho de muerte?

—¡Lo juro!—respondió ella con acento firme, pasando una mano sobre mi cabeza y extendiendo la otra hacia el sol.—¡Oh! padre mío, aquella que sentada sobre los inmensos tesoros de nuestros antepasados, ha tiritado de frío y languidecido de hambre y de fatiga para que la pequeña partícula de oro que debía fortalecerla no fuera al poder de los que nos han desheredado, no necesita de juramentos para callar.

La severa majestad del cacique desapareció de sus ojos; lágrimas paternales rodaron en ellos.

—¡Lo sé, hija mía!—respondió—pero la voz del amor es más poderosa que el hambre, el frío y la fatiga. ¡He cumplido mi deber! Y fijando en el vacío una mirada profunda que parecía penetrar la inmensidad del porvenir exclamó:

¡Vendrá un día en que la ciencia de los hombres descubra esos tesoros, pero entonces ellos serán libres é iguales, y los harán servir á la dicha de la humanidad. El reinado de las preocupaciones y del despotismo habrá pasado, y el genio sólo dominará el mundo, ya erija por solio la frente de un europeo, ya la de un indio. Entre tanto, hija mía, cúmplase en ti lo que Dios ha dispuesto—dijo,—y llevándose á sus ojos su mano seca y arrugada para enjugar una lágrima que corría por su mejilla venerable, se alejó con paso lento.

Mi madre quedó largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada en mi cabeza.

Un ruido de pasos precipitados la distrajo de la pro-

funda meditación en que la dejaron las palabras del anciano. Un caballero alto y apuesto, de rostro hermoso é imponente, entró haciendo resonar sus espuelas en el umbral de nuestra puerta.

—¡Camporreal!—exclamó mi madre corriendo conmigo en los brazos á arrojarse en los del extranjero.

—¡María!—respondió él estrechándonos á ambos contra su pecho adornado de cruces.—¿Es éste mi hijo?

—¡Nuestro hijo!—dijo ella con acento tímido.

—¡Oh! ¡qué bello es mi hijo!—continuó él sin advertir, al parecer, la rectificación de la pobre madre; y tomándome en sus brazos, á pesar de mi esquiva resistencia, me dijo con gran volubilidad:

—Hernán, querido mío, serás un arrogante gentilhombre de cámara algún día. ¡Las reinas te disputarán á sus damas! Entretanto, es necesario que vengas conmigo á Lima.

—¡A Lima!—exclamó mi madre, que á las primeras palabras del conde había sentido helarse el gozo en su corazón y se había alejado con los ojos bajos y la frente inclinada:—¡Ah, Fernando! ¡no era eso lo que me habías prometido! ¿Un caballero español falta así á su palabra?

— María—respondió el conde,—las promesas que se hacen á una mujer, sobre todo á la madre de nuestro hijo, no son como las que median entre los hombres: se hallan en la línea de aquellas que nos hacemos á nosotros mismos, están sujetas á circunstancias imprevistas; y si me amáis, y amáis á vuestro hijo,

debéis comprender que ni él ni yo podemos encerrar nuestro destino en el círculo estrecho de un país perdido entre desiertos, sólo porque un día os hice una necia promesa. Por lo demás—añadió en tono resuelto,—mi hijo y vos, si queréis, partiréis mañana conmigo. ¡Adiós!

Mi madre no exhaló su dolor en quejas y exclamaciones: como todas las almas tiernas, le reconcentró todo en su corazón. Cerró su casa, hizo en la puerta una cruz en señal de despedida, y conmigo en los brazos, fué á pasar el día entero sobre las alturas que dominan la ciudad, repitiendo entre lágrimas silenciosas estas palabras que el cacique había dicho en la mañana: «¡el amor es más fuerte que todo!» Y, como la hija de Jephte, miraba desde la cima de los montes la patria que iba á dejar y la lloraba.

Partimos.

III

El rapto.

Al llegar á Lima, el pesar, la fatiga, y quizá tristes presentimientos, que se alzaban en el corazón de mi madre, le causaron una violenta enfermedad. Una fiebre ardiente se apoderó de ella, un delirio terrible extravió su razón creciendo hasta el frenesí cuando me alejaban un momento de su lado. Su sueño del Cuzco se le representaba incesantemente causándole espantosos terrores. Entonces me estrechaba contra su pecho hasta ahogarme, dando furiosos gritos, á los que sucedía una postración mortal.

Una noche que había caído en ese entorpecimiento letárgico, del que sólo sus ojos no participaban, velando abiertos y atentos como dos centinelas, yo estaba acostado á su lado y posaba mis manos frescas sobre su frente ardiente. El silencio que reinaba en torno nuestro y la inmovilidad de mi actitud, comenzaban á adormecerme, cuando vi abrirse la puerta y entrar un hombre alto, envuelto en una larga capa negra, y con el sombrero caído sobre su frente.

A su vista, los grandes ojos de mi madre se dilataron más todavía; sus miembros inertes se estremecieron con una violenta convulsión; sus labios se agitaron en un esfuerzo de suprema angustia, y su lengua, rompiendo las ligaduras de acero que la sujetaban, articuló con un acento que nunca olvidaré:

¡¡El gigante!!

Yo dí un agudo grito, abrazándome estrechamente de su cuello; pero acercándose el embozado, puso una mano sobre mi boca, y separando con la otra los brazos tiesos é inanimados que rodeaban mi cuerpo, me arrebató como á un pobre pajarillo á quien roban de su nido; y envolviéndome en los pliegues de su capa, se alejó conmigo.

Después de inútiles esfuerzos para desprenderme de las manos que me retenían, la rabia, el dolor y el miedo me hicieron perder el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallé solo, en un cuarto estrecho y bajo, acostado en un lecho de forma extraña. Un movimiento lento y uniforme hacía oscilar todos los objetos que me rodeaban; un ruido sordo, semejante á la caída lejana de un torrente, era lo único que interrumpía el profundo silencio que reinaba en aquella especie de sepulcro, en cuya bóveda agonizaba un farol ante la luz del día que comenzaba á venir.

Mi primer pensamiento fué para el miedo: el segundo para mi madre. Y llamándola con voz lamentable, salté trabajosamente del lecho; corrí por todos lados buscando una puerta que no había, vi una escalera en el extremo del cuarto y la subí precipitadamente.

¡Que espectáculo para mí, pobre niño, cuyos pies no habían traspasado el radio que abrazaba la mirada de mi madre!

La tierra de los vivientes había desaparecido con sus montañas y sus prados, sus árboles y sus poblaciones. Una inmensa llanura azul se estendía ante mis ojos atónitos, perdiéndose entre las densas nieblas del cielo.

¡Oh! nunca olvidaré la horrible pena que despedazó mi corazón en ese momento. El alma del niño siente más hondamente el dolor que la del hombre, porque carece de la razón, esa ruda consoladora, que no pudiendo arrancar el dolor, lo hiela en nuestro corazón.

Volví mis miradas del horizonte á los objetos que me rodeaban.

El conde de Camporreal, mi padre, estaba delante de mí. A mis gritos desesperados contestaba él con caricias, pintándome la dicha de que iba á gozar en España, hacia la cual navegábamos. Pero ¡oh! si el alma del conde era susceptible de remordimientos, por grande que fuera el crimen que cometió arrebatando á un hijo de los brazos moribundos de su madre, mayor fué todavía su castigo! A cada nombre tierno que me daba, respondía yo con el de mi madre, y me deshacía en llanto. Después del llanto vino un pesar sombrío y silencioso, acompañado de un sentimiento de repulsión hacia mi padre, que no han podido vencer después ni los años ni la razón.

Desembarcamos en Cádiz, y al llegar á Madrid mi padre me colocó en un colegio. Allí pasé tres años tan

tristes, tan pálidos que nunca quiero recordarlos, pues me hacen el efecto de una pesadilla. Mi vida exterior no se componía de juegos y de alegrías como la de los otros niños: la había consagrado toda al estudio, en el que hacía progresos asombrosos; progresos que no excitaban la envidia de mis compañeros, como sucede ordinariamente, porque no viendo en mí ni gozo ni orgullo por mis triunfos, me los perdonaban. Pero yo me sentía tan indiferente á su benevolencia, como lo habría sido á su hostilidad. Un solo sentimiento velaba en mi corazón bajo la forma de un dolor: ¡el recuerdo de mi madre! Desde que el sueño cerraba mis ojos volvía á ver la horrible escena que nos separó, y sentía crecer á pesar mío, ese sentimiento de miedo rencoroso que mi padre había hecho nacer en mí. Así, cuando él venía á verme, ó yo iba á su palacio, el momento más agradable para mi era el de la despedida. El lo conocía: ¡cuántas nubes de pesar y de despecho vi pasar sobre su frente! Y sin embargo, pensando en el dolor de mi madre; representándomela sola, abandonada y llamando en vano á su hijo, sentía una satisfacción amarga y punzante del que yo le causaba á él.

Un día que sentado en el jardín procuraba sonreir á los juegos de mis compañeros que saltaban en torno mío, vi venir por las sombrías calles de árboles una mujer de estatura esbelta, y el rostro cubierto con un largo velo. Parecía agitada de una conmoción profunda, y su pie, veloz como el de una sombra, no parecía tocar la tierra. Al llegar al sitio en que nos hallábamos paseó sobre nosotros una mirada rápida, y arrojando

hacia atrás su velo, corrió á arrodillarse delante de mí, abrazándome estrechamente, y exclamando en la dulce y cariñosa lengua de mi madre:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡he hallado á mi hijo!

¡Era ella! ¡era mi madre, que, abandonada, sola y moribunda en Lima, había hallado bastante fortaleza en su amor maternal para triunfar del abandono, del aislamiento y de la muerte, y atravesando distancias inmensurables, y peligros infinitos para venir á ver á su hijo, estaba en aquel momento delante de mí de rodillas, llorando y riendo á la vez, abrazándome convulsivamente y apartándome de sus brazos para contemplarme, repitiendo siempre con una voz llena de lágrimas:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡he recobrado á mi hijo!

Cuando calmados los primeros transportes de mi gozo, pude contemplar á mi madre, me asombraron los estragos que el dolor había hecho en ella. De aquella belleza maravillosa que encantaba á cuantos la miraban, y que hacía que se la llamase Mama Ocllo, sólo habían quedado sus largos y negros cabellos, y sus ojos que, hundiéndose en sus órbitas, habíanse vuelto más grandes, embelleciéndose con ese tinte sombrío que deja para siempre el dolor.

Pero yo era muy niño para adivinar nada de funesto en el demudado rostro de mi madre, y enteramente entregado á la dicha de verla, de acariciarla, de escuchar el sonido de su voz y de recoger cada una de sus dulces palabras, no advertía que cada día traía más palidez en su frente y languidez á sus ojos; que su voz

se apagaba como si se alejara hacia otro mundo, y que sus palabras, cada vez más tristes, adquirían esa solemnidad del último adiós de un moribundo.

Un día vino al colegio, y después de haber hablado largo rato á solas con el rector, me llevó aparte.

—Hernán, amado hijo mío—me dijo,—hoy cumples diez años; y cuando se ha sufrido como nosotros, en esta edad comienza á madurar la razón. Además—continuó con voz conmovida,—yo no tengo tiempo para esperar á que la tuya se fortalezca, y es necesario que me apresure á depositar en tu pecho el secreto que mi padre legó al mío, así como mi abuelo se lo había legado á él. Escucha atentamente lo que voy á decirte, querido mío, y graba en tu memoria cada una de sus palabras.

IV

La ciudad subterránea.

Velaba yo á mi padre moribundo en nuestra casa del Cuzco. Era de noche. Profundo silencio reinaba en nuestra pobre morada; ningún sacerdote había querido abandonar las delicias del sueño para traer una palabra de consuelo á aquél que iba á dejar la tierra. Yo sola oraba llorando de rodillas á la cabecera del lecho de muerte, y á mis gemidos sólo respondía el silbido del viento de la noche que gemía también entre la paja de nuestro techo.

De repente, el rostro de mi padre, ya desencajado é inmovil, pareció reanimarse por un supremo esfuerzo de voluntad; sus ojos brillaron con ese último resplandor de la vida que se apaga, y fijando en mí una mirada profunda.—Hija mía—exclamó,—siento que el frío de la muerte invade mi cuerpo; y es necesario antes que llegue á mi corazón que te revele un secreto conocido sólo á los descendientes de los incas, y transmitido del padre al hijo en esta hora suprema. Yo habría

querido depositarlo en un pecho fuerte, capaz de resistir su inmenso peso; pero Dios que te me ha dado por única heredera, te prestará, hija mía, la fortaleza necesaria para guardarlo. Escucha.

Cuando los opresores de nuestra desgraciada patria la invadieron, trayendo ante sí el hierro y el fuego, sus sencillos hijos creyeron aplacar su furor poniendo á sus pies montes del funesto metal que codiciaban; pero muy luego conocieron que la feroz avaricia de aquellos hombres crecía con los tesoros que conquistaban, como crece el hambre del tigre con el número de presas que devora. Entonces los habitantes del interior, no habiendo sido sorprendidos como los de las costas, ocultaron todo el oro que poseían, sirviéndoles para ello los inmensos subterráneos que la prudencia de nuestros padres, abrió bajo cada una de nuestras poblaciones, ¿Ves, hija mía, que nuestra ciudad es grande? Pues de igual dimensión es la ciudad subterránea que está á sus pies. ¿Ves cuántos millares de habitantes, se agitan en las calles y plazas de la una? Pues mayor es el número de estatuas de oro que están guardadas en las tenebrosas galerías de la otra. Allí reposan tesoros tan inmensos que si los alumbrara el sol, su brillo solo sería bastante para alumbrar el mundo. Este vasto receptáculo de riquezas tenía cien puertas, cuyas llaves y secreto poseían ciento de los más cercanos descendientes de nuestros reyes. Cada uno al morir los legaba á su hijo primogénito; y cuando el muerto no tenía sucesión, la llave era arrojada al lago que se halla en el centro del subterráneo,

y la puerta cerrada. ¡Ay! de las cien llaves, noventa y ocho yacen en el fondo de las aguas; y dentro de pocos instantes, las dos que restan se hallárán, una en las manos trémulas de un anciano, la otra en las débiles de una niña. Hija mía—continuó, con una voz que se apagaba por instantes,—tú has visto que he vivido en la miseria y las privaciones, encargando nuestra subsistencia al trabajo de mis manos, al sudor de mi frente, sin que ni aun tus sufrimientos ni los de tu pobre madre, me hayan inspirado jamás siquiera el pensamiento de extraer un solo grano de ese oro destinado á restablecer el trono de nuestros padres, y la antigua gloria de nuestra patria. Imítame, pues, amada María. En nombre de esa patria te pido que trabajes tú, también: que seas sobria y fuerte, y que cuando seas madre enseñes á tus hijos esas dos tan grandes, y para nosotros tan necesarias virtudes.

Entonces, su mano desfallecida desprendió de su cuello un cordón del que pendía una llave de forma extraña.

—Hija mía—me dijo,—escóndela en tu pecho y el secreto en el fondo de tu corazón. Confía sólo en aquél que te muestre la otra... Y ahora, pobre huérfana, acerca tu frente para que la bese y te bendiga.

Yo me arrojé llorando sobre la mano, ya fría de mí padre, mientras él extendía la otra sobre mi cabeza para bendecirme.

Cuando alcé los ojos, espantada del largo silencio que se había hecho en torno mío, el rostro de mi padre estaba inmóvil y su mirada fija en el vacío, habíase

vuelto turbia y vidriosa. Mientras yo besaba su mano, él había expirado.

Al otro lado del lecho estaba de rodillas y orando un anciano cacique amigo suyo, venerado entre los indios como un profeta cuyos oráculos eran infalibles.

Hija mia—me dijo acercándose á mí,—¿reconoces este objeto? Y descubriendo su pecho me mostró una llave en todo semejante á la que mi padre me había dado. Yo se la presenté en silencio.—Está bien, hija mía—dijo él.—Ahora es necesario hacer á tu padre los últimos deberes llevando sus restos al lado de tu madre.

—¡Ay!—respondí llorando,—yo ignoro donde fué sepultada mi pobre madre. Jamás quiso decírmelo mi padre por más que yo deseaba ir á orar sobre su tumba.

—Luego lo sabrás—replicó él.

Y cerrando piadosamente los ojos á su amigo, sentóse á mi lado para velar su cadáver.

En la noche siguiente, al sonar la ultima campanada de media noche, el cacique se levantó con ademán solemne, cerró todas las puertas exteriores; y acercándose al cadáver que yacia expuesto sobre su lecho, alzólo en sus brazos con todos los lienzos en que estaba acostado, quedando desnudo el lecho de tierra endurecida, en cuyo centro me mandó hacer una excavación hasta descubrir una pequeña puerta que me ordenó abrir con mi llave. Obedecí, y apenas dió ésta una vuelta en la cerradura, la puerta se abrió hacia afuera

descubriendo un profundo subterráneo, en cuyas sombras iba á perderse una larga escalera de piedra.

El anciano apagó los cirios que habían ardido ante el cadáver, menos uno que me mandó descender al subterráneo, siguiéndome él con su lúgubre carga.

Mi trémulo pie había contado cincuenta escalones, cuando un espectáculo extraño vino á herir mis ojos. La luz de mi hachón en vez de perderse entre aquellas tinieblas, parecía reflejar en objetos que la centuplicaban. Volvíme llena de miedo hacia mi compañero, pero él me hizo seña de continuar mi camino. Mientras más descendía, más vivos se hacían los resplandores que nos enviaba el fondo del subterráneo.

Toqué en fin la centésima piedra de la escalera. Entonces una visión maravillosa me deslumbró obligándome á apoyarme en el hombro del cacique.

Mis pies descansaban sobre masas enormes de oro que cubrían el suelo y las paredes de una inmensa galería prolongada en círculos interminables. Allí estaba amontonado el oro labrado en estatuas, altares, ídolos, vasos, frutos, flores, y el oro en su ser primitivo en anchas pepas y enormes trozos.

Yo me había detenido y contemplaba absorta el cuadro mágico que tenía á la vista; pero el anciano, impasible ante aquellas maravillas, marchó llevándome delante. Caminamos algún tiempo por aquella vía resplandeciente; y luego volviendo sobre la izquierda entramos en una vasta cueva. Allí vino á mezclarse el terror á mi admiración. A lo largo de aquella cueva extendíanse dos hileras de nichos de oro, y prolongán-

dose hasta el fondo, concluían al pie de un ancho trono del mismo metal. El trono y casi todos los nichos estaban ocupados por cadáveres que parecian haber vivido la víspera, adornados los unos de brillantes vestiduras, cubiertos los otros con los harapos de nuestra actual miseria. El cacique se acercó á uno de los nichos vacíos y colocó en él á mi padre; y sin permitir que me arrodillase para besar sus pies, me llevó de la mano hasta la última grada del trono.

—Descendiente de Manco-Capac—me dijo,—saluda á tu abuelo.

Los ecos del subterráneo repitieron mil veces las palabras del anciano, cual si las voces de todos aquellos me intimaran esa orden. Prosternéme temblando y mi labio tocó el pie del ilustre muerto. Entonces el cacique me presentó á todos nuestros antiguos reyes que reunidos allí, dormían el sueño eterno, desde el hijo del sol, hasta el desventurado Atahualpa, cuyos sagrados restos recogidos secretamente por los indios, y depositados en el sepulcro de sus padres, terminaban aquella larga línea de grandezas aniquiladas. Después de los monarcas, veíanse á sus descendientes, formando un triste contraste sus miserables andrajos con los resplandecientes sarcófagos en que yacían.

Al volver sobre nuestros pasos, en el nicho cercano al que ocupaba mi padre, reconocí el cadáver de mi madre, tan poco desfigurado por los largos años de sepulcro, como el dia en que, niña aún, la vi expirar en mis brazos. Su vista renovó en mí el dolor de aquella doble pérdida; pero el anciano secó mis lágrimas con

una severa mirada. Hija mía—me dijo,—tú y yo somos ahora los únicos guardianes de las reliquias de nuestros reyes y de sus inmensos tesoros. Para cumplir nuestra misión necesitamos valor; y tú comienzas, haciendo á sus augustas sombras, testigos de tu debilidad. Las lágrimas no son para seres cuyo destino es excepcional como el tuyo. Las últimas palabras de aquellos que lloras te han recomendado la fortaleza. Obedéceles, pues, y sé fuerte contra el dolor para serlo después contra la miseria y la persecución.

En seguida tomó mi brazo y me llevó fuera del subterráneo, cubriéndole con la misma capa de tierra.

V

La maldición y la promesa.

Cuando, ocho años después, te vi arrebatar de mis brazos, en aquella noche funesta, el exceso de mi dolor produjo una crisis que me salvó.

Entonces tuve miedo de entregarme á la desesperación que me habría conducido á la muerte, privándote de la vigilancia del amor maternal, ese genio de alas de fuego, tan poderoso que vuela de un polo á otro para llevar un socorro, ó una caricia, sin que puedan detenerlo ni los mares, ni los desiertos. Quise vivir para volver á verte, y pensé estremeciéndome de gozo y terror, que tenía un medio seguro, aunque terrible, de conseguirlo, ¡desobedecer la última voluntad de mi padre!

Volvíme á pie y sola por aquel mismo camino que pocos días antes me había visto traerte en mis brazos. ¡Oh, cuánto sufrí! Cada piedra, cada accidente del terreno despertaba en mi corazón recuerdos que lo desgarraban. Bajo de esta roca me había detenido para que re-

posaras; sobre esa piedra me había sentado para dormirte; en aquella fuente apagué tu sed. ¡Oh! ¡cuántas veces abrumada con tan dolorosas memorias pensé en la muerte, que da fin á todo! ¡cuántas veces, pasando al borde de los precipios, mi cuerpo se inclinó y mi pie se extendió sobre el vacío! Pero tu imagen se me aparecía siempre como un ángel de guarda para salvarme, tu imagen llenaba mi corazón, ocupaba mi alma absorbía mi pensamiento, y me hacía insensible á todo lo que no eras tú. El amor maternal es una antorcha mágica cuya llama eclipsa para la madre todas las luces de la creación, para brillar ella sola en su horizonte.

Al llegar al Cuzco fuí á encerrarme en mi casa abandonada; y rechazando el pánico terror que me asaltaba, levanté la gran capa de tierra que cubría la puerta del subterráneo y la abrí. Una ráfaga de aire húmedo y frío, vino á azotar mi rostro, y me hizo retroceder espantada, pareciéndome que la mano helada de aquél cuya voluntad iba á desafiar me rechazaba, amenazándome con su maldición. Conocí que se debilitaba la fuerza que me había conducido allí, y, como siempre, llamé en mi auxilio tu memoria, hijo mío: te me representé como en esa terrible noche, llorando, con los brazos tendidos hacia mí, llamándome en vano, y mis temores y remordimientos se desvanecieron. Descendí con pie seguro la húmeda escalera, y corriendo á la galería sepulcral, fuí á prosternarme ante las cenizas de mis padres. ¡Oh, tú que me legaste la guarda de estos tesoros!—exclamé,—tú sabes cuán

religiosamente he obedecido tus últimas voluntades; tú sabes que he vivido pobre y obscura cubriendo de harapos mi juventud y belleza, cuando el amor me pedía que me elevara por medio del brillo de las riquezas á la altura del objeto que lo hizo nacer en mi corazón. La huérfana ha sufrido pacientemente el aislamiento y la miseria; la amante ha sobrellevado en silencio su humillación: pero ¡oh! ¡padre mío, la madre no puede resignarse á perder su hijo, y yo quiero recobrar el mío! ¡Tened piedad de la pobre madre! permitid que lleve conmigo un poco de ese oro que vence lo imposible, que debe restituirme mi hijo, y que será para esos inmensos tesoros, lo que una gota de agua es para el Océano. Pero si no os apiadáis de mi dolor, si sois inexorable, ¡padre! ¡caiga vuestra maldición sobre mí, pues no puedo obedeceros!

Los ecos repitieron en todos los ámbitos del subterráneo: ¡Maldición! ¡maldición! Mas yo escuché impasible aquellas voces siniestras, alcéme con resolución, tomé el oro necesario á mis designios, y saliendo del subterráneo y de la ciudad sin tomar ningún descanso, comencé la larga peregrinación que me ha conducido cerca de ti. Pero la maldición paternal me ha seguido, pesa sobre mi cabeza, y como el fuego del cielo, consume mi existencia.

—Hernán, amado hijo mío, ¡prométeme que mi crimen no será estéril; prométeme redimirlo con el bien que tú harás á nuestra nación!

—¡Hablad! ¡mandad, madre mía!—exclamé regando con lágrimas los pies de mi madre.

—Escucha, hijo mío—dijo ella haciéndome sentar sobre sus rodillas...—Las profecías de nuestro país nos prometen un libertador que, habiendo vivido largo tiempo entre nuestros enemigos y aprendido de ellos la ciencia de las conquistas, romperá las cadenas de nuestra patria, y la dará mayor gloria y felicidad.

Prométeme que tú serás ese libertador, y que para redimir á nuestros hermanos no emplearás el odio que pida la sangre de sus amos, sino la ilustración que los haga sus iguales, la ilustración, el más sublime y seguro medio de libertar los pueblos.

Ve, hijo mío, pues nada te liga ya á este suelo; porque tu padre, temiendo sin duda que la pobre india que confió en su fe, hiciera valer los derechos de su hijo, se ha apresurado á dar su mano á otra, cuyos hijos serán dueños de tu nombre y de tus títulos.

Estas últimas palabras de mi madre pasaron casi desapercibidas para mí, pues las primeras habían despertado en mi corazón una fibra que hasta entonces no había palpitado. Apoderóse de mí un extraño entusiasmo; una radiante visión atravesó mi mente. Parecióme ver al hombre de las profecías rodeado de una aureola resplandeciente, blandiendo con una mano una espada de fuego y arrojando con la otra en el abismo los signos de la esclavitud. Y con el corazón lleno de ardiente fe, hice á mi madre el juramento que me pedía.

Ella me abrazó muchas veces llorando; y habiendo desprendido de su pecho el cordón con la llave hereditaria, la colocó en el mío diciéndome:—¡Gracias! hijo

mío, gracias. Cuando regreses á la patria, no vuelvas solo: lleva contigo lo que reste de tu madre: no la dejes en la tierra extranjera. Si el sol del destierro no tiene calor para los vivos, ¿cómo podría calentar las tumbas?...

Vinieron á interrumpirla. Era ya de noche é iban á cerrar las puertas.

Mi madre oyó ese anuncio con profundo dolor. Estrechóme largo tiempo entre sus brazos murmurando en voz baja palabras extrañas: su última plegaria quizá; y alzando sus manos sobre mi cabeza.—¡Padre!—exclamó con voz ahogada.—¡Padre que estás en los cielos, á ti lo confío!

Y desapareció.

¡No volví á verla más! ¡Había venido en la agonía á darme su último adiós!...

Diez años he consagrado á la ciencia para cumplir su última voluntad; y á los veinte de mi edad, venía con el corazón vacío de todo otro sentimiento que la memoria de mi madre, á cumplir la doble misión que me había dado; sepultar sus restos bajo el cielo de la patria, y libertar á mis hermanos sacándolos del abismo de ignorancia en que por un odioso cálculo, los hunden cada día más sus tiranos. Pero mi madre me amaba mucho para hacerme esperar largo tiempo el premio de mi obediencia y te me ha enviado á ti, ángel del cielo, para encantar la vida de su hijo, y que cuando éste haya cumplido sus designios y cubiértose de gloria ante su pueblo y la España, seas tú su recompensa.

Un silbido prolongado interrumpió á Hernán.

—¡Dios mío!—exclamó Rosa—es Francisca, mi esclava favorita, la depositaria de nuestro secreto que me anuncia que mi padre se ha levantado ya. ¡La hora de la separación ha llegado! ¡pero antes de alejarte, Hernán mío, perdona la injusticia con que he juzgado tu noble corazón! ¡Oh! si Dios quiere que vuelva á verte y que sea tuya, como tú lo esperas, ¡cuántos tesoros de amor hallarás en mi corazón para indemnizar al tuyo de su pasado aislamiento! Yo seré tu amiga, tu hermana, tu madre, tu amante, tu esclava. Pero ¡ay! no sé qué sombrío presentimiento vela para mí el porvenir con un sudario, al través del cual sólo entreveo las sombras de la muerte; no sé qué voz siniestra se alza en mi alma gritando: «¡Es necesario que uno de vosotros dos caiga! ¡Elige!» ¡Oh! sea yo, sea yo la que muera! yo, pobre flor de un día, cuya existencia es inútil en la tierra, y vive tú para realizar tus sublimes designios... y también para llorarme.

¡Oh! si como tu madre pudiera dormir mi último sueño cerca de ti! ¡Hernán! ¡dime que si mis presentimientos no me engañan, llevarás el despojo de la que amaste á cualquier sitio que habites; júrame identificarme con tu existencia, aunque la muerte haya arrebatado mi alma, y no sepultarme en esa tierra tan húmeda y fría, donde no podrá llegar tu mirada!

Hernán pasó sus brazos al través de la reja y atrajo hacia sí á su amada.

—¡Rosa mía!—la dijo—el dolor te extravía. Cesa de atormentar tu corazón y de despedazar el mío con

an lúgubres pensamientos. ¡Mira tu rostro radiante de uventud y belleza; mira tus ojos tan llenos de encanto y de vida; siente como tu pecho palpita de savia y de amor, y dime si es posible que la muerte se acerque á ti! ¡Ah! déjame más bien embriagarme, en este corto instante que me queda para contemplarte con la dulce idea de volver pronto ilustre, poderoso y digno, en fin, de ti, para obtener del orgullo el corazón que tu amor me ha dado. La voluntad del hombre es todopoderosa, y mientras tú me ames, ella realizará todo lo que yo la ordene. Y ahora, amada mía, ¿no concederás á tu prometido el primer favor de la esposa, para que saboree esa dicha en la amargura de la ausencia?

Los labios rojos y voluptuosos de la virgen se posaron al través de la reja sobre la boca ardorosa y anhelante del joven, y un largo y ardiente beso abrasó con su fuego la atmósfera que circundaba á los dos amantes.

Al mismo tiempo, el silbido se repitió más fuerte y prolongado.

Un momento después, la calle se hallaba enteramente solitaria, y sobre la ventana cerrada sólo se oian los gorgeos de las palomas de Santa Rosa, que saludaban los primeros destellos de la aurora.

VI

La esclava.

Seis meses después de la escena que acabamos de describir, en una noche semejante á la primera, un hombre, también embozado, se detuvo delante de la misma reja. Como el otro paseó también sus dedos sobre la celosía; pero cuando ésta se abrió á aquel llamamiento, en vez del blanco, suave y adorable rostro de Rosa, la amante y bellísima novia de aquel afortunado Hernán de Camporreal, se vieron brillar, rodeados de tinieblas, los ojos ardientes y los dientes blancos de una negra.

Como la blanca aparición de otro tiempo ésta, también inclinándose sobre la ventana, preguntó á media voz:

—Señor de Ramírez, ¿estáis ahí?

—Sí, Francisca. He venido á cumplir mi promesa, pues tu estratagema ha tenido un resultado superior á mis esperanzas.

—¿Qué decís, mi amo?

—La falta de las cartas que has interceptado, tenía lleno de dolorosa inquietud el corazón del amante de Rosa: me escribe el espía que tengo cerca de él; pero la que le has escrito contándole la historia de infidelidad que tan astutamente forjaste, ha cambiado esa inquietud en una desesperación tan terrible para él como saludable para mí.

—¿Se ha dado la muerte?

—Se ha hecho sacerdote.

—¿Sacerdote? Yo esperaba otro desenlace—pensó la negra,—pero tanto da. Yo no estaré aquí cuando ellos se las avendrán entre sí. Además, ese joven Camporreal no me inspiraba el odio que los otros blancos. Como á mí, algún grande dolor roía su corazón. Luego, dirigiéndose al embozado: En fin, mi amo—le dijo,—he hecho no sólo todo cuanto me habéis mandado, sino todo lo que mi celo por vuestro servicio me ha inspirado; y ya conoceréis por lo costoso de mis sacrificios, si este celo es grande. Figuraos si ha sido necesaria una ilimitada adhesión por vos, para resolverme á llevar al corazón de mi bella y buena ama, el dolor más terrible que puede sentir el alma humana: la muerte del objeto amado. ¡Oh! ¿si al referirle esa lúgubre impostura la hubierais visto como yo?...

—¡Basta, Francisca, basta! ¡No me hables de su amor á ese hombre, porque me haces un mal horrible, y se lo harías á ella misma; pues sabes que, gracias á tu astucia, ha cedido al fin á la voluntad de su padre; va á ser mi esposa, y yo temería recordar con demasiada frecuencia que, si un ardid me ha dado su mano,

su corazón es de otro quizá para siempre! ¡Oh! no quiero pensar en esto, porque haría sufrir mucho á esa mujer. Hablemos más bien de ti, Francisca. He aquí una muestra de mi agradecimiento—continuó desembozándose y presentando á la negra un inmenso bolsillo.—Con este oro podrás recobrar tu libertad y ser feliz donde quieras. Adiós.

Y se alejó rápidamente.

La negra cerró la celosía, y estrechando convulsivamente contra su pecho el saco de oro, atravesó veloz los espaciosos salones, cruzó el patio, subió corriendo la escalera en espiral del mirador que coronaba el palacio, en cuyo último piso tenía su cuarto, y con los ojos dilatados y el pecho palpitante fué á caer de rodillas delante de una lamparilla que ardía en un rincón, desatando con mano trémula la cuerda que liaba su tesoro. ¡Diez!... ¡Veinte!... ¡Cincuenta!... ¡Ciento!... ¡Doscientas! ¡doscientas onzas de oro!

Sus ojos se cerraron como deslumbrados por el resplandor del oro, ó de alguna halagüeña visión.

Luego extendió la mano sobre el dorado montón, y volvió á contar: ¡Diez!... ¡Veinte!... ¡Treinta!... ¡He ahí tu libertad, Zifa ó Francisca, como te llaman los blancos, desde que, haciéndote arrodillar en medio de tus doscientos compañeros encadenados, su sacerdote arrojó sobre tu frente ese nombre extraño que nada dice á tus recuerdos, quitándote el de Zifa, primera voz que tus hijos balbucearon en tus brazos!

Levantóse precipitadamente, se abalanzó á una ventana, la abrió con violencia, y tendiendo sus bra-

zos hacia un punto del inmenso horizonte que desde allí se descubría:—¡Africa!—exclamó—¡hermosa patria mía, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! ¡voy á ser libre, y pronto podré besar tu amada ribera! ¡Aibar! ¡Leila! ¡hijos adorados! ¡mis hermosos pequeñitos gemelos! ¿Quién me hubiese dicho, cuando para ir á la fuente fatal de donde me arrebataron, os acosté dormidos en vuestra cama de mimbres á la sombra de las palmeras de nuestra cabaña, que tantas veces he visto en sueños: ¿quién me hubiese dicho que pasarían cinco años sin veros? Pero nuestra buena Fetiche se ha compadecido al fin de mi desesperación; va á restituiros vuestra madre, y dentro de poco tiempo, llevando como antes uno de vosotros en cada uno de mis brazos, iré á cantar nuestra felicidad á los ecos del desierto, que la repetirán en las cavernas, regocijando el corazón de los leones, menos feroces que los blancos que respondían á los gemidos desesperados de la madre con injurias y golpes, ahogando en su boca, por medio de la mordaza, aun el consuelo de pronunciar vuestros nombres.

Y los ojos de la negra, llenos de una expresión inefable de amor maternal, centellearon á estas palabras con un fuego sombrío; sus albos dientes se entrechocaron; hincháronse los músculos de su cuello; y con la mano extendida, semejante á un genio maléfico cirniéndose sobre aquel palacio y amenazándolo:—¡Blancos!—exclamó.—¡Vosotros no tuvisteis piedad de mí; yo no la tengo de vosotros! Vosotros me arrebatasteis mi felicidad, yo la he rescatado vendiendo la vuestra.

Por una madre restituida á sus hijos, dos amantes han sido hundidos en una inmensa desesperación, un padre, una esposa y un marido serán deshonrados... y... ¿quién sabe?... ¡Me salvo y me vengo! ¡Salvarse y vengarse á la vez! ¡Cuánta dicha! ¡Libertad! ¡Venganza! yo os saludo. ¡Patria mía! ¡hijos míos! ¡hasta bien pronto!

Resonó en el aire un beso de fuego, y cerrándose bruscamente la ventana, el palacio quedó sepultado en profundas tinieblas.

VII

El regreso.

Era una mañana ardiente de enero. El sol reinando solo, en un cielo desierto y abrasado, enviaba sus rayos perpendiculares sobre la hermosa Lima que, destacándose graciosamente del delicioso oasis que la cerca, parecía mirar complacida á su radiante padre y sonreirle con coquetería.

En una de las últimas montañas que forman semicírculo en torno suyo, se había detenido á contemplarla un viajero.

Era un sacerdote joven y bello; pero en cuya frente había estampado el dolor su lúgubre huella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba en la mágica ciudad una mirada que expresaba á la vez, tristeza y resignación.

—¡Dios mío!—dijo elevando al cielo sus grandes y negros ojos,—¡bendito seáis por haber permitido que al volver á ver estos sitios testigos de mis días felices, mi corazón haya permanecido fuerte, á pesar de la

amargura de mis recuerdos! El amante engañado por su prometida, el corazón traicionado por un corazón que creyó tan puro y tan amante, recordó vuestro sublime llamamiento: «Venid á mí vosotros los que sufrís, que yo os consolaré»; corrió á refugiarse en vuestro seno, y vos habéis cumplido vuestra promesa, lo habéis consolado y fortalecido. ¡Acabad vuestra obra, Dios misericordioso! cerrad mi alma á todo lo que no seáis vos, y... ¡perdonad, Dios mío, esta súplica, en memoria de una vida entera de dolor, dignaos aproximar el término de mi camino, tan penoso, aunque corto; llamadme pronto á vuestro cielo, donde mi pobre madre me espera, hace tanto tiempo á los pies de la vuestra!

E inclinando la frente en señal de sumisión á la voluntad de Dios, descendió con lentitud la rápida pendiente de la montaña.

VIII

Sacrilegio.

Los fieles acudían solícitos un domingo, en las primeras horas de la mañana, al sonido de las campanas que anunciaban la misa. El templo de Santo Domingo se hallaba ocupado por una inmensa concurrencia. Allí se veían reunidas las más nobles y bellas señoras de Lima, vestidas todas de esa saya tan envidiada de las mujeres del resto de la tierra; medio cubierto el rostro con el misterioso y seductor manto, al través de cuyos pliegues como estrellas entre nubes, brillaban esos ojos que no tienen rivales en el mundo, y que deben conmover deliciosamente el corazón de Dios cuando se elevan hacia él en la oración.

Cerca de la primera grada del altar se hallaba de rodillas una mujer joven y de una belleza tan extraordinaria, que ninguna de las hermosuras que se hallaban en el templo podía comparársela. Pero su color de un blanco de ópalo era pálido como el de una muerta; sus rasgados y bellísimos ojos negros se alzaban al cielo con una expresión de dolor profundo y sin esperanza; su boca adorablemente linda, parecía conservar

la huella de los sollozos que la habían contraído; y hasta su vestido de riguroso luto anunciaba uno de esos dolores inmensos, incurables, que se apoderan de nuestra existencia, estrechándola con su garra de fierro, y que no bastándoles el despedazar nuestro presente, extienden su ponzoñoso soplo, desde los más lejanos recuerdos de lo pasado, hasta la eternidad de nuestro porvenir.

Aquella mujer parecía absorta en una muda plegaria; y al verla con las manos juntas sobre su pecho, sus ojos fijos en el cielo y rodeados de un círculo azulado, se la habría creído la estatua de María al pie de la cruz.

De repente sus labios se agitaron murmurando un nombre.

—¡Hernán!—dijo suspirando—si hallas tan bello el cielo que no quieras dejarlo un momento para venir á ver á la que amabas, muéstrateme al menos en sueños: mírete yo sonreirme en ese mundo fantástico é impalpable, el único en que ahora puedo verte. Y entre tanto, amado mío, une á la mía tu plegaria, pide á Dios que abrevie mi destierro en este mundo, tan triste y lóbrego desde que tú no lo habitas. ¡Oh! ¡si siquiera pudiera consagrarme toda entera á mi dolor, llorar, exhalar gritos desgarrantes, dar paso á los sollozos de que está lleno mi corazón! ¡Pero no! ¡después de anonadarme el golpe horrible con que me hirió tu muerte, fué necesario que volviese á la vida para dar mi mano á otro, cuyo ojo vigilante espía mis lágrimas,

cuenta mis suspiros, y después de hacerse dueño de mi ser material, pretende escalar el santuario de mis recuerdos, donde se ha refugiado con tu imagen mi alma que es toda tuya!

Mientras ella oraba llorando; mientras sus ojos buscaban entre las nubes de incienso que se elevaban al cielo la sombra del habitante de otro mundo, cuyo recuerdo llenaba su corazón, un sacerdote joven, alto y pálido, revestido de los sagrados ornamentos, había ocupado el altar.

Su exterior manifestaba un profundo y religioso recogimiento que contrastaba con el aire distraído y despilfarrado con que algunos frailes del convento celebraban al mismo tiempo el santo sacrificio.

Después de haber recitado con piadoso acento las palabras del rey profeta, volvióse hacia el auditorio para dirigirle el fraternal saludo del apostol...

Un doble grito resonó en las bóvedas del templo, ahogándolo los sonidos del órgano y los sagrados cánticos.

—¡¡Vive!!-exclamó la mujer enlutada, cayendo desmayada en los brazos de las esclavas que la rodeaban.

—¡¡¡Me ama!!!—dijo el sacerdote, apoyándose pálido y trémulo sobre el ara.

Y al acabarse el divino misterio, aquél que había comenzado á celebrarlo con un corazón puro y lleno de piedad, llevaba consigo la conciencia de haberse hecho reo de la idolatría del pueblo; ¡¡¡porque el sacerdote había olvidado las sacrosantas palabras de la consagración!!!...

IX

La redoma.

En la noche de ese día, bajo los cimientos de una casa antigua, perdida entre las huertas del Cercado, dos hombres hablaban misteriosamente en un laboratorio subterráneo.

El uno era un viejo de aspecto repugnante, y cuyo ojo de buitre, nariz encorvada y delgados labios revelaban la degenerada raza de Jacob. Embozábase el otro en una ancha capa, y cubría su rostro un antifaz.

La roja llama de un hornillo químico iluminaba la escena con un reflejo fantástico, y rodeaba de una aureola siniestra el grupo que se había formado por aquellos hombres. Quien los hubiese visto á esa hora en el fondo de aquella negra cueva, al sombrío resplandor de las llamas, los habría creido dos demonios concertando la perdición de un alma.

—Conque ¿dices que este licor da la frialdad, la rigidez y la inmovilidad de la muerte?—decia el encubierto, mirando al trasluz una redomita de cristal llena de un líquido color de rubí.

—Sí, noble señor—respondió el viejo.—Es un poderoso narcótico extraido de las mágicas plantas del yemen, y del que bastan tres gotas para producir el efecto que decís.

—¿Sin ninguna de las condiciones necesarias á la conservación de la vida?

—Este licor maravilloso las contiene todas.

—Pesa bien tus palabras, maldito judío; pues por Dios vivo, que si me engañas, la hoja de mi daga sabrá alcanzarte al través de tus infames hechizos.

—Os juro por el Dios de Abraham, noble señor, que cuanto he dicho es la más pura verdad. Bajo la fría apariencia de la muerte, ese divino elixir conserva la vida en todo su vigor, en cualquier sitio que se relegue á aquel que se someta á su influencia... ya sea —añadió el viejo fijando en el antifaz del encubierto una mirada de profunda malicia,—ya sea que un marido celoso, armado de un derecho deslealmente adquirido, pretenda guardar á su esposa en la tumba, ya hacerla morir para su patria y su antiguo amor, y devolverla á la vida bajo el ardiente cielo de las Filipinas.

Apenas pronunciadas estas palabras, el viejo se sintió asido por el cuello y sobre su pecho vió brillar un puñal.

—¡Miserable!—gritó el embozado—¿cómo lo sabes? Dilo, porque vas á morir.

—¡Eh! noble señor, ¿mancharíais vuestras manos con la sangre de un judío? Si os conozco, ¿qué importa el que sepáis ó no los medios que empleé para ello?

Además, ¿no soy astrólogo? Pues bien, he hecho vuestro horóscopo; y en vez de ser mi asesino, vais á ser tres veces mi deudor. En primer lugar por el trabajo que me he tomado en consultar vuestro destino á las estrellas; después por ese fragmento del poder de Dios que encierra esta redoma; y finalmente por el sello de Salomón—concluyó el israelita, llevando el dedo á sus labios.

El del antifaz rechazó al viejo con un brutal empellón, arrojóle un bolsillo de oro, guardó la redoma, recatóse aun más bajo su embozo, y subiendo las espirales de una escalera de caracol, atravesó un huerto, y saltando una tapia tomó la calle y se alejó con presurosos pasos.

Media hora después se detenía delante de un postigo secreto que daba entrada, por la espalda, á una casa de magnífica apariencia. Abriólo con una llave que traía consigo, cerrólo tras sí, y encendió luz. Hallábase en una cámara tapizada de seda y cubierta de costosos adornos.

El embozado arrojó su capa y se quitó el antifaz. Era un gentil y apuesto caballero; pero sus facciones duramente pronunciadas, y el ceñudo entrecejo que anublaba su semblante, revelaban un carácter impetuoso y una violenta emoción. Acercóse á un bufete, dejó sobre él la bujía que había encendido, y sacando de su pecho la redoma del viejo habitante del subterráneo, contemplóla largo espacio con sombría expresión. Después, fuese hacia una puerta, levantó la tapicería que la ocultaba, y entró en una suntuosa al-

coba suavemente alumbrada por una lámpara de alabastro. En el centro de aquella alcoba, alzábase un lecho dorado y cubierto con cortinas de terciopelo color de grana, en cuyo obscuro fondo, bella y pálida como un fantástico ensueño, dormitaba una mujer, reclinada la cabeza sobre uno de sus brazos, y el pecho velado con sus negros cabellos. Tristes imágenes cruzaban, sin duda, su adormida mente, porque de vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorría su cuerpo, su labio entreabierto murmuraba un gemido, y en sus largas pestañas brillaba una lágrima.

Al pie del lecho, y sentada en un sillón, velaba, ó más bien dormía profundamente, una esclava negra. Cerca de ella, al alcance de su mano, había un velador con varias preparaciones medicinales, y una copa de oro conteniendo una bebida.

El nocturno visitador se acercó al lecho con cauteloso paso, contempló un momento el bello rostro de la mujer dormida, y yendo hacia el velador, vertió en la copa de oro tres gotas del rojo licor de la redoma. En seguida, y después de asegurarse nuevamente del sueño de la dama y de la esclava, se alejó con la misma precaución que había venido, desapareciendo tras la tapicería.

La mañana siguiente, la ciudad de Lima estaba consternada por un lamentable incidente. Una de las más bellas y distinguidas señoras de la corte del virrey, la esposa del oidor Ramírez, gobernador electo de las islas Filipinas, había muerto en la flor de su juventud y belleza. Su esposo inconsolable, vestido de

riguroso luto, arrastró el duelo en sus funerales y llevó su amor hasta donde se detienen todos los amores: descendió él mismo el cadáver de su mujer bajo la bóveda de la catedral, y la sepultó en una suntuosa tumba cuya llave se llevó en su pecho.

X

Los dos encubiertos.

Concluidas las plegarias de la noche y apagados los mil cirios del tabernáculo, el sacristán de la Catedral, solo entre las sombras del vasto templo, ocupábase en cerrar las puertas. Sus tardos pasos habían ya recorrido la triple nave, y detenidose finalmente en el pórtico que se abre sobre el atrio de la plaza. Corría el cerrojo del último postigo, cuando una mano fría, cayendo sobre la suya, paralizó su acción, dejándolo inmóvil de terror.

—¡Jesús! Alma bendita, ¿qué me quieres?—exclamo espantado el sacristán; porque á la oscilante luz de la lejana lámpara había visto alzarse ante él un fantasma envuelto en un largo manto negro.

—¡Silencio!—dijo entre el lúgubre embozo con una voz imperiosa y breve. Y la misma helada mano arrastró al aterrado guardián del templo hasta la bóveda sepulcral. Allí se detuvo el fantasma y volviéndose al sacristán le señaló la puerta. Y entre los paroxismos de su miedo el pobre bedel oyó decir con un

acento del otro mundo: ¡Abre! Abrió pues, la fúnebre puerta, y el fantasma descendió á la mansión de los muertos.—¡Un vampiro!—exclamó el sacristán, y huyó poseído de un profundo horror. Pero al traspasar el umbral del templo, la poca fuerza que le restaba lo abandonó enteramente; y cayendo sobre sus rodillas quedóse allí yerto, anonadado, y con el solo sentimiento de un inmenso miedo, que turbando progresivamente su cerebro, le representaba una larga procesión de espectros que pasaban y repasaban ante sus ojos fijando en él torvas miradas. Entre aquellas fantásticas visiones dibujóse de repente una más distinta y más horrible. El sacristán, con los cabellos erizados, la vió avanzar al través de las sombrías arcadas, y, pasando á su lado, desaparecer tras las columnas del pórtico. Era el vampiro. Cubríalo siempre su ancho manto negro, y llevaba en sus brazos una forma blanca envuelta en largos velos que flotaban como nocturnas nieblas en torno del fantasma. A su vista, el sacristán cayó con el rostro en tierra; un sudor helado bañó su cuerpo y ya nada vió, nada oyó, sino de allí á largo tiempo las doce campanadas de media noche, que sonaban sobre su cabeza. En el mismo momento una mano, y esta vez muy humana y recia, cogiéndolo por el brazo, lo sacudió rudamente, y lo puso en pie; y un hombre embozado, y, á pesar de la santidad del lugar, con el sombrero calado hasta los ojos, poniendo en su mano un bolsillo y sobre su pecho un puñal, le dijo con una voz más siniestra que la del fantasma:—Elige.

—¿Qué mandáis, señor?—contestó el pobre hombre, estrechando la más pesada de aquellas dos proposiciones.

—Silencio y obediencia—repuso el embozado, impeliéndolo ante sí. Y se encaminó también hacia el panteón subterráneo. Llegados al umbral del lúgubre sitio—escucha—dijo el incógnito,—todas las noches á esta hora, me esperarás aquí; y si eres puntual y discreto, recibirás cada vez tanto oro como te he dado esta noche. Pero si me faltas, ó que tu labio deje escapar una palabra... Ya me entiendes. Abre ahora.

Y el embozado sacó debajo su capa una linterna sorda, y como el otro, descendió también al lóbrego asilo de la muerte.

El sacristán, en quien las mundanas palabras del desconocido desvanecieron toda aprensión supersticiosa, comenzaba á recobrarse completamente, cuando oyó una horrible imprecación; y á poco vió aparecer al embozado, que arrojándose á él—¡Miserable—exclamó balbuciente de furor—habla, ¿quién ha entrado aquí?

—¡Piedad! señor—gritó el sacristán aterrado ante la hoja del puñal que aquel hombre había alzado sobre su pecho.

—¡Silencio! ¿quién ha entrado aquí?

—¡Ay! no es culpa mía, señor. Nada podemos contra los espíritus. Una sombra ha visitado los sepulcros, y ha desparecido entre una multitud de espectros que poblaron el templo.

—¡Reconozco tu mano, infame judío!—murmuró el

embozado, estrellando contra el suelo una redoma llena de un licor rojo—pero yo sabré encontrarte. Y tú, su cómplice, tú que dejas robar los muertos de sus sepulcros, he aquí el premio de tu crimen.—Dijo, y hundió tres veces su puñal en el seno del desventurado sacristán.

Al siguiente día el infeliz fué encontrado exánime y envuelto en su propia sangre al pie del altar.

Poco después de este trágico suceso, el futuro gobernador de Filipinas se embarcaba para la India, seguido de una fastuosa comitiva, en una galera española que hacía el viaje expreso de real orden.

La viajera embarcación se dió á la vela y desapareció con las últimas luces del día. Pero algunos pescadores que, tendidas las redes, velaban recorriendo la ensenada del Chorrillo, vieron que la galera, abrigándose tras las rocas de San Lorenzo, echó al agua un bote, en el que se embarcó un hombre solo, y bogó hacia tierra.

XI

El romance.

En uno de los fragosos senderos que se elevan serpenteando sobre las nevadas alturas del Illahuamán, vagaba en las últimas horas de un dia de primavera, un hombre al parecer incierto de su camino. Su paso, ora lento y vacilante, ora veloz y seguro, revelaba el combate de una voluntad enérgica contra la fatiga del cuerpo. Vestía la obscura túnica del peregrino, cubría su cabeza un capuchón, y recataba su rostro bajo la negra tela de un antifaz.

Llegado á la cima de la montaña se detuvo y paseó por el ameno valle de Urubamba, tendido á sus pies, una profunda y ávida mirada.

—Helo allí—exclamó con acento de concentrado furor, tendiendo la mano hacia un punto del encantado panorama que se perdia en lontananza,—he allí ese palacio edificado sobre ruinas gentílicas, de que hablaba el horóscopo... Para algo habia de servir tu diabólica ciencia, infernal judío. Prometióme la dicha,

y en efecto, va á dármela... pero la dicha de un alma desesperada: ¡la venganza! ¡Sí, venganza, cumplida, terrible y sin misericordia!

Y, con ademán resuelto, el viajero prosiguió su interrumpida marcha, desapareciendo luego entre los hondos barrancos que forman el descenso de la montaña.

Las últimas escarchas del invierno acababan de fundirse al tibio soplo de la primavera. En lugar suyo, los lirios y las perfumadas azucenas blanqueaban ya al borde arenoso de los arroyos; el junco y la viola se sonreían entre la hierba á la sombra de los sauces; y en las sinuosidades de los peñascos, la «flor del aire» y el alheli abrían sus silvestres pétalos á la brisa de la noche. Los floridos huertos exhalaban el acre perfume de sus retoños; y el blando susurro de sus frondas, mezclándose á los cantos del tordo, del ruiseñor y de la «tuya», añadía un encanto más á la misteriosa magia de la postrera hora de la tarde.

En una de las caprichosas revueltas del valle, al cabo de una avenida de sauces y entre un bosque de seibas, cuyas flores color de escarlata contrastan con el verde obscuro de sus hojas, sobre una plataforma de antiguas ruinas, rodeado de sombra y de misterio, alzábase un palacio de árabe arquitectura. Rodeábanlo deliciosos jardines; y los aromas del azahar y del jazmín, de la rosa y del chirimoyo, embalsamaban la atmósfera de sus salones. Frescas fuentes halagaban el oído con el dulce murmullo de sus surtidores, saturando con una aura húmeda y perfumada el aliento de

la noche. Bajo la verde bóveda de un pabellón de arrayanes y madre-selvas, reclinada sobre almohadones de brocado, y las manos cruzadas sobre las cuerdas de un arpa de marfil, hallábase una mujer, bella como el rayo de luna que la envolvía. Cerca de ella, en la sombra, estaba sentado un hombre. Era el peregrino de negro antifaz. A su lado había una mesa cargada de frutas y de vinos.

—Reposad, santo peregrino—decía la dama con celeste sonrisa,—reposad, y gustad los frutos de nuestros huertos... Pero hacedme la merced de descubrirros, para contemplar vuestro rostro venerable.

—Deploro profundamente el no poder obedeceros, hermosa dama— respondió con humilde y recatada voz el peregrino;—pero, semejante á un sello de maldición, llevo en mi frente una mancha que he jurado ocultar, hasta borrarla. Entre tanto, mi alimento es amargo, y no me es dado acercarme á vuestro banquete hospitalario.

—Guardad, pues, vuestro sagrado voto; pero al menos, mientras descansáis, escuchad mi canto.

Sus blancos dedos preludiaron una melodía suavísima, y luego, una voz angélica se elevó en el silencio de la noche cantando en la dulce lengua de los incas:

«Entre las riberas del bullicioso Rimac y las azules ondas del Océano, extiéndese un encantado valle, donde la primavera dormita perpetuamente en un lecho de flores.

»Cúbrelo un cielo siempre azul; danle sombra el naranjo y la vid, el plátano y la palmera; y el suelo

que lo sustenta es un poderoso imán que atrae desde los extremos del mundo las miradas y los corazones.

»Todo allí sonríe; la vida es un sueño delicioso, del que no querríais despertar, ni aun para entrar al cielo. ¡Sí! porque allí como en el cielo, habitan la belleza y el amor.

»Allí descienden á reposarse y renovar sus guirnaldas los ángeles que viajan en el espacio; allí también el querube maldecido viene á encantar un momento la inmensidad de su dolor supremo.

»Y por eso las hijas de ese valle bienaventurado tienen la divina mirada de los ángeles y la seducción irresistible de Luzbel.

»No las miréis, vosotros los que no queráis entregarles vuestra alma; porque ella se escaparía de vuestro pecho, para ir á arrojarse en la llama de sus ojos.

»La mujer reina allí con un poder absoluto; posee el imperio de los elementos, y es la reina de la creación.

»Y sin embargo, allí donde todo se inclina ante ellas, donde mandan como soberanas, y donde la felicidad es la atmósfera de su existencia, una mujer gemía é invocaba la muerte.

»Era joven y bella; la sangre de los conquistadores corría por sus venas, y el poder y la opulencia mecieron su dorada cuna.

»¿Por qué apartaba su mirada de ese radioso horizonte?

»Vivía en una atmósfera de adoraciones, y era la esposa de un hombre que la idolatraba.

»¿Por qué deseaba morir?.

—»Porque ella lo aborrecía, y su corazón cerrado para él, tenía otro dueño. La hija de los godos amaba á un hijo del sol; y cuando el orgulloso Ibero encadenó su cuerpo, hacía largo tiempo que Chaska-Naui Inca poseía su alma.

»Y por eso se agostaba y perecía como una flor arrancada de su tallo—mientras ella dormitaba el sueño de su agonía, he aquí el ángel de la muerte, que se acerca con una copa en la mano y le dice:—¿quieres morir?

»Y el blanco labio de la moribunda se agitó con un *sí* ansioso, desesperado.

»El ángel vertió tres gotas de su copa sobre aquella palabra suprema; y la vida abandonó el cuerpo de aquella mujer, y se reconcentró toda en su corazón, que cesó de latir, y ardió como un hogar inmenso, en tanto que sus miembros quedaban yertos y helados, y su pupila fija, vidriosa y sin mirada.

»Y en los ámbitos de su pecho resonaban ecos extraños, repitiendo sollozos, gritos de dolor, fúnebres cánticos y golpes semejantes á los del martillo sobre la cubierta de un ataúd.

»Después silencio... largo y sepulcral silencio. ¿Dónde se hallaba? ¿Atravesaba los limbos de la eternidad? O más bien... ¡horror! aquella fría y silenciosa lobreguez, ¿era la nada? ¡la nada en que iba á desvanecerse esa alma!

»Pero el eco de aquel pecho inmóvil se despierta, y remeda una voz melodiosa grave y triste; voz cono-

cida y amada en otro tiempo, en otro mundo, quizá en el cielo.

»El acento querido resuena cada vez más dulce, cada vez más próximo.

»En la profundidad del tenebroso horizonte dibújanse los contornos de una figura aérea y luminosa. No es el semblante ceñudo del ángel de la muerte, no: es el rostro bello, suave y melancólico de uno de esos espíritus de amor que vagan recogiendo en su seno las lágrimas de la tierra.

»La celeste aparición se acerca; su mano aparta el blanco sudario de la muerte, y su labio se posa sobre la frente helada del cadáver, que al divino contacto se estremece.

»El fuego de la vida, oculto en el fondo del corazón, se esparce y recorre sus venas en ardientes oleadas; sus pálidos labios se enrojecen; su pecho se agita en voluptuosos suspiros, y sus párpados se entreabren, derramando en torno una fulgurosa mirada.

»¿Dónde se halla? ¿en el cielo? ¡No! el cielo no tiene en sus tesoros la deliciosa embriaguez que arroba su alma.

»Bajo las doradas bóvedas de un encantado palacio perdido entre el follaje de una selva de vergeles; Chasca-Naui la estrechaba entre sus brazos...»

—Sí—gritó el peregrino, alzándose de repente, y cambiando su humilde acento con el acento airado del terrible viajero del Illahuamán,—¡sí! bajo esas misteriosas cúpulas, á la sombra de esos callados vergeles

se entregaba ella á las delicias de un amor culpable, sin presentir la presencia de aquél que había encadenado su cuerpo, que la había escondido en la tumba, y que con un puñal en la mano y la venganza por guía, deslizóse con la astucia silenciosa de la culebra entre los muros que la guardaban, y alzándose de repente ante ella.—Heme aquí—la dijo.—Tú has dado á otro tu alma, pero tu vida es mía, y vengo á tomarla.

El peregrino había arrojado su antifaz, y estaba allí de pie, implacable, terrible. La dama palideció ante aquella siniestra aparición; pero luego, alzando al cielo sus hermosos ojos, rasgó los velos de su seno, y dijo con la expresión sublime de los que ceden á la fatalidad:

—He aquí mi corazón, herid.

Brilló en la sombra la hoja de un puñal y se hundió tres veces en aquel desnudo pecho. Y el blanco rayo de la luna que alumbraba á la bella morada del encantado palacio, alumbró ahora sólo un cadáver ensangrentado...

. . . . . .

XII

La quena.

El viento de la tempestad había descendido. Su soplo destructor, desembocando por las estrechas gargantas de una elevada cordillera, y barriendo la seca hierba que hallaba á su paso, había ido entre torbellinos de granizo, á estrellarse mugiendo furiosamente contra los muros de un pueblo de indios que se extendia al pie de las montañas. Torrentes de agua y de nieve habían anegado sus estrechas calles, y el estallido del trueno, repetido á lo infinito por los ecos de aquellas cumbres, había llevado el espanto bajo de sus pacíficos techos. Mas la tempestad había pasado.

Una noche lóbrega cubría las montañas, el pueblo y la llanura; y la doble obscuridad que nivelaba todos los objetos sólo era interrumpida á largos intervalos por la luz amarillenta y fugaz de los lejanos relámpagos. La naturaleza entera parecía dormitar después de la terrible crisis que la había agitado; y todo lo que tenía vida sufría la reacción del miedo: reposaba.

Ningún ruido exterior revelaba la vida en aquel negro hacinamiento de edificios, y sin embargo, en lo alto de uno de ellos se veía la luz brillando como un faro en aquel océano de tinieblas.

De repente, una melodía extraña, dulce, desgarrante y aterradora á la vez, se elevó de aquel sitio, atravesó los aires, llenó los ámbitos del valle, y fué á despertar los ecos de las montañas.

Era una música sublime, cuyos mágicos acentos, ora tiernos y apasionados como el adiós de un amante que se aleja, ora melancólicos y dolientes como los suspiros de la ausencia, ora sombríos y lúgubres como la voz del *de profundis*, remedaban, uno á uno, todos los gemidos que el amor ó el dolor pueden arrancar al corazón humano. ¿Era una voz? ¿era un instrumento? Angel ó demonio, ¿quién era el autor de esa melodía?

Era un hombre que sentado á los pies de una mujer en un gabinete enlutado y alumbrado por una gran lámpara de plata, tañía un instrumento de forma extraña.

Aquel hombre vestido de negro, como todos los objetos que lo rodeaban, era de estatura alta y llena de distinción, de facciones bellas, aunque cubiertas de una palidez sepulcral. Sus grandes ojos negros, de largas pestañas, tenían el brillo de la juventud, aunque precoces, pero profundas arrugas la hubieran hecho desaparecer de su frente.

La mujer á cuyos pies se hallaba, envuelta en una túnica blanca, y recostada en un ancho diván, tenía medio cubierto el rostro con las ondas de su cabellera

negra, que descendiendo á lo largo de los pliegues de su ropa llegaba hasta el suelo. Una de sus manos descansaba en su rodilla, y la otra, sostenía su cabeza reclinada sobre los cojines del diván.

Nada más plácidamente bello que el grupo que formaban, la mujer vestida de blanco como la virgen que sube al lecho nupcial, y el hombre que puesto á sus pies y alzando hacia ella sus tan hermosos y apasionados ojos parecía dirigirla todas las notas de aquella celeste armonía. Pero si algún ser viviente hubiera podido penetrar en ese sitio y mirar de cerca aquel grupo, habría sentido erizarse los cabellos sobre su cabeza y hubiera huído espantado; porque la larga cabellera de aquella mujer tenía una aridez metálica; sus manos de forma tan bella, estaban secas; aquella alba túnica era un sudario, el rostro que el joven contemplaba, había recibido hacía largo tiempo el horrible sello de la muerte, y el instrumento mismo cuya voz tenía una tan divina melodía, era un despojo de la tumba, era el fémur de aquel esqueleto.

Conclusión.

El tiempo que incesantemente extiende su guadaña sobre la creación para destruirla y renovarla, y más que todo, el terror supersticioso, hicieron de aquel pueblo un desierto. El viajero distingue apenas el sitio que ocupó en la árida llanura, por algunas ruinas ennegrecidas por las lluvias y los helados vientos de la cordillera. Pero ni los años, ni los omnipotentes rayos del Vaticano han podido borrar la memoria del amor infortunado y del extraño duelo del cura Camporreal, cuyos gemidos repite eternamente durante el silencio de las noches, en lo hondo de nuestros valles y en las plazas de nuestras ciudades la voz del instrumento que él consagró á su dolor, y al que los hijos del Perú dieron el nombre de *Quena*, palabras que en la *quechua* antigua significa: pena de amor.

Si en la felicidad escucháis la voz de ese instrumento, sentiréis esa dulce melancolía tan necesaria para templar lo que aquella tiene de demasiado deslumbrante y fatigosa para nuestra alma. Pero, oh vos-

otros! los que lleváis en el corazón un grande dolor, ¡guardaos de escucharla! porque para vosotros tendría un poder terrible, que como un espejo mágico os hará ver de nuevo todo lo lúgubre de vuestro pasado; desvelará á vuestros ojos la pálida imagen del siniestro porvenir, y el dolor se agrandará en vuestro pecho hasta romperlo.

EL GUANTE NEGRO

I

La prenda de amistad.

Era una de esas deliciosas noches del país argentino. La luna bañaba con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata y hacía brillar, entre la sombría verdura de los huertos y alamedas, las mil bellísimas quintas y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor de la gran ciudad, y sólo se oía el murmullo de las ondas del vecino río, y el silbido del viento entre las hojas de los sauces.

De repente vino á mezclarse á estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas de árboles, comenzó á cantar con indecible melodía aquella adorable música de Julieta y Romeo:

«Sei pur tu che ancor rivedo?»

El canto fué interrumpido por el ruido de un carruaje que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo al pie de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea, abrió la portezuela y presentó la mano á una bella joven de talle esbelto y flexible, de mirada rápida é imperiosa, que saltando del estribo, ligera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata, y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba en la primera antesala, se inclinó profundamente.

—Amigo mío—le dijo ella, paseando en derredor su inquieta mirada:—¿duerme su joven amo de usted?

—Mi amo está herido, señora, y...

—Lo sé, lo sé, y por eso estoy aquí. Condúzcame usted á su cuarto.

El portero hizo una reverencia, y guió á la joven por una galería abierta sobre un jardín interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba á abrirla para anunciar á la dama, pero ésta le apartó sonriendo, abrió ella misma la puerta, atravesó corriendo un elegante salón, y entró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas había un lecho en donde estaba acostado un joven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez y de la inteligencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, había relámpagos que revelaban el choque de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caían en abultados bucles sobre su cuello, y un bigote negro y sedoso, capaz de matar de nvidia á todos los leones del mundo, se retorcía gra-

ciosamente sobre una boca que habría hecho palpitar á una mujer de miedo ó de amor.

La joven corrió hacia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara—¡Wenceslao!—le dijo, presentándole la otra,—¿no es cierto que he tardado mucho?

—¡Qué veo! ¡Manuelita! ¡vos aquí!

—¿Me habéis llamado ingrata? ¡Oh! es que aunque moría de impaciencia y de deseo de venir á veros, no podía substraerme un momento á las miradas de mi padre, y de esa inicua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

—¡Llamaros ingrata! ¡yo! ¡oh! no. ¡Manuelita! Yo sé que habéis pensado en mí, y vuestros más ligeros recuerdos son tan preciosos para mi corazón, que no creería poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma... Pero permitid que me convenza que no es un sueño la dicha de veros aquí, á esta hora, así, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubría la linda mano de la joven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor cubrió su alta frente.

—¡Lisonjero!—dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreir,—¿qué hay de más natural que el que yo me encuentre aquí, á esta hora, así inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar así la administración de mi pa-

dre, como si la deshonra arrojada sobre la frente de una joven pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomasteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmasteis á vuestro contrario y le obligasteis á desmentirse desde Montevideo; pero quedasteis herido, y es mi deber no sólo el venir á veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrían sido para mi corazón los cuidados que os prodigara! pero me encadenan lejos de vos, la necesidad que mi padre tiene de mí, y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida para destrozarla, como si no fuera aun bastante triste y contrariada! ¡Oh! ¡Wenceslao! ¡por qué no estamos aún con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Luján!

Y la hija del Dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada, y estrechando la mano de la joven sobre su pecho herido:—¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas!—exclamó;—la sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia, pero si un hombre leal, decidido y enérgico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazón que palpita bajo vuestra mano está lleno de adhesión por vos. Confiaos á él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del joven sonriendo melancólicamente.

—¡Ay! amigo mío—le dijo,—el destino tan envidiado de Manuela Rosas, le ha condenado á la soledad y aislamiento del corazón, alejando de ella uno á uno á todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre, y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar de mi corazón el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y más querido de todos, muy poco tiempo estaréis cerca de mí; pronto dejaréis de ser edecán; he visto en el bufete de mi padre vuestro despacho de segundo jefe del regimiento que manda el coronel Ramírez, vuestro padre, y la orden para que marche al Norte aquel regimiento.

—¿Qué decís? ¡alejarme de... vos! ausentarme de Buenos Aires, ¡oh!—exclamó Wenceslao revelando en su acento un dolor misterioso.

La joven lo comprendió, levantóse vivamente, y cubriendo su rostro con el velo.—Adiós, Wenceslao—le dijo, extendiendo la mano sobre la cubierta de la cama, para buscar el guante que aquél habíale quitado.—Son las once y me queda poco tiempo para llegar á Palermo antes que cierren las puertas... Pero... ¿qué he hecho de mi guante?

—Yo lo tengo—dijo Wenceslao, descubriendo su pecho y mostrando el guante sobre el corazón.—Manuelita, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Cómo queréis que lo guarde? ¿como una conquista ó como una prenda?

—Como prenda de amistad—respondió ella, alzan-

do con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso á Wenceslao desde la puerta.

—¡Me ama!—dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita,—me ama y yo podía ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido á obscurecer con un soplo tempestuoso el brillante horizonte de ambición y de gloria que se abría para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡por qué te conocí! ¡por qué tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente en mi corazón!

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oir otra vez.

—¡Es su voz! ¡es ella!—exclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte de una puerta secreta que estaba á la cabecera de la cama.

II

El guante negro.

La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso á una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas, tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye á aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita y con él las ideas de gloria y ambición, huyeron de la imaginación de Wenceslao.

—¡Isabel! ¡mi ángel hermoso, mi hada benéfica!—exclamó.—¡Ya estás aquí! ¡Oh! que mi madre perdone la ingratitud de su hijo; pero ¡cuánto bendigo su ausen-

cia, que te obliga á venir como mi ángel guardián, entre las sombras y el silencio de la noche á curar con tus manos mi herida, é inundar mi corazón de delicias con la magia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa!... Pero... ¡tú estás pálida!... ¡trémula! ¡no tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora! ¡Isabel! ¿qué pesar obscurece tu frente, amada mía?

—Nada ha cambiado en torno mío—respondió ella arrodillándose al pie del lecho, y obligando á Wenceslao á recostarse en su almohada;—nada ha cambiado; el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus más suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oir las melodías que han callado en mi arpa desde que tu sufres; las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonríen como siempre; tú, á quien amo con idolatría, estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, algo de lúgubre que pesa como plomo sobre mi corazón.

Escucha, Wenceslao. Cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba dar á luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si ésta guarda el secreto, el niño poseerá el don de adivinación. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ¡ella ignoraba qué funesto presente legaba al destino de su hija! Encadenada como todo lo que existe á ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar

la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó bajo los golpes de la Mas-horca, esa asociación de caribes, ya había yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente á mi corazón. Hoy, durante todo el día me han perseguido las más espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oído la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre; ¡perfidia! ¡traición! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de ti; y era tanto lo que sufría mi corazón, que al acercarme á tu lecho, al hallarte solo esperando la presencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregan exclusivamente á mi amor, y he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda una eternidad.

—Amada mía— repuso Wenceslao, besando con ardor las manos de la joven,—hay palabras que sólo deben escucharse de rodillas: tales son las que acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú? Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ángeles del cielo, ¿habia de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adoración? ¡Oh! ¡Isabel mia! destierra esos in-

sensatos temores como una injuria hecha á ti misma y á tu amor.

Hablando así Wenceslao era sincero, pues como hemos dicho, sus ideas de ambición se habían desvanecido á la presencia de Isabel. La joven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salón dió las doce.

—¡Dios mío!—dijo Isabel,—es media noche, y yo no he pensado aún en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

¡Era tarde! Isabel lo había descubierto para levantar el apósito de la herida.

Un profundo silencio reinó entonces en el cuarto. Wenceslao inmóvil de confusión y terror, miraba á Isabel que, pálida como una muerta, tenía entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado, sus brazos se deslizaron inertes á lo largo de su cuerpo, sus pies vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta que contiene el resorte, Isabel había leído el nombre de Manuela Rosas.

—¡Isabel! ¡amada mía, dígnate escucharme un momento! ¡no me condenes sin oirme!—exclamó Wen-

ceslao, tendiendo los brazos para levantarla. Ella le rechazó en silencio, volviendo á su primera actitud.

Largo rato quedó así inmóvil, silenciosa é insensible á las súplicas de Wenceslao.

Después alzó su frente; pasó por ella la mano, como para avivar un recuerdo, y poniéndose en pie:

—¡Oh! ¡padre mío!—exclamó, cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada,—este golpe que hiere mi corazón, es el castigo de la hija culpable que infiel á su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra cambiando impiamente vuestra venganza con el amor de un federal.

¡Ah! ha sido necesario que él me arroje de su corazón, para que vuelvan al mío el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aún no es tarde, padre mío. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo, no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me espera á vuestra venganza, y al triunfo de esa causa, cuyo testimonio sellasteis con el martirio!

Y volviéndose hacia su amante, que la escuchaba consternado.—¡Adiós, Wenceslao!—le dijo.—Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi labio se complacía en repetir sin cesar por que resonaba en mi corazón como una deliciosa música. ¡Adiós para siempre! Amad en paz á esa Manuela Rosas, cuyo gaje de amor lleváis sobre el corazón; y cuando penséis en Isabel, recordadla sin remordimientos, pues vuestra perfidia la ha conducido al

camino del deber, al mismo tiempo que á vos al de los honores y de la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao que permanecía agobiado bajo el peso de una irremisible prueba, alzó con orgullo su pálida frente, y extendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo á la joven, que daba ya un paso hacia la puerta: ¡Isabel! en nombre de tu padre, escúchame una palabra, una sola!

Isabel volvió hacia él su pálido rostro.

—Todo se ha acabado entre nosotros—dijo ella con voz triste, pero firme. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estáis vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

—¡Oh! ¡Isabel! ¿rehusas escucharme? ¿Dígnate entonces decir tú misma, amada mía, qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imagen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazón? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, allí bajaré.

Un profundo sollozo elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos malos pensamientos, hijos de los celos, que convierten al ángel en demonio surgió en su mente y mordió su corazón.

—Que muera para mi amor—murmuró,—con tal que se aleje para siempre de ella.

Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora:

—Hay un sitio—le dijo—desde donde podríais persuadirme que lo que he visto esta noche ha sido un sueño, uno de esos malos sueños que bajan á torturar el corazón, pero ese sitio está... ¡entre las filas del ejército unitario!

Y desapareció entre las sombras que se extendían al otro lado de la puerta.

Wenceslao quedó un momento anonadado bajo el peso de aquellas terribles palabras. Los ojos se cerraron, su corazón cesó de latir, un sudor frío bañó sus sienes. Luego una desesperación inmensa invadió su corazón, sacudiéndolo con su terrible fuerza.

—¡La he perdido para siempre!—exclamó hiriendo su frente;—¡no me ama ya, pues quiere mi deshonra! quiere que abandone la causa que desde la niñez ha defendido mi espada, la causa de mi ilustre bienhechor... ¡la de la compañera de mi infancia! ¡quiere que me haga un traidor, en fin! ¡Oh! ¡Isabel!... jamás... jamás... Pero ¿qué haré en adelante de esta existencia vacía y silenciosa, que no iluminará ya tu amor? ¿cómo atravesaré esas horas, esos días que encantaba tu presencia? porque perderte á ti no es sólo perder el corazón de una mujer: ¡es perder el aire, la luz, el cielo! ¡Oh! ¡es mejor morir!

Y llevando á su pecho una mano homicida, arrancó el vendaje de su herida, y la desgarró.

La sangre corriendo á borbotones sobre el lecho, adormeció poco á poco la desesperación que devastaba el alma de Wenceslao. Una niebla azul se extendió an-

te sus ojos, un rumor confuso invadió sus oídos, que cesaron de percibir los ruidos exteriores; el frío de la muerte comenzó á helar sus miembros, y en su corazón se difundió ese sentimiento de paz que debe hallarse al otro lado de la tumba, y que se pinta en el semblante de los cadáveres.

III

Una madre.

De repente una voz dulce y suave vino á interrumpir el silencio de su agonía.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó entre sollozos,—¡tú me has traído para salvarlo, Wenceslao!

—¡Isabel!—murmuró la voz exánime del moribundo.

Al lado de aquel sangriento lecho se hallaba de rodillas una mujer de estatura elevada, de rostro dulce y bello, á pesar de la gran palidez que lo cubría. Se conocía que aquella alma había sentido mucho, y que la hoguera que ardía en su pecho había consumido su vida.

Reclinada la cabeza de Wenceslao sobre su pecho, le rodeaba con sus brazos y se esforzaba en restañar la sangre que se escapaba de la herida, regando con sus lágrimas la frente del joven y llamándole en voz baja y cariñosa.

—¡Ay! - dijo, cuando oyó en sus labios el nombre

de Isabel;—¡no me reconoce, él ama á otra, no importa! ¡bendito sea el nombre que le vuelve á la vida! Dios mío, ¡restituídmelo! y aunque me posponga á todas sus otras afecciones, pues yo sé que aunque él ocupa toda mi alma, no soy yo quien debe ocupar la suya.

¿Quién era esa mujer, que amaba tanto, pero cuya santa abnegación era superior á los celos, ese poderoso demonio que ha hecho su infierno en el corazón humano?

Era una madre.

IV

La carta.

Algunos días después, aquella misma mujer se paseaba sola, ó más bien vagaba como una sombra bajo los elevados árboles del jardín de la quinta. Su frente estaba aun más pálida, y en sus miradas se pintaba una sombría inquietud.

—¡Dios mío!—decía,—¿cuál será el origen de ese pesar profundo, de esa espantosa cólera que se ha apoderado de mi esposo, desde que un espía del gobierno le entregó aquella carta? Ha murmurado el nombre de Wenceslao, acompañándolo de horribles imprecaciones. ¡Ay! ¿qué desgracia amenaza todavía á mi idolatrado hijo? ¡Virgen Santísima!—continuó besando un relicario que contenía la imagen de María y los cabellos de Wenceslao,—tú que padeciste tanto en esta tierra de lágrimas; ¡ten piedad de los sufrimientos de una madre en memoria de tus propios sufrimientos! ¡protege á mi hijo! Si hay algún peligro bajo sus pies,

¡sálvalo, como has hecho otra vez! hazlo á él feliz, y dadme á mí toda su parte de los males de la vida...

Pero es imposible quedar en esta terrible incertidumbre que me hace padecer un siglo en cada instante. Esa carta debe estar ahí... en su bufete... El no está allí... se ha encerrado en el salón... ¡Si yo fuera á buscar esa carta! ¡Sí, iré! ¡Oh, Ramírez! ¡perdón! no soy una esposa indiscreta que va á escudriñar los secretos de su marido; soy una madre que vela sobre el destino de su hijo.

Y atravesando las largas calles de árboles, cubiertas ya con las sombras de la noche, abrió una ventana baja, y mirando cautelosamente hacia dentro:

—¡Nadie!—murmuró,—¡nadie!

Y entró en un cuarto ocupado por estantes de libros, panoplias de armas, y un bufete cargado de papeles, sobre el que se elevaba en un rico marco el retrato del general Belgrano.

La mirada de la madre reconoció entre mil cartas, aquella que deseaba y temía leer, tomóla con mano trémula y mirando la letra del sobrescrito:

—¡Dios mío!—dijo abriéndola,—es de mi Wenceslao, es de mi hijo.

Un guante negro se deslizó de entre los pliegues de la carta, y cayó á los pies de la madre de Wenceslao que dió un grito.

—¡Oh! ¿por qué me ha causado tanto terror este objeto? ¡Se diría que es la mano de la muerte que viene á posarse sobre mi corazón!

Tendió una mirada en torno suyo y leyó:

«Isabel:

»El hombre á quien has puesto en la horrible alternativa de hacerse un traidor ó de vivir sin ti, ese hombre fuerte á quien sus compañeros llaman el león de los combates, ha sucumbido miserablemente en la lucha del amor con el deber. ¡Oh, vergüenza! Honor, deber, amistad, gratitud, todos los sentimientos nobles del corazón han callado ante la idea de perderte para siempre, de renunciar á la dicha de contemplar tu rostro, de arder bajo el fuego de tu mirada, de sentir el contacto de tu mano, de escuchar el sonido de tu voz.

»Tu amante para quien el honor era la vida, llevará pronto sobre su frente el sello de la deserción, ese bautismo de oprobio, que la muerte misma no podrá borrar. El ejército de Lavalle se halla á dos jornadas de aquí, y el sol de mañana me verá en sus filas, volviendo mi espada envilecida contra la causa que tenía mis simpatías, contra mi protector, y contra mi mismo padre.

»En esta carta hallarás ese guante, origen de tantos dolores. Envíalo á Manuela Rosas, y hazla decir que el amigo de su infancia, el hombre en cuyo corazón había ella buscado un asilo contra la calumnia, no es ya digno de poseer ese don de la amistad, porque se ha hecho un traidor.

»¡Isabel! ¡tú lo has querido! ¡Así sea!»

La pobre madre no pudo leer las últimas palabras de esta carta. Un temblor convulsivo sacudió sus miembros; el hielo del espanto invadió su corazón; la carta

se escapo de sus manos, sus rodillas se doblaron y cayó en tierra como una masa inerte. Al volver en sí de su largo desmayo, su oído entorpecido todavía, percibió dos veces que hablaban cerca de ella. La debilidad que embargaba sus miembros la impedia moverse, y permaneció oculta bajo los largos pliegues de la carpeta.

—¡Bracho!—decia el coronel Ramírez á su criado favorito, llamado así por haber nacido en el ardiente desierto de este nombre,—aunque tengo en ti una confianza ilimitada, necesito que hagas un juramento.

Bracho saludó militarmente y respondió.

—¡Mandad, mi coronel! vuestro antiguo soldado está pronto á obedeceros.

El coronel se acercó á él, y estrechando fuertemente su mano, puso la otra sobre su propio corazón, y le dijo con voz solemne:

—¡Bracho! júrame por nuestros dias de fatiga y de gloria, y por los inmaculados laureles que durante treinta años hemos recogido juntos sobre los campos de batalla, que guardarás un silencio sepulcral sobre todo lo que va á pasar aquí.

El rostro bronceado y grave de Bracho se volvió más grave todavia; su mano respondió á la presión del coronel, y colocándole igualmente la otra sobre su pecho, respondió con voz firme.

—¡Yo lo juro!

—Bracho—continuó el coronel, señalando un azadón y una pala que estaban en el suelo,—toma esos instrumentos que te he mandado traer, y abre en ese

ángulo del cuarto un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

Bracho, con esa sangre fría, unas veces admirable y otras espantosa que caracteriza á los hijos de aquel suelo, desclavó una de las extremidades del tapiz y obedeció á su señor. Durante largo rato sólo se oyó la respiración oprimida del coronel y los acompasados golpes del azadón de Bracho.

Un horrible presentimiento atravesó el alma de la madre que contuvo su aliento y escuchó.

Cuando el hoyo estuvo hecho, Bracho, apoyándose en el azadón, se volvió hacia su jefe.

El coronel se acercó á la negra boca del hoyo, y midió con la vista su profundidad.

—¡Bracho!—dijo con una voz lúgubre que llevó un frío mortal al corazón de la madre.—¡dentro de pocas horas ese abismo se cerrará sobre un cadáver! ¡Escucha!—prosiguió;—hoy, en este mismo sitio, tendrá lugar el juicio y el castigo de un gran crimen, desconocido entre los soldados argentinos, y que todavía no ha manchado nuestros anales militares: ¡la traición!

Vé ahora á la ciudad, busca en el cuartel de mi regimiento á su segundo jefe, y dale de mi parte la orden de venir inmediatamente á encontrarme aquí, recomendándole el mayor secreto sobre el lugar dónde se dirige.

Bracho hizo un movimiento involuntario de dolorosa sorpresa, al escuchar aquella orden. Vaciló y miró á su amo, como si quisiera hablarle; pero una severa mirada de éste le hizo obedecer en silencio.

V

Amor de madre.

—¡Desertor!—exclamó el coronel, cuando quedó solo,—¡desertor! ¡Un soldado argentino, un Ramírez desertor! ¡Sombra de Belgrano!—continuó él con dolor, dirigiéndose al retrato de aquel héroe,—sombra augusta de Belgrano, ¿no os estremecéis de indignación al oir aliar con la infamia el nombre de vuestro amigo, repetido con honor en el detal de las batallas, ¿no gemís de dolor, al ver deshonradas las cicatrices de vuestro antiguo compañero? Deshonradas no, gracias al cielo, el crimen no ha sido consumado todavía; y esa tumba, y este puñal lo sepultarán para siempre con el culpable.

Al ruido metálico que produjo el ancho puñal del coronel, al caer sobre la mesa, se estremecieron las entrañas de la pobre madre, que hasta entonces procuraba persuadirse de que todo aquello era un sueño. Su corazón sintió el frío del acero destinado al corazón de su hijo, y exhalando un grito desgarrador, alzóse

de repente, pálida como un espectro, á los ojos de su marido, que retrocedió espantado, exclamando:

—¡Margarita! ¿qué has venido á buscar aquí?

—¡Ramírez!—gritó ella, con acento lamentable,—¡por piedad! dime que estoy loca y que son efecto de mi delirio las palabras atroces que te he oído pronunciar. ¡Ramírez! ¡Ramírez! en nombre del cielo, di que esa tumba, ese puñal, esa espantosa sentencia, son sólo las alucinaciones de una horrible pesadilla que agita mi mente ¡di que no es cierto que tú quieras hacerte el asesino de mi hijo, de nuestro hijo!

—¡Tu hijo! ¡nuestro hijo!—exclamó el coronel en una explosión de dolor y de indignación.—Ya no le tienes, desventurada mujer; el que fué nuestro hijo es un traidor, que subyugado por una pasión abandonaba el estandarte sagrado de la patria. Los momentos de su existencia están ya contados, y sólo pertenecen á mi justicia. ¡Margarita! vé á orar por él, y olvida para siempre el nombre de tu hijo.

—¡Oh!—exclamó la madre con acento profundo y desgarrador,—¡que ore por él como por un difunto! ¡que olvide el nombre de hijo, ese dulcísimo nombre, que hace veinte años es el objeto de mi existencia! ¿quién lo ha dicho? ¿quién?... ¡Oh, nadie!... nadie ¡gracias al cielo, estoy loca!... ¡estoy loca!

Y la infeliz recorría el cuarto retorciendo sus brazos, y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar la locura que invocaba.

La tremenda voz del honor ofendido que había so-

focado la del amor paternal en el alma del coronel, enmudeció ante aquella desesperación de madre. Ramírez sintió despedazarse el corazón y vacilar su terrible resolución. Tendió los brazos á su mujer y la dijo tristemente:

—Margarita, ¡pobre madre! ¡ven á llorar en el seno de tu esposo, de tu amigo! ¡yo también tengo necesidad de derramar lágrimas!

Pero de repente sus ojos encontraron la mirada de Belgrano, que destacándose fija y penetrante del fondo sombrío del cuadro, parecía echarle en cara su debilidad.

La vergüenza cubrió entonces de púrpura el rostro desencajado y lívido del coronel. Sus ojos despidieron llamas; y una ancha cicatriz recuerdo de sus glorias, dibujándose pálida sobre el rubor de su frente, le coronó como una aureola siniestra.

—¡No!—exclamó, rechazando á su mujer, y yendo á colocarse ante el retrato de su antiguo jefe,—aquel á quien visteis á vuestro lado arrastrar con serenidad la muerte entre la metralla de los combates, no desmentirá su valor ante el cumplimiento de su deber, por terrible que éste sea. Si este corazón se revela—continuó golpeando su pecho,—yo le romperé; pero el honor se habrá salvado, porque el culpable perecerá.

—¡Oh—gritó la madre, lanzándose hacia su marido y apretando convulsivamente su brazo,—¿era verdad? ¿mis oídos me engañaban? ¡Ramírez! ¡Ramírez! ¿es cierto que ese horrible pensamiento que mi labio rehusa expresar, ha hallado lugar en tu alma? ¡ah!—

continuó cayendo á los pies del coronel y abrazando sus rodillas,—¡si necesitas sangre he aquí la mía! Toma ese puñal, abre una á una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazón, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ten piedad de mi hijo! respeta su vida, esa preciosa vida que recién comienza á florecer. ¡Oh, Ramírez! si has olvidado que eres padre, acuérdate que eres hombre, compadécete de su juventud, de su belleza de su porvenir, ese hermoso horizonte de promesas y esperanzas que tú quieres robarle. El crimen no ha sido sentido aún: todavía hay lugar para el arrepentimiento. ¿Con qué derecho quieres ser más severo que Dios, que siempre da tiempo al culpable para reconocer su falta?

La hora de debilidad había pasado para el coronel. Sus labios pálidos y severos sonrieron amarga y desdeñosamente.

—¡El arrepentimiento!—exclamó,—¿puede redimir un crimen que deshonra, aunque éste sólo haya existido en el pensamiento? ¡Margarita, tú sabes que no! tú, que novia todavía, decías á tu esposo, cuando sin guardias se hallaba en capilla bajo su palabra de honor: ¡Ramírez! muere, pero no te deshonres faltando á la palabra. ¡Nada puede borrar las manchas del honor!

—¡Ah!—respondió ella llorando,—era esposa, ahora soy madre. ¡Oh! tú á quien una mujer llevó en su seno y alimentó con su sangre, en memoria suya ten piedad de la madre que te pide de rodillas la vida de su hijo.

Los pasos de algunos caballos resonaron en el patio de la quinta.

El coronel, tomando entonces violentamente á su esposa en sus brazos, procuró llevarla fuera del cuarto, pero ella se asió de uno de los pies del bufete, y los dedos finos y trasparentes de aquella mujer se convirtieron en otros tantos resortes de acero en que se estrelló la fuerza del coronel.

—¡No! no me arrancarán de aquí—decía ella con voz ahogada, —quiero librar á mi hijo de la muerte, y á ti de un horrendo crimen! ¡quiero interponer mi pecho entre el tuyo y los golpes de un asesino!

—¡Margarita!—exclamó con voz solemne,—¿quieres ver morir á tu hijo? ¡Sea! ¡lo verás morir, porque juro que nada puede salvarlo!

A estas palabras los ojos de la madre centellearon como los de una leona herida, sus lágrimas se secaron de repente, y poniéndose en pie, pálida y terrible como la imagen de la fatalidad:

—¡Ramírez! —gritó acercándose á su marido—¿es cierto que nada puede salvar á mi hijo del horrible destino que le reservas?

—¡Nada!—respondió con firmeza el coronel.

—¡Nada!—replicó ella, con acento extraño,—¿nada, ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni la memoria de los dias felices que nos ha dado en los veinte años de su existencia?

—¡Nada!—repitió él con voz lúgubre.—Soy un juez, he condenado á un criminal, y yo mismo ejecutaré la sentencia.

—¡Pues muere tú!—gritó la madre,—muere tú, porque yo quiero que mi hijo viva, aunque sea sobre las ruinas del mundo.

Y arrebatando el puñal que estaba sobre la mesa, lo sepultó en el corazón de su esposo.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un grito doloroso y aterrador resonó en el cuarto.

—¡Madre mia! ¡qué hacéis!—exclamó Wenceslao, precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación.

—Mi esposo había jurado matar un traidor—dijo ella,—ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo para salvar á mi hijo.

Al dia siguiente, á la cabeza de su regimiento, Wenceslao, pálido, sombrio, y llevando en el corazón un triple duelo, marchaba á reunirse con el ejército del general Oribe.

El deber había interpuesto entre él y la felicidad un voto terrible. Sobre el cadáver ensangrentado de su padre, y en las manos de su madre moribunda, había jurado olvidar para siempre á Isabel.

VI

Quebracho Herrado.

La noche del 28 de noviembre había extendido su sombra sobre el campo de ese nombre.

El sol de aquel día había visto el triunfo de Oribe, y la derrota del ejército unitario que, compuesto de guerreros tan generosos como valientes, aceptó la batalla con fuerzas inferiores y un terreno desventajoso, antes que desamparar con una marcha forzada, la emigración que le seguía. Pero la suerte recompensó mal el denuedo y la sublime abnegación de aquellos héroes, y coronó con el laurel de la victoria las sienes de sus enemigos, que quedaron dueños del campo.

Entonces se vió una escena espantosa, en que el pillaje, el asesinato y la violencia saciaron su horrible sed, en esa inmensa emigración compuesta de venerables ancianos, de hermosas vírgenes y de niños inocentes.

Mas á aquella hora, el tumulto de las armas, los

gritos de los combatientes y los gemidos de las víctimas habían cesado. La obscuridad velaba los lagos de sangre humana que inundaban la tierra; la brisa de la noche esparcía en el fúnebre campo el delicioso perfume de los vecinos bosques de aroma; la dulce luz de las estrellas, reflejando sobre el rostro de los cadáveres, daba á su actitud la apariencia de un dulce sueño; nada, en fin, revelaba allí un campo de batalla, si no era el profundo silencio que reinaba por todas partes, silencio sólo interrumpido por el prolongado y lamentable canto del *coyuyu*, que oculto entre el negro ramaje de los algarrobos, parecía llorar el destino de aquellos héroes.

VII

La predicción.

De repente, el eco lejano de una voz dulce y triste, hizo callar la lúgubre melodía del insecto. La voz se aproximaba entonando el último canto de Julieta:

«Oh! sfortunato atendimi...
Non mi lasciare arcor...»

Una sombra blanca, de forma vaporosa y vaga, se dibujó entre las tinieblas. El centinela avanzado del ejército vencedor, que vivaqueaba á algunos centenares de pasos, viéndola acercarse se santiguó y cerró los ojos, creyendo que era el alma de uno de aquellos muertos.

La sombra blanca entró en el recinto del campo de batalla. Era una mujer joven y bella, á pesar de la extrema extenuación de sus formas.

Sobre su larga túnica blanca se esparcía con admirable profusión una cabellera negra que, agitada por el viento de la noche, tenía la apariencia de un ancho

velo de luto. La mirada de sus grandes ojos negros era vaga y extraña, cual si una sombra se interpusiera entre ella y los objetos exteriores; sus labios murmuraban alternativamente el canto de Julieta, las plegarias de los difuntos y el nombre de Wenceslao, deteniéndose delante de los muertos.

—¡Lezica!—dijo inclinándose sobre un cadáver y apartando suavemente los sedosos cabellos castaños, que ocultaban un rostro joven cuya belleza había respetado la muerte.—¡Lezica! pobre niño que al ver la luz encontraste en torno tuyo el lujo y la riqueza, ¡quién habría dicho á tu madre, cuando te mecía en cuna de oro y seda, que dormirías tu último sueño sobre el árido suelo de un desierto! y cuando besaba tus bellos ojos azules, ¡cuán lejos estaría de imaginar que habían de ser de los buitres!

—¡Varela!—exclamó contemplando el rostro yerto é inmóvil de un hombre tendido á corta distancia, y anegado en su sangre, noble vástago de esa familia de cisnes que ha encantado con sus melodías las riberas del Plata.—¡La muerte ha puesto su negro sello entre los laureles de vuestras frentes! ¡por qué! ¡he ahí que mientras el chacal lame tu sangre generosa, mientras el tigre devora tu corazón donde ardieron sublimes inspiraciones, el puñal del asesino se prepara en la sombra para sofocar con un solo golpe el canto del poeta y el grito de la libertad del patriota! ¡Ay! ¡ay!—y comenzando de nuevo su fúnebre canto, prosiguió su camino.

El terreno por donde se dirigió estaba sembrado de

centenares de cadáveres, y regado con arroyos de sangre, que mojaban los pies y el blanco ropaje de aquella fantástica peregrina. Se habría dicho que la espada del ángel exterminador había pasado por allí, ó que la mano humana que había segado la vida de tantos hombres, habría tenido que ejecutar una grande venganza ó redimir una gran falta.

A lo lejos, y al cabo de aquella vía sangrienta, rodeado de cadáveres, de fusiles descargados, de lanzas y espadas rotas, yacía el cuerpo de un guerrero, cuyo noble y hermoso rostro conservaba aún después de la muerte una expresión de amenaza. Aunque todo indicaba que era él quien había hecho aquel estrago en las filas de sus enemigos, el acero de éstos no había osado acercársele; pues aquel cuerpo esbelto y elegantemente vestido estaba ileso, una sola bala le había muerto, atravesándole el corazón. Su mano estrechaba aún la guarnición de su espada, y el viento de la noche hacía ondear sobre su pecho esa terrible divisa roja, que contenía el retrato de Rosas, y la sentencia de muerte de los unitarios.

La extraña viajera se acercaba, paseando su mirada sobre los rostros sangrientos y mutilados de los muertos, y llamándolos con voz lúgubre:

—¡Mons! ¡Torres! ¡Bustillos!

—¡Wenceslao! ¡Wenceslao!—gritó en un transporte de gozo insensato, cayendo de rodillas y abrazando el cadáver del bello guerrero.—¡Heme aquí, amado mio! llego tarde; pero es que tú habías dejado tu lecho perfumado de las orillas del Plata, para venir á recos-

tarte en este suelo lejano, abrasado por el sol y mojado con la sangre.

Yo oí tu voz que me llamaba, y las tinieblas que de repente habían envuelto mi inteligencia se disiparon, la mirada de mi alma te mostró recostado en un lecho nupcial, tendiéndome los brazos y gritándome: ¡Isabel! ¡amada mía, esposa mía, ven! Y yo rompí fuertes cadenas que sujetaban mis pies, y caminé largo tiempo guiada por la voz que me llamaba siempre: ¡Isabel! ¡Isabel! ¡y heme aquí que llego cubierta con el blanco cendal de la desposada para unirme á ti en un abrazo! ¡en un abrazo eterno!... Pero... ¡Oh! ¡Dios!... su pecho está frío é inmóvil, sus labios pálidos y yertos, su mirada fija y velada por una sombra siniestra... ¡¡Ah!! es ese funesto talismán, ese funesto guante negro cuya vista introduce el dolor en el corazón, y cuyo contacto trastornó mi ser.

Y reclinando sobre sus rodillas aquella cabeza inanimada, descubrió con mano presurosa el pecho del cadáver.

—¡Oh!—gritó señalando una herida profunda, de forma circular y bordes negros.—¡He ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha destrozado el pecho para robarme su corazón! Hela allí que se acerca para disputármelo todavía, para arrojar otra vez entre él y yo, como un desafío á nuestro amor, ese guante negro que nos separó. ¡Atrás!—gritó alzándose, y extendiendo sus brazos sobre el cadáver,—¡atrás! ¡mujer fatal para los que te aman! ¡tu blanco velo de virgen está salpicado de sangre! ¡sobre tu cabeza está suspendida una

nube de lágrimas! ¡Aléjate!—continuó adelantándose, como para cerrar el paso al fantasma que le presentaba su imaginación,—¡no le toques! porque el puñal de la Mas-horca caerá sobre él... ¡Ah! ¡no, es la sombra de mi padre que vaga gimiendo entre los despojos helados de sus compañeros! ¡Padre mío! ¡no es éste el último golpe que la mano de hierro del destino descargará sobre los defensores de la libertad! ¿Ves esos arroyos de sangre que corren por este campo? Así correrá por largo tiempo en toda la extensión de nuestro hermoso suelo. ¡Pero la tierra no puede absorberla! ¿Ves cómo se eleva al cielo, para hacer descender después, cual rocío benéfico, la clemencia de Dios? Mira allá, á lo lejos, en los límites del horizonte... ¿No ves un bizarro guerrero que se destaca de las filas del ejército federal? El mundo, asombrado, le contempla también, porque es el héroe que levantará sobre sus hermanos encadenados el estandarte de la libertad; arrojará á la tiranía de su trono ensangrentado, y restituirá á la patria su antiguo esplendor y gloria.

Vuelve á dormir en la almohada de paz el sueño de la muerte, mientras mi esposo me estrecha entre sus brazos en nuestro lecho de bodas.

Y el silencio reinó otra vez en el campo; el *pampero* mezcló los perfumes de los aromas con las emanaciones mefíticas de la sangre; los algarrobos dejaron caer sus flores sobre el rostro desfigurado de los cadáveres, y el *coyuyu* volvió á comenzar su triste canto.

.....

Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba á decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron, se aparecía en las altas horas de la noche una mujer de aspecto extraño, que cubierta de un largo sudario, y con los cabellos esparcidos al capricho de los vientos, daba vuelta tres veces en derredor de la ciudad, cantando con voz lúgubre la sombrías notas del «De profundis.»

GUBI AMAYA

HISTORIA DE UN SALTEADOR

I

Una ojeada á la patria.

Era una tarde ardiente de octubre. El cielo estaba obscurecido hacia el Este por densas y tempestuosas nubes, incesantemente surcadas por el rayo, y abrasado en el ocaso por los fuegos del sol poniente. La electricidad agitaba las hojas de los árboles, que se estremecían produciendo un rumor sordo, semejante al lejano murmullo del mar. El aire era cálido y sofocante. La cigarra, oculta en las sinuosidades de los troncos hacía oir su chillido monótono; bandadas de pájaros de todos tamaños y matices, rozando con su ala veloz las copas de los árboles, huían de la tempestad que se acercaba con lúgubre majestad.

¡Cómo expresar lo que pasaba en mi alma, mientras sola y á pie atravesaba el bosque que en otro tiempo me vió pasar entre aquella brillante familia que, arrebatada del suelo natal por la borrasca de un infortunio inaudito, devorada en su flor por la muer-

te, quedaba ya sólo reducida á cinco débiles vástagos, arrojados á inmensas distancias los unos de los otros!

Todas las ideas que pueden atormentar la mente y destrozar el corazón, pesaban sobre mí. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y absorta en los más dolorosos pensamientos, cuando alzando los ojos, vi clarear los árboles y conocí que llegaba al límite del bosque, y á la pradera que en forma de anfiteatro rodea la colina en cuya pendiente se eleva nuestra antigua morada.

Detúveme sobrecogida. Mi corazón dió saltos espantosos en mi pecho, y tuve miedo de mi soledad en ese momento supremo, como si fuesen á abrirse ante mí las puertas de la eternidad.

Después, bajo la influencia de una fascinación semejante á la que abre nuestros ojos cerrados al aspecto de un objeto doloroso, atravesé corriendo los últimos grupos de árboles...

Mis ojos se fijaron con una mirada profunda de indecible gozo, de indecible dolor, en aquel encantado panorama que, presente incesantemente en mi memoria, se desarrollaba en este momento ante mí.

En ese mi pequeño universo de otro tiempo, yo sola había cambiado: todo estaba como en el día, como en el instante en que lo dejé. Las colinas que costean la pradera por el norte, se extendían siempre verdes, siempre floridas, pobladas de árboles, y risueñas como en el tiempo que, alegre y confiada en el destino, las recorría yo saltando. Hacia el Sur, el río seguía impa-

sible y sonoro su límpido curso en el mismo lecho de arena y pintadas piedrecillas. En frente de mí, sobre la roca solitaria, alzábanse las ruinas del castillo jesuítico, cuya venerable torre, intacta aún y ennegrecida por los últimos rayos del sol, se dibujaba en el tempestuoso horizonte; y más abajo, en fin, en el suave declive de una colina, la linda casa que edificó mi padre, y que también albergó mi infancia, se mostró á mis ojos, blanca y resplandeciente como en otro tiempo, cuando volviendo del baño me detenía á contemplarla con la distraída mirada del dichoso.

Cada árbol, cada hoja, cada recodo del camino despertaba en mi alma un mundo de dolorosos recuerdos. De este algarrobo, que ahora derrama sus flores sobre mi cabeza, había yo arrebatado un nido de pequeños pajarillos, y después que hube llorado toda la noche, pensando en el dolor de la madre, me había levantado al amanecer para restituírselos.

Aquel llano interminable á la vista conduce á Ortega. Allí íbamos con frecuencia, y en esa verde explanada hacíamos correr, caracolear y dar saltos á nuestros caballos alrededor del coche de nuestra madre, de cuyo fondo la oíamos dar gritos de miedo á cada nueva locura, exhortándonos inútilmente á tener juicio, é invitándonos á mis hermanas y á mí á encerrarnos en la insoportable monotonía de su carruaje. ¡Pobre madre! ella no presentía entonces los verdaderos peligros que á lo lejos amenazaban ya á sus hijos; no percibía aún la negra nube de dolores y de lágrimas suspensa sobre esas risueñas cabezas,

¡Cuán misericordioso sois, Dios mío, velándonos el porvenir! Así, ella gozó largos días de dicha tranquila sobre las flores que ocultaban el abismo que nos ha devorado.

La tempestad entre tanto había comenzado á descargar con violencia, envolviendo en su lúgubre velo las colinas y el llano.

Pero ni las anchas gotas de agua que azotaban mi frente, ni la voz poderosa del huracán, ni el terrible estampido del trueno, nada era bastante á arrancar mi alma á su dolorosa contemplación. De pie é inmóvil, conteniendo con una mano los latidos de mi corazón, y apoyándome con la otra en el antiguo tronco, me había transportado en espíritu á los pasados tiempos, cuyas escenas, como reflejadas por un espejo mágico, se presentaban una á una á mi mente contristada. Volvía á ver á mi padre en medio de sus numerosos hijos en esa hermosa galería, donde agrupados en torno suyo y ocultos entre los pliegues de su capa mirábamos con curiosidad mezclada de terror los torrentes de agua y las columnas de fuego con que las tempestades desgajaban los árboles del bosque. Volvía á oir los gritos de alegría con que saludábamos el primer soplo de viento, el primer rayo de sol que barría las nubes y hacía brillar las gotas de agua pendiente, como los diamantes de una diadema, de las verdes hojas de los árboles. Miraba las carreras y saltos con que cada uno de nosotros se apresuraba á acudir al jardín y á los prados, para ver cuántas flores se habían abierto, y si los pajaritos necesitaban de nuestra

intervención para reformar sus nidos destruidos por el agua, y cuántos zorros había matado el rayo.

¡Ah! ¿dónde estaba la brillante juventud que habitaba ese Edén? ¡Tadeo! ¡Pedro! ¡Celestina! ¡Severa! ¡Julián! ¡Antonina! ¡Teresa! ¿qué había sido de vosotros?

Y á cada uno de estos nombres, un eco lúgubre respondía en el fondo de mi corazón: pregúntalo á la tumba.

De todos esos seres llenos de vida, cuyos corazones palpitaban de juventud y de esperanzas á las puertas de un inmenso y halagüeño porvenir, yo sola había vuelto con el mío desolado á llorar, como el profeta de las lamentaciones sobre las ruinas de lo pasado; y extranjera en la casa paterna que contemplaba, no me quedaba de la herencia de mis padres, ni una piedra en que reposar mi cabeza. Todo había sido cambiado por el amargo pan de la tierra extranjera.

Una voz áspera y una vigorosa mano que se posó en mi hombro me volvieron á mí misma. Un hombre de cincuenta años, alto y fuerte, de tez morena y encendida, de cabellos grises, ojos negros y espesas y crecidas cejas, se hallaba á mi lado.

—Caballero—me dijo, engañado por mi vestido,—gustáis de mojaros ó queréis hacerme un insulto?

—¡Yo, señor!—respondí asustada con aquel ademán de salvaje familiaridad, y sintiendo palpitar mi corazón de mujer bajo las pistolas con que heroicamente había adornado mi cinto.

—Sí—replicó él,—porque á dos cuadras de mi casa

os refugiáis bajo un árbol, como si estuvierais en los desiertos de la Arabia.

Estas palabras y el acento de aquel hombre me revelaron un español. Era el actual propietario del país.

Aquella invitación, tan sencilla como benévola, propia del carácter franco y generoso de los hijos de España, produjo en mí una dolorosa impresión. Mi casa, había dicho él, señalando aquélla donde se meció mi cuna. Creí verme de nuevo desheredada, y me pareció que los muros de esa morada me rechazaban diciéndome: ¡Extranjera, vete! no te conocemos.

A mi entrada en la casa, voces suaves y hospitalarias desterraron mis tristes pensamientos. Las señoras de la familia salieron á mi encuentro, y me saludaron dándome la bienvenida con tan amable sencillez; ocupáronse en aliviar mi cansancio con tan tierna solicitud, con tan franca cordialidad, que por un momento dudé si el pasado era un sueño, y si esa familia era la mía.

¡Ah! sólo el proscrito, el enfermo, el huérfano y el peregrino pueden apreciar lo que hay de noble, generoso y tierno en el alma de mis bellas compatriotas. El poderoso las encuentra soberbias é indomables, porque, como el vergel cerrado del Sagrado Libro, ellas guardan los tesoros de su corazón para el desvalido.

Hijas del Plata, ángeles guardianes de ese Edén sembrado de tumbas, y entregado por tanto tiempo á matanzas espantosas, nada hay comparable á vuestra

evangélica caridad, á vuestra sublime abnegación. Vosotras olvidáis vuestros infortunios para consolar á los que sufren; madres y esposas desoladas, sofocáis los sollozos de vuestro propio duelo para dirigir suaves palabras de esperanza al prisionero, y aun proscritas y sin hogar, vais sobre los campos de batalla á arrebatar de entre las garras de los buitres al moribundo, cuyas heridas vendáis con los velos de vuestro casto seno. Dios os bendiga, y os lo tenga en cuenta para la redención de nuestra patria desventurada. (1)

---

(1) Escrito en 1850.

II

Mis huéspedes, después de haber provisto á todo lo que yo podía necesitar, me dejaron sola en el departamento destinado á los extranjeros. Todo estaba allí como antes: adornaban sus paredes algunos cuadros de mi hermana, entre los que encontré una obra maestra de mi lápiz, un ángel custodio con el cual, yo que no conocía ni una línea de dibujo, pretendí igualar al diestro pincel de ésta.

Contemplando aquella imagen, admiré el poder de la voluntad, que guiando sólo mi mano ignorante, había dado á la figura de ese numen protector de nuestro lóbrego camino, los contornos aéreos de una belleza misteriosa y triste, y una expresión inefable de melancólica ternura con que parecía sonreir á la pobre peregrina.

¡Ah! ¡qué diferencia de aquel tiempo al presente! ¡qué diferencia entre la niña de cabellos rubios y mejillas sonrosadas, que charlando turbulentamente hizo ese cuadro y la viajera pálida, fatigada y enferma que ahora lo miraba silenciosa!

Mientras mis ojos y mi pensamiento vagaban de objeto en objeto y de recuerdo en recuerdo, la tempestad había pasado y bramaba á lo lejos sobre las agrestes cordilleras del Oeste.

Acerquéme á la ventana, que se abría sobre la campiña, y vi llegar la noche y alzarse la luna detrás de la cordillera del Colorado.

Todo era serenidad y silencio en torno de la casa, y sólo se oía el lejano mugido de las vacas y el ligero ruido del agua que destilaba gota á gota de los tejados. Una brisa húmeda y cargada de aromas mecía con dulce murmullo los grandes árboles que crecían cerca de la ventana, y sus móviles sombras parecían jugar con los rayos de la luna entre las tinieblas del cuarto.

Los criados, que entraron con luces, rompieron el encanto de aquella escena.

Cuando quedé otra vez sola, salí cerrando cautelosamente la puerta de la habitación hospitalaria; deslicéme á lo largo de la galería, descendí la escalinata, y tomé con paso rápido el sendero sombreado de algarrobos que conduce al manantial y á las ruinas.

Mientras caminaba, como si hubiera en mí dos personas diferentes, la una, hija agreste de aquellas selvas, la otra, viajera que de lejanos países había venido á contemplarlas, me refería á mí misma la historia de todos esos sitios, que conocía, desde la caverna del tigre hasta el albergue de la gacela, desde el árbol gigantesco hasta la menuda grama.—He allí,—me decía, para persuadirme de que todo aquello no era

un sueño,—he allí los nopales, donde esconden sus crías esas víboras que con sus silbidos remedan pérfidamente el canto de un pájaro para morder con seguridad la mano incauta, que deseando apoderarse del ave se deslice en la cavidad de los troncos. He aquí las cuevas de los zorros; más allá está el barranco de los chacales. En la copa de ese nogal me refugié una vez huyendo de un enorme toro que imprudentemente llamé con un pañuelo rojo, y que me sitió la mitad de un día, pegado al tronco, cavando el suelo y mugiendo con rabia... ¿Y ese gemido lastimero que se eleva de lo más profundo de los bosques? ¡Ah! Es el canto del pacuí, ave nocturna tan uraña que nadie la vió jamás y sólo es conocida por su canto, y por la fantástica leyenda que de ella se refiere.

Dos pastores de los bosques, Pascual y María, se amaron; y desde ese momento, siempre juntos, apacentaron deliciosamente sus rebaños y su amor en los floridos prados y en las intrincadas selvas; y no hubo en toda la comarca séres tan felices como ellos.

Pero Pascual era celoso, y le hacía sombra aun la de un alcornoque.

Un día, al acercarse á su amada, que descansaba á orilla de una fuente, creyó oir el ruido de una persona que huía.

Quizá era un siervo que bajó á apagar su sed. Mas Pascual tornóse sombrío y taciturno, y miró á su querida con una mirada extrañamente profunda, cual si quisiera alcanzar al fondo de su alma. ¿Qué leyó en ella? ¡Los ojos de un amante son muy certeros!

Pascual llevó á María al centro de un apartado bosque, y la hizo ver en la cima de un árbol de prodigiosa elevación, una flor colosal como él y maravillosamente bella. Sus anchos pétalos tenían todos los colores del prisma, y el sol hacía brillar como estrellas las gotas de rocío que la noche había depositado en su ancho cáliz.

María adoraba las flores, y dando un grito de admiración se abalanzó al árbol y lo escaló. Al tocar la cima cogió con ávida mano el codiciado tesoro. Pero la hermosa flor, desprendiéndose sin esfuerzo de una liana que la sujetaba, se deshizo entre los dedos de la joven, convirtiéndose en mil florecillas reunidas por una mano engañosa.

María creyó que su amante había querido divertirse con su decepción, ó probar su agilidad, y envió á Pascual una mirada y una sonrisa. Pero esta sonrisa se heló en sus labios, y su mirada atónita se fijó con espanto en el árbol que la sostenía, de cuyo elevadisimo tronco habían desaparecido todas las ramas que la ayudaron á subir, presentando una superficie lisa y aterradora. Llamó á Pascual, y sólo le respondieron los ecos, repitiendo ese nombre como una satánica burla.

La desdichada lloró toda la noche, pronunciando entre sollozos el nombre de su amante. Pero cuando los primeros rayos de la aurora vinieron á iluminar los bosques, encontraron el árbol desierto. María había desaparecido. Desde entonces, al tender la noche su triste manto, se oye siempre la voz doliente de la joven que canta un nombre.

—¡Jesús María! ¡va á pasar el puente!—exclamó una voz al mismo tiempo que yo ponía el pie en el madero que servía para atravesar el manantial: miré hacia abajo y vi á una negra vieja que llenaba su cántaro, y que dejándolo en la orilla del agua, subía donde yo me hallaba. Acercóseme con esa solicitud benévola, casi maternal, que las ancianas de su raza tienen por la juventud, y poniendo su mano en mi hombro, me dijo, mirando con recelo en torno suyo:

—Si tiene usted intención de ir á las ruinas, desista usted de ello, ¡en nombre del cielo!

—¿Por qué, pues?

—¡Cómo! ¿no lo sabe usted?

—¡Yo no!

—¿No sabe usted que El—é hizo una cruz en su boca,—que El ronda las ruinas del castillo todas las noches?

—Y ¿quién es El?

La negra hizo un gesto de espanto, y acercándose más á mí:—¡Un... un brujo!—dijo con acento de terror.—¡Ah, caballero, si estima usted en algo su vida, no vaya usted allá!

Y santiguándose medrosamente, la negra alzó su cántaro y se marchó.

III

El terror de la pobre negra me hizo sonreir. La historia de su brujo, era, sin duda, una de las mil espantosas consejas que con respecto al castillo saben las gentes de la comarca, y que yo, cuando lo habitaba con mi familia, antes que el soplo devastador de la guerra civil lo convirtiera en ruinas, había oido referir á las viejas, en las noches de luna, bajo los árboles de las vecinas cabañas.

Aquel castillo era una construcción jesuítica, una de esas fortalezas que, disfrazadas con el humilde nombre de Reducciones, levantó la Orden de Loyola en los últimos tiempos de su reinado. Después de su expulsión, el castillo con las riquezas que encerraba y la ancha extensión de terreno á él anexa, fueron confiscados; y mientras sus dueños, como barridos por los cuatro vientos, los «situados» llevaban á España el oro que ellos habían amontonado en esos baluartes de su poder en América.

Sin embargo, un anciano contemporáneo de aquellos acontecimientos, que había pertenecido, de niño,

á la servidumbre de los jesuítas, y que vivía aún, pegado como una antigua mata de yedra á los muros del castillo, cuando oía hablar de la confiscación, movía la cabeza sonriendo con socarronería, y mezclando los delirios de la decrepitud á alguna realidad que recordaba, formaba de todo esto una extraña historia que refería á los niños y á los criados.

—Los jesuítas de aquella congregación—decía él, —algunas horas antes de su expulsión, habían sido avisados. Entonces celebraron un consejo secreto, como todos los actos de la vida de esos hijos del misterio. Al salir del consejo cerraron todas las puertas del segundo recinto, habitado sólo por ellos; y cuando las abrieron, y los criados entraron para servir la cena, encontraron el patio inundado de vino, y la bodega, que contenía grandes cubas de este licor, completamente vacía.

Nadie supo nunca lo que hicieron de aquellas cubas; pero—añadía el viejo, con su misteriosa sonrisa —nadie tampoco, excepto los «padres», sabía hacia dónde están situados los subterráneos del castillo.

Y al llegar aquí, dando rienda suelta á su chochez, comenzaba á divagar absurdamente, y decía:

—Así, mientras los nuevos poseedores del castillo duermen tranquilos bajo la llave de sus puertas cerradas, los «padres», sus legítimos dueños—porque todo aquello que ha vendido la «Patria» es robado,— los padres, sus legítimos dueños, vienen de dos en dos como antes; atraviesan el cementerio tan silenciosamente, que ni aun con la orla de sus largas sotanas

tocan siquiera las margaritas y pasionarias que lo cubren; dan en la grande puerta tres golpes simbólicos, y á esta señal, el Reverendo General de la Orden, que duerme hace dos siglos bajo su epitafio en el presbiterio, levanta lentamente la hoja de mármol que lo oculta, ó más bien la hace girar sobre algún gozne del otro mundo, y va á abrir, con ademán solemne, la puerta de la iglesia á los vivos, que, precedidos por él, descienden uno tras otro al sepulcro, donde permanecen hasta el amanecer. Pero antes que el lucero palidezca en el horizonte, vuelven, siempre de dos en dos, y el muerto, después de cerrar la puerta, se vuelve á su tumba.

Cada vez que el viejo, acurrucado en la cocina, y extendiendo sus trémulas manos sobre el fuego contaba esta historia, el entusiasmo de la codicia se apoderaba de los criados, y á la mañana siguiente, en todos los rincones del castillo resonaban fuertes golpes de pisón aplicados al suelo y á las paredes en busca de la puerta que debía conducir á los subterráneos, es decir, á las deseadas cubas, y al oro que las llenaba.

Mi padre puso fin á estas investigaciones, prohibiéndolas severamente.

Amaba el castillo no sólo por sus tradiciones, sino por la pintoresca situación que ocupaba, en la cima de una elevada peña, dominando el más delicioso paisaje que han contemplado mis ojos. Así, sin hacer en él ninguna innovación, lo cuidaba esmeradamente; y al comprar al Estado esta hermosa posesión, esperaba reposar allí de las fatigas de la guerra de la indepen-

dencia. Pero Dios no lo quiso así. El castillo yacía allí en ruinas, las tierras pertenecían á un extraño, y el viejo veterano no vió amanecer para él un sólo día de reposo, hasta aquél en que descendió á descansar eternamente en el sepulcro bajo un cielo extranjero.

Meditando así, había subido sin apercibirme de ello la rápida pendiente de la roca, y me hallé de repente á la puerta del cementerio.

Allí reposaban seres que yo había amado y llorado. El rayo argentado de la luna alumbraba sus tumbas tranquilas y blancas como lechos de verano.

Aquí duerme Urbana, aquella niña á quien su padre en la agonía me confió, á mí, que niña como ella, la acogí en mi cuna, de donde voló al cielo. Allí está Manuel, el hermoso niño de mi hermana, que murió de pesar, porque su nodriza lo abandonó. Más allá está el sepulcro de Enrica, la bella y despiadada coqueta, á quien Dios, en un día, volvió todos los tormentos con que ella se había complacido en torturar á otros durante su vida. Sí, porque llegó un momento en que el amor que ella había parodiado para engañar á tantos, se despertó en su corazón, y entonces ya no fué coqueta; volvióse tímida y desconfió del poder de su belleza. Y á fe que tenía razón, porque aquél á quien ella amó, y que la adoraba cuando uncido á su yugo gemía entre la turba de sus rivales, la rechazó con desprecio desde el momento que fué digna de ser amada.

Aquel hombre era bueno, compasivo y generoso; mas por una extraña inconsecuencia, se complacía en

despedazar sin piedad el corazón que lo amaba, buscando para herirlo sus fibras más sensibles con la infernal destreza de un verdugo. Pero aquel pobre corazón, infatigable en su amor fatal, se apegaba cada vez más al ser que lo rechazaba. A cada nueva decepción, á cada nueva herida, retrocedía gimiendo; pero luego lo olvidaba todo, besaba sonriendo la mano que lo hería y volvía á seguir su camino de dolor.

Yo era entonces una niña, y cuando á favor de la negligente confianza que inspira esa edad pude sondear las tinieblas en que se hundió aquella alma, y contemplé con la medrosa admiración de la infancia las tempestades que la devastaron, esas terribles y para mí incomprensibles escenas, esos trances del amor que se obstina en vivir en un corazón donde quieren matarlo, tendía en derredor una mirada inquieta, preguntándome qué podía causar tan espantosos estragos en la existencia de esa joven, hermosa, rica, amada y mimada de todos.

Después, cuando los años y el dolor trajeron las borrascas á mi cielo, y cambiaron en gemidos los alegres cantos de la infancia, la imagen de esa mujer apareció en mi memoria. Vila como tantas veces la había contemplado, pálida, trémula, palpitante, con sus negros cabellos esparcidos sobre sus hombros; y en la amarga sonrisa que contraía sus labios, parecía decirme: «¡Heme aquí ya tranquila! la almohada en que reposo no tiene insomnios ni pesadillas. Pero tú, que conoces ahora el secreto de mi dolor, di, ¿no es

cierto que es horrible el decir: soy joven, soy bella, tengo una alma llena de poesía, puedo dar y recibir torrentes de amor y de felicidad, y sin embargo, la desesperación habita en mi seno, y yo la siento devorar mi corazón?

En otro tiempo, cuando venía á visitar estas tumbas, lloraba mucho; habría querido que mis sollozos despertaran á Urbana, á Manuel y á Enrica; pero ahora envidié su inmovilidad y su eterno silencio; y aun con el poder de volverlos á la vida, les habría dicho: ¡dormid en paz!

Dejé el cementerio, y atravesando la iglesia, cuya bóveda se había desplomado, me interné en aquella inmensa masa de ruinas.

IV

Profundo silencio reinaba en contorno mío, silencio sólo interrumpido por el lejano gemido del «coyuyo» y el susurro del viento de la noche entre las mutiladas arcadas, y la crecida hierba del cementerio. La luna de lo alto del cielo enviaba su luz pálida é incierta, como la mirada de un moribundo, sobre aquella escena de desolación, dándole vestigios tan fantásticos, que exaltada mi imaginación, comencé á dudar si yo misma no era una sombra que, dejando un momento el lecho de la tumba, venía favorecida por las tinieblas á visitar el sitio de su cuna. Pero los latidos de mi corazón me volvieron luego á mí misma, haciéndome sentir que aún pertenecía á toda esta tierra de lágrimas, en la que cada hora trae consigo un dolor, y cada objeto que contemplamos el recuerdo de una felicidad desvanecida.

Me acerqué á la torre, que blanca y majestuosa, se alzaba entre el grupo de edificios abatidos, y sentándome á la sombra, «aquella antigua amiga que había quedado sola en medio de las ruinas», lloré co-

mo «Chactas» sobre la destruida y solitaria morada de mis padres.

Cuánto tiempo permanecí allí inmóvil, y con el pensamiento abismado en lo pasado, lo ignoro.

Los pasos de un caballo disiparon bruscamente mi profundo letargo.

Un jinete de estatura atlética se había detenido delante de mí.

Aquel hombre estaba envuelto, á manera de manto, en un gran «poncho», cuyos anchos y fantásticos pliegues descendían hasta sus pies, calzados de enormes espuelas.

Ocultaba sus facciones una inmensa barba gris que descansaba en su pecho. Un sombrero exageradamente pequeño dejaba enteramente descubierta su larga y rizada cabellera. Su mano izquierda llevaba con distracción la brida de su fogoso caballo, y la derecha se apoyaba en el mango de un largo puñal.

En cualquiera otro momento, al ver á tal hora y entre las ruinas aquella sombría figura, muda é inmóvil tan cerca de mí, habría tenido un miedo horrible; pero las fuertes emociones que entonces agitaban mi alma, me hacían inaccesible á todo temor.

Miréle fijamente, é iba á preguntarle qué buscaba en aquel lugar á esa hora avanzáda de la noche, cuando de aquella masa prodigiosa de barbas salió una voz fuerte y cavernosa, arrebatándome la pregunta.

—Soy un viajero—le respondí, — y visito estas ruinas.

—¿Y no os han dicho que estas ruinas son durante la noche mi propiedad? ¿no os han hablado, señor forastero, de Miguel el Domador?

Al oir este nombre, mi mano ahogó un grito que iba á exhalarse de mi pecho. ¡Miguel el Domador! Tenía delante de mí, sin que mi corazón lo hubiese reconocido, sin que el suyo lo presintiera, al amigo de mi infancia, á un hombre que había consagrado su vida y su alma á mis hermanos y á mí, con un afecto inmenso, infatigable, cual no se encuentra en la raza humana. La memoria de aquel fiel servidor jamás se había separado dé nuestro corazón, y en nuestras pláticas del destierro, el nombre de Miguel era repetido incesantemente. Recordábamosle como un ser tutelar, cuya misteriosa y protectora adhesión echábamos de menos con amargura.

Lágrimas de alegría y de dolor ahogaban mi voz; pero él, atribuyendo mi silencio á un ataque de miedo, procuró tranquilizarme tendiéndome su mano y un cigarro, signo de alianza entre aquellos hombres sencillos y leales.

—Amiguito—me dijo con acento triste,—tranquilizaos. Miguel vale más que su fama: gusto de hallar solitarios estos sitios durante la noche para evocar fantasmas, como dicen allá abajo—añadió desdeñosamente, y mostrando sus blanquísimos dientes.—¡Cierto!—prosiguió,—fantasmas queridos á mi corazón vienen á visitarme en estos muros destruidos, y me sonrien tristemente, recordándome días que están ya lejos,

muy lejos. Mas, pues os halláis aqui, quedad; pues, ¡cosa extraña! Miguel, que durante quince años ha anegado su corazón para impedir el llanto á sus ojos, y cuyos labios no han dejado escapar un ¡ay! siente en este momento una inmensa necesidad de quejarse.

Y desmontándose del caballo vino á sentarse á mi lado en un trozo de columna.

Largo rato permaneció silencioso, con el codo apoyado en la rodilla y la mano perdida entre su barba.

Yo también callaba. Mis miradas vagaban de la imponente figura de mi amigo, al espectáculo solemne que la naturaleza presentaba en aquella hora. La brisa de la noche traía á mis oídos el sordo murmullo del rio como un eco lejano del tiempo pasado, de aquel tiempo en que ese Miguel que estaba á mi lado sin reconocerme, venía por la noche á ver á sus niños, y después de haberlos abrazado y repartidonos las flores, la miel y los pájaros que nos traía, decia algunas veces para hacernos desistir de nuestro empeño en detenerlo:

«Es necesario que parta; de lo contrario, se ahogaría mi caballo. ¿No ois que el ruido del río ha disminuido? Es porque está de avenida. La luna va á ocultarse, y no podria hallar el vado.»

Los mismos objetos que entonces, se alzaban en torno nuestro. Nos rodeaban las mismas colínas, mirábamos elevarse en el horizonte las mismas montañas; sobre nuestras cabezas centelleaban con igual fulgor los astros de la noche, la misma brisa tibia y perfumada acariciaba nuestra frente, trayendo á nues-

tro odio los lejanos rumores de los bosques. La escena era la misma, pero los actores eran sólo dos ahora; y al representar el desenlace del lúgubre drama, el hombre fuerte y el risueño niño llegaban ya encorvados, el uno bajo el peso de los años, el otro bajo la garra del dolor.

V

Miguel, como todos sus compatriotas, al hacer cualquiera narración, comenzó la suya con una pregunta.

—Señor—me dijo,—si, separado del trato humano por una vida criminal, rechazado y maldecido de todos, encontráis un hombre que, arrancándoos al estado miserable en que yacíais, os rehabilitara con su estimación, os consolara con su amistad, asilándoos bajo su propio techo, y confiándoos la guarda de sus hijos; y cuando os hubiereis acostumbrado á esa existencia de paz, de honradez y de dicha, os arrebataran de repente ese amigo, esa familia, ese asilo, dejándoos solo y aislado como antes, ¿qué haríais?

—Lloraría mucho, y echaría siempre de menos á ese amigo y mi perdida ventura; pero me resignaría á la voluntad de Dios, que es dueño de nuestra felicidad y de su duración.

—Habéis hablado como una mujer, señor—dijo Miguel,—midiéndome con una mirada desdeñosa. Resignarse, teniendo aquí—y señaló su pecho,—teniendo

aquí un corazón que pide venganza, y dos brazos fuertes que pueden ejecutarla. Niño, la resignación es la virtud de los cobardes. Dios dice—ayúdate y te ayudaré. Tened presente esto, que os servirá de mucho en el porvenir.

En cuanto á mí, yo no me resigné. Mi amigo estaba muerto, sus hijos expatriados, yo perseguido; pero mi ánimo no desmayó. Busqué á su enemigo, logré acercarme á él, y algunas horas después, una inmensa multitud reunida en torno de un cadáver, contemplaba con espanto la profunda brecha que la bala de mi fusil había hecho en su corazón.

—¡Lo asesinasteis!

—Lo maté lealmente, señor. Miguel no ha asesinado á nadie, gracias á aquel que duerme en la tumba, y que convirtió en Miguel el honrado á... al infame Gubi Amaya.

—¡Gubi Amaya!—exclamé yo, evocando con terror un formidable recuerdo, y pareciéndome que la figura de Miguel crecía y tomaba á mi vista proporciones horribles.

—Sí:—replicó él, con triste y solemne acento,—yo fuí ese bandido de terrible memoria: este hombre que ha mecido la cuna de los niños, y velado su dulce sueño era en otro tiempo el terror de las comarcas y la pesadilla de la *justicia*.—¿Veis ese cementerio?—prosiguió él tendiendo su mano hacia el lugar de eterno reposo.—Mi puñal ha cavado en él muchas tumbas.

Pero antes de que os refiera la segunda parte de la vida de Gubi Amaya, escuchad la primera.

VI

Historia de un salteador.

Miguel recorrió con una mirada sombría el inmenso horizonte, como buscando allí algún doloroso recuerdo de su pasado. Después, sonriendo con una expresión tan amarga y terrible que me dió miedo, acercóse más á mí y continuó:

Vosotros, los que hacéis las leyes, señor forastero, los que habéis formulado la pena que condena el crimen á la muerte, no habéis, antes de sancionarla, pensado en las causas que pueden llevar al hombre á ese fatal extremo. Cuando el fiscal os refiere la historia de un delincuente, presente y encadenado ante vuestros tribunales, y que de allí lo enviáis al matadero, os contentáis con decir: nació malvado.

¡Ah! por dicha de la humanidad, y para gloria de Dios que la formó, eso no es cierto. El bien y el mal existen en nosotros, y desde la infancia los tenemos delante cual dos caminos igualmente desconocidos. Nosotros no elegimos: el destino decide, y trae cir-

cunstancias felices ó fatales que nos arrojan en el uno ó en el otro. He aquí un ejemplo.

¿Veis en el flanco de aquella cordillera esa montaña cortada verticalmente desde su cima, y cuyo inmenso despeñadero blanquea á la luz de la luna como las cúpulas de una ciudad fantástica? A su pie, y en medio de una deliciosa cañada sombreada de vergeles, alzábase en otro tiempo una cabaña solitaria, y visitada sólo por la paz y la virtud. Habitábanla una anciana y un joven.

La anciana había empleado su vida entera en amar á Dios y á su hijo.

El joven amó exclusivamente á su madre, hasta el día que ésta lo dejó para volver al cielo.

El joven quedó solo, y éste fué su primer pesar. Mas los pesares de la juventud son como las nubes de la tarde: dóralos el sol de la esperanza, dándoles prestigios mágicos que nos hacen amar el dolor.

El joven, sin cesar de llorar á su madre, pedía con todo el anhelo de un alma ardiente, un ser á quien amar; y un día encontró á un hombre amenazado de muerte. Arrojóse ante el peligro que amagaba á ese hombre, y lo salvó.

Tuvo ya, pues, un amigo.

Pero luego, sintiendo que en su corazón había un santuario vacío, tendió en torno suyo una mirada, buscando el ídolo que debía llenarlo; y sus ojos se encontraron con los de una mujer.

—¡Natalia!—exclamó Miguel, con acento apasionado.—¡Natalia!—continuó con voz sombría.—¡Nata-

lia!—repitió, en un largo sollozo que despedazó su pecho.—¡Ah! ¿por qué apareciste á mis ojos tan hermosa y pura, si habías de caer del etéreo pedestal donde yo te adoraba, al cieno de las mujeres vulgares? ¿por qué me hiciste soñar una perfección que no se hallaba en la tierra? Miguel apoyó la frente en su mano, y se hundió en dolorosa meditación.

—¡Ah! ¡ah!—dije yo, procurando atraer su atención, y dar á aquella historia un colorido menos lúgubre, pues sin saber por qué tenía miedo,—¡ah!—¿erais vos el habitante de la cabaña y el amante de Natalia? —Sí—respondió;—ese hijo sumiso y tierno, ese amante que idolatró en la belleza material la belleza que viene del alma, era yo. ¡Ah!—continuó él fijando una mirada en mi rostro, y engañado por mi disfraz,—vos sois todavía muy niño para comprender la vehemencia del primer amor en una alma fuerte, ardiente y pura.

Natalia pertenecía á una familia ilustre. Su padre era un hombre poderoso, cuyo orgullo habría encontrado criminal la mirada que un plebeyo osara alzar sobre la frente de su hija; y sin embargo, yo la amé; y aunque todo parecía separarnos, el amor que ardía en mi corazón era inmenso, y debía comunicarse al suyo. Ella me amó...

¿Me amó? ¡Ah! en la duda que ha consumido mi alma como el fuego del infierno, he repetido largo tiempo esta demanda insensata á todas la fuerzas de la creación. ¿Me amó?

¡Sí! necesito creerlo, porque esa certeza es el único

rayo que ilumina mi alma en la lobreguez de sus recuerdos. Sí, me amaba entonces. ¿Por qué descendía de su dorado palacio para ir á buscarme en el fondo de los bosques, desafiando los temores de la noche y de la soledad? ¿qué decían esas largas y profundas miradas que ella detenía sobre mi frente, en mis ojos, en mis labios, reclinada la cabeza en mi seno, y su pecho sobre mis rodillas? ¿qué esas castas pero ardientes caricias, cuyo recuerdo hace estremecer mi corazón, aun ahora, bajo el hielo de los años?

Sí, me amaba, y en la embriaguez de ese amor, lo olvidé todo, el mundo, la memoria de mi madre, y... á Dios mismo. Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios. ¡Cuán brillantes eran mis días, iluminados por su recuerdo! ¡cuán hermosas las noches, que la traían á mis brazos!

Hablando así, la voz de Miguel vibraba armoniosa y joven; la huella de los años desapareció de su frente, que se alzó orgullosa y radiante, cual si reflejara todavía el sol de esos días de amor que evocaba.

Y yo, inclinada ante él contemplaba con admiración aquel hombre con afectos tan profundos, y dotado sin embargo de tan heroica serenidad. Habría deseado que fuese un extraño, para sondear con la fría mirada del filósofo los pavorosos abismos de esa alma.

De repente el semblante de Miguel se obscureció; un fulgor sombrío iluminó su mirada, sus labios se contrajeron con una risa sarcástica, y remedándose á sí mismo, se puso á repetir con amarga burla sus propias palabras.

—¡Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios! ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y el eco de aquella risa resonó lúgubre y siniestro entre las ruinas. Y él continuó:

—Una noche que mi corazón agitado por una extraña inquietud, la llamaba con más ansia que nunca, Natalia no vino. La luna, asomando sobre la cima de los árboles en la mitad de su carrera, me encontró sólo todavía.

—¡Ha muerto!—me dije,—¿qué sino la muerte la retendria lejos de mí? ¿No ha venido á buscarme en el delirio de la fiebre, entre los torbellinos del huracán, y los relámpagos de las tempestades? ¡Natalia ha muerto!

Y agitado de invencible terror, lancéme hacia la suntuosa morada que ella habitaba.

El palacio estaba iluminado; y yo creí ver en cada una de esas luces, lúgubres cirios que ardían en torno de su ataúd.

Ofuscado por aquella extraña alucinación, atravesé, corriendo como un loco las praderas, salvé con pie ligero los altos setos, y bañadas las sienes de un sudor helado, con la vista extraviada y erizados los cabellos, llegué al pie de una de las ventanas que derramaban torrentes de luz en las tinieblas del campo. Alcéme por entre las doradas rejas, y dejé caer en el interior mi ansiosa mirada

¡Ah! ¡ah! ¡ah!—y su risa era sarcástica, aguda y fría como una espada de dos filos.—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Aquella mujer que iba á buscarme, desafiando el hu-

racán y los lampos fragorosos de las tormentas; aquella mujer que pasaba las noches recostada en mi seno embriagándome con sus caricias; la que yo creía muerta, estaba allí, bella, fresca, risueña, coronada de rosas, en medio de un brillante círculo. A su lado se encontraba un hombre á aquien ella daba la mano, jurando amarlo siempre. Delante de ellos un sacerdote bendecía ese juramento.

Miguel se interrumpió; fijó en mí una larga mirada, y me dijo con su tenebrosa sonrisa:

¿No me preguntáis quien era ese hombre? Era aquel que me llamaba su amigo, aquel á quien yo había salvado la vida.

Al escuchar la historia de esa espantosa traición, recuerdos dolorosos se alzaron en mi alma palpitantes y desgarradores.

Yo también había despertado un día á la luz de una terrible realidad; las manos heladas por la muerte que calenté en mi seno habían despedazado mi corazón; y en ese momento sentí sus heridas abrirse otra vez y verter sangre.

Miguel notó mi emoción.

—¡Pobre niño!—dijo—¡llora! ¿Será de compasión por ese corazón traicionado, ó de terror por el castigo de los culpables? Tranquilizaos, su crimen quedó impune. ¡Oh! no confiéis jamás vuestra venganza á la cólera, porque no la cumplirá. En el momento que la reja de hierro se torció y deshizo entre mis crispadas manos, en el momento que acariciando la hoja de mi puñal, me lanzaba á devolver herida por herida,

muerte por muerte, una ola de sangre inundó mi pecho, ahogó en mi garganta un grito de rabia, cegó mis ojos, y me derribó sin sentido.

Cuando volví en mí, la visión fatal había desaparecido. Era ya de día; los tintes rosados de la aurora coloreaban el cielo; una brisa fresca y perfumada mecía los tallos de las flores, y las cornisas del muro. El palacio estaba silencioso, y á lo lejos, en el camino real, una brillante comitiva marchaba rápidamente, enviando al aire gozosas aclamaciones.

Alcéme furioso, y pálido, trémulo, con los puños apretados, eché á correr tras el alegre convoy.

¿Qué quería yo? Lo ignoro. Estaba loco y corría, siempre gritando con voz ronca y ahogada por una rabia insensata.—¡Natalia! ¡Natalia!

Muy pronto alcancé el carruaje, y deslizándome entre el numeroso acompañamiento, abalancéme á la portezuela y quise abrirla, El esposo de Natalia se interpuso entonces entre ella y yo; y cogiendo de su cinto una pistola la descargó en mi pecho.

El golpe fué certero, y yo caí exánime en medio del camino.

Nada sentí ya, sino una ardiente oleada que bañó mi cuerpo, y paralizó los latidos del corazón.

Ignoro cuanto tiempo permanecí allí, tendido en tierra, anegado en mi propia sangre, entre la vida y la muerte. Al través de la doble sombra que obscurecía mis ojos y mi mente, veía las aves de rapiña cerniéndose sobre mi cabeza, en vertiginosos círculos y mi

oído entorpecido, percibía sin embargo, los siniestros graznidos con que celebraban mi agonía.

Llegó la noche y su frescura me reanimó: sobre mis labios secos por la fiebre, habíanse detenido algunas gotas de rocío que aspiré con ansia, devorado de sed.

Alcéme trabajosamente en el lago de sangre en que yacía, y arrastrándome sobre las rodillas, con una mano apoyada en tierra y la otra en mi herida, llegué hasta el pie de un árbol, al borde del camino, donde caí de nuevo, falto de fuerzas para ir adelante.

Allí, la memoria, que me había abandonado, vino de repente á asaltarme con su espantoso séquito de recuerdos. Quise refugiarme en el fondo de mi corazón, y sólo hallé en él un montón de ruinas. Amor, fe, esperanza, ¡todo destruido! y un mar de dolor entrechocaba sus amargas olas en las tinieblas de mi alma. Y entregado á los transportes de una rabia impotente, lloré; y mis lágrimas eran gotas de fuego que quemaban mis mejillas, y mis gemidos rugidos espantosos á que respondieron los tigres desde el fondo de las florestas. Y rasgando con las uñas la herida que bandeaba mi pecho, arrojé mi sangre á la faz del cielo con horribles imprecaciones, y abismado en aquel extraño paroxismo, pasé horas tan largas como los siglos amontonados en la eternidad de los réprobos.

De repente, un ruido sordo, insólito, aterrador, estalló en las entrañas de la tierra, llenó los ámbitos del espacio del Oriente á Occidente, y acalló todas las vo-

ces de la creación. La tierra se estremeció con horribles sacudimientos; los árboles azotaron el suelo con sus altas copas; el aire se impregnó de mefíticos vapores; los abismos se abrieron, y de su seno se escaparon raudales de agua hirviente y torbellinos de llama; y la montaña, dividiéndose desde la altura de su cima hasta la profundidad de su base, cayó deshecha como una muralla, cubriéndolo todo con su inmensa mole.

Las aves del cielo, ahuyentadas de sus nidos, revoloteaban con vuelo incierto en el espacio; y las bestias feroces, escapándose de bajo los desmoronados peñascos de sus cavernas, aullaban, mezcladas confusamente en la llanura.

Y de toda esa multitud de seres que elevaban sus voces pidiendo misericordia, sólo aquel que poco antes yacía allí, poseído de rabioso dolor, se alzó tranquilo, sereno; y llevando en el labio una sonrisa impía, guió sus pasos hacia los lugares testigos de su pasada ventura... Pero al llegar á la cañada, encontré sólo un vasto montón de peñascos. La cabaña y el palacio, sus prados y sus jardines, todo había desaparecido.

A esa vista, un regocijo infernal estremeció mi corazón. El trastorno de la naturaleza había borrado en la tierra la huella del pasado: yo quise que el crimen la borrara también de mi alma.

Con los brazos cruzados sobre mi pecho ensangrentado, abracé con una mirada la vasta ruina, y reí con carcajadas lúgubres que repitieron, cual voces de la eternidad, los ecos del inmenso despeñadero.

Y sentado sobre los escombros de la montaña, como Luzbel en su caída, llamé al «mal», y me puse á soñar en él.

Mientras estaba allí inmóvil y entregado á horrendos pensamientos, una tropa de hombres de salvaje aspecto, montados en ligeros caballos, extrañamente vestidos, y aun más extrañamente armados, invadieron aquel paraje, y se arrojaron sobre las ruinas como una bandada de aves de rapiña, procurando con insensatos esfuerzos levantar los amontonados despojos del cataclismo.

Hallábame tan absorto en mis pensamientos que tardé mucho tiempo en comprender la intención de aquellos hombres; pero cuando creí adivinarla, cuando vi que querían desenterrar para robarlo, el palacio cuyas aplastadas bóvedas pisaba yo con tan rencoroso placer, fuíme al encuentro de aquel que parecía el jefe de aquella banda, y cruzé con él mi puñal.

Era un hombre de aventajada estatura, de atezado color y miembros hercúleos, que al ver mi actitud amenazante se puso á contemplarme con irónica risa. Pero muy luego conoció que el joven de quien se burlaba estaba animado por una fuerza infernal, cuando en medio al círculo formado por las siniestras figuras de sus compañeros, comenzamos una lucha espantosa. Su sarcástica risa se convirtió entonces en rugidos de rabia, ahogados pronto en el estertor de la agonía. Mi puñal había atravesado su pecho, y yacía á mis pies.

A la vista de su jefe muerto, los bandidos se inclinaron ante mí poseídos de temerosa admiración.

—¿Qué era este hombre?—pregunté.

—Nuestro capitán.

—¿Cómo se llamaba?

—Gubi Amaya, el terror de Tucumán. Habíanos traído para asaltar las haciendas de la vecina frontera.

¡Gubi Amaya! Al nombre de este bandido célebre en aquella época, la luz de un diabólico pensamiento alumbró mi mente.

—El bien me ha abandonado—me dije,—y he aquí el mal que viene á mí; consagrémonos á su culto; encarnémonos en él, y de hoy más seamos inseparables.

Y volviéndome á la desalmada tropa.

—¿Queréis ver reemplazado á vuestro jefe?—pregunté.

—Sí—exclamaron unánimes,—con tal que lo sea por ti.

—Y bien—grité tendiendo hacia ellos el brazo armado del sangriento puñal,—en nombre del poder destructor que acaba de asolar la tierra, juro engrandecer el nombre de Gubi Amaya y dejar muy atrás sus más espantosas hazañas. Aun más: para sellar este juramento, quiero un bautismo solemne que me dé este nombre.

Los bandidos exhalaron un aullido de gozo que repitió el eco formidable de la montaña; y sobre el cadáver de su jefe, cogiendo la sangre que brotaba á torrentes de su herida, la derramaron sobre mi frente, y me bautizaron en nombre de la violencia, del robo y del homicidio.

Desde ese día, y durante dos años llevé una vida de horrores y de exterminio. Jamás perdoné; y aquellos que tuvieron la desgracia de encontrarse en mi camino, nunca pudieron referirlo. Celoso de mi venganza, no combatía con mi banda sino cuando era asaltado: cuando yo era el agresor mi brazo sólo bastaba; y mis compañeros sabían que en estos encuentros debían ellos reducirse á simples testigos. Muchos perecieron á mis manos por haber infringido esta consigna.

Así, si hubo ferocidad en la guerra que juré á la humanidad, jamás hubo cobardía...

¡Una vez, sin embargo!...

Y la voz del bandido tornóse trémula y la sombra del remordimiento obscureció su frente.

—¡Una vez!... Era un día de primavera, uno de esos días en que el alma se abre á la dicha ó al dolor con pasmosa avidez. Yo estaba solo. Acostado á los pies de mi caballo bajo un grupo de sauces á la vera de un sendero solitario, pensaba en los días de mi pasada existencia. Las cálidas emanaciones de los prados traían al corazón en ondas de perfumes el recuerdo de su extinguida ventura. Una imagen amada y aborrecida, la imagen de la dicha, vagaba en torno mío, ora mezclándose al susurro del viento, al gorjeo de las aves, al estremecimiento de las hojas, ora sonriendo en cada una de las flores que se mecían al blando soplo de la brisa; mientras mi cuerpo yacía inmóvil, en mi alma ardía un mundo de tumultuosas sensaciones. En el aire, en la tierra, entre el follaje de

las frondas había murmullos, palpitaciones, suspiros misteriosos; la dulce savia que circulaba en la naturaleza discurrió por mis venas; un profundo enternecimiento invadió mi corazón por vez primera después de mucho tiempo: pensé en mi infancia, en mi madre, en Dios; tuve horror de mi vida presente, deploré los días perdidos en el culto del mal, y el alma encenagada en el crimen sintió de repente sed de amor.

De súbito oí una voz dulce y melodiosa que cantaba á lo lejos una tierna endecha; y á poco, al fin del sendero, apareció una joven vestida de blanco y cubierta con un velo que el viento rizaba en torno suyo como una azulada niebla. Caminaba lentamente con los brazos caidos y los ojos fijos en el cielo. Parecía absorta en algún dulce pensamiento, y todo su ser respiraba ternura, abandono, pasión.

Al verla, mi corazón se estremeció cual solía estremecerse en otro tiempo, cuando la felicidad lo habitaba.

—¡Bondad divina! —exclamé—¿me envías en esta mujer un ángel de redención?

Y alzándome impetuoso, corrí hacia ella.

Mi presencia pareció asustarla, pero no la desconcertó.

—Eres un bandido y sé lo que quieres—me dijo quitando de su dedo un diamante.—He aquí mi anillo de novia: guárdalo, y mañana á esta hora, en este mismo sitio te daré por él un fuerte rescate. No temas que falte á mi palabra: esta noche voy á desposarme

con un hombre acaudalado que pone á mis pies inmensas riquezas; y aunque yo amaba á otro, prefiero la opulencia; y en este instante arrojaba al viento los últimos recuerdos de ese amor.

¡Decepción! ¡Aquel ser ideal tenía un alma de fango! ¡no era amor el sentimiento que brillaba en sus celestes ojos, que hablaba en la melodía de su voz: era codicia!

Caí otra vez de la elevada región donde me cernía acariciando una engañosa quimera.

—¡Infame!—exclamé, y la memoria de la pérfida que me había vendido se encarnó de repente en esa mujer, y las suaves emociones en que nadaba mi alma se convirtieron en una furiosa rabia—¡infame! corazón metalizado que con la sonrisa en los labios y la mirada en el cielo soñabas en tu ruin ambición, y preparabas fríamente un perjurio, condenando á eterno dolor el alma que te ama; ¿querías oro? ¡Hele ahí, y con él el premio de tu traición!

Y hundí mi puñal en el seno de aquella mujer, y abrí su pecho y la arranqué el corazón, y lo arrojé palpitante á un buitre que asentado cerca de allí esperaba una presa, llenando después el sangriento vacío con todo el oro que llevaba conmigo...

Y la voz de aquel hombre, vacilante y trémula al comenzar la narración del espantoso episodio, se precipitaba ahora como un torrente, y vibraba con una melodía terrible.

—Tres veces engañado por el bien—continuó él, cuando su exaltación se hubo calmado,—juré no creer-

lo, y me hundí de nuevo, pero más profundamente que nunca en el crimen: asolé las comarcas, incendié las poblaciones, é hice intransitables los caminos.

Las gentes de la justicia me perseguían con actividad; pero yo me burlaba de ellos y ayudado de la pasmosa velocidad de nuestros caballos robados á las mejores crías de las vecinas provincias, desaparecía cuando me creían ya en sus manos, é iba á mostrarme instantáneamente á largas distancias acompañado de mi temible bando y llevando conmigo la muerte y el estrago.

Así, no tardó mucho en mezclarse la superstición al espanto que inspiraba mi nombre. Creyóseme un ser sobrenatural enviado por el infierno; y en las veladas de las cabañas hablábase de Gubi Amaya en voz baja y con profundo terror.

—Un día hallábame apostado sobre un camino en los bosques de la *Ciénega*. Era el nueve de noviembre —añadió él alzando la frente con un ademán solemne, y enviando al cielo una mirada vaga que parecía perderse en los recuerdos de aquel lejano día.

El sol iba á ponerse, mi banda me esperaba á tres leguas de distancia, y ya me disponía á retirarme, cuando sentí el ruido que hacía entre las ramas el paso de gente que se acercaba; y á poco vi aparecer un hombre montado en un caballo magnífico que codicié desde luego, y me propuse conquistar en el momento.

Salté al medio del camino y grité con fuerza:

—¡Alto!

A esta voz, el jinete, que caminaba distraído, levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.

—Tú eres Gubi Amaya—exclamó él,—al fin te encuentro, malvado.

Y se arrojó sobre mí, no con la cólera del agresor que ataca sino con la serenidad enérgica del juez que sentencia.

Había en el semblante y en la voz de aquel hombre, joven aún, algo tan imponente y majestuoso que, ¡cosa extraña! yo, el salteador desalmado, que había matado al miedo y hecho pacto con el arrojo, sentíme, la única vez de mi vida, helado de temor, y eché á huir por el bosque con toda la velocidad de mi caballo.

El me seguía de cerca; pero menos habituado que yo á la carrera entre las intrincadas asperezas de las selvas, llevaba gran desventaja, á pesar de la flexible ligereza de su corcel.

Habíamos llegado así á un corto escampado en medio del bosque, donde mi perseguidor haciendo dar un poderoso bote á su caballo, creyó seguro el alcanzarme.

Yo preví su intento; y «sentando» de pronto el mío hice un cuarto de conversión á la derecha, é iba ya á internarme de nuevo en el bosque, cuando mi enemigo llevando de repente la mano al bolsillo de su gabán, cogió un puñado de onzas y me lo arrojó á la cabeza con prodigiosa fuerza, gritándome con su voz sonora y aterrante: «¡Infame! ¿querías oro? ¡Pues toma oro!...»

Esas palabras más aún que el horroroso golpe que abrió mi sien, me hicieron caer exánime en tierra, porque eran las mismas que yo había pronunciado al ejecutar la sola acción cobarde que marcaba los crímenes de mi vida; palabras que ahora llegaban á mi oído fatídicas y solemnes, cual si las pronunciara la mística trompeta del juicio.

Al través del síncope que embargó mis facultades, sentía yo la tremenda mano que me había derribado, convertida en instrumento de salud pasar suave y caritativa sobre mis miembros magullados, restañando la sangre que brotaba de mi herida con la destreza de un facultativo y la solicitud de un hermano.

Pero luego hízose mi letargo tan profundo que ya nada sentí, sino un movimiento brusco y continuo que sacudía mi cuerpo, y el dolor que este movimiento causaba en mi herida.

Cuando volví en mí estaba acostado sobre una cama en un cuarto débilmente alumbrado por una lámpara, á cuya luz un hombre leía con la frente apoyada en su mano. Dábame la espalda; sin embargo lo reconocí: era él.

A un suspiro que se escapó de mi pecho, aquel hombre se volvió, y viéndome despierto, se levantó, cogió una taza que tenía á su lado, y acercándose á mí hízome beber una poción refrigerante. Consultó en seguida mi pulso, y arreglando las almohadas y la posición de mi cabeza, volvió á continuar su vela y su lectura.

¿Qué diré á usted? Así continuó cuidando de mí du-

rante los siete días que tardó en cerrar mi herida. Al octavo, habiéndome ayudado á vestir hízome sentar en un sillón; sentóse él á mi lado, y fijando en mí una mirada grave y triste.

—¿Te sientes—me dijo—con fuerza bastante para escucharme y responderme?

No la tenía, porque aquel hombre ejercía sobre mí una extraña fascinación; y desde que caí en poder suyo estaba temiendo ese momento. Sin embargo, mi orgullo se revelaba contra esa misteriosa influencia: quise vencerla: y apartando mis ojos de la severa mirada que me contemplaba:

—Es inútil—respondí—gastar el tiempo en palabras: nada tienes que saber de mí: mis hechos están escritos por todas partes, y te los dirán las casas incendiadas, los talados campos y las numerosas cruces que se alzan al borde de los caminos. Maté, robé, destruí; me hallo á la merced de tu voluntad. ¿Y bien, qué te resta hacer? ¡Claro está! enviarme al patíbulo.

—Sí—repuso él:—mataste, robaste, destruiste é hiciste del estrago la huella de tus pasos, cual un tigre carnicero; pero yo sé que hay en el fondo de tu alma una voz que en vano has querido ahogar, desdichado; una voz que habla más alto que tu sed de sangre y tu ansia de oro. Atrévete á negar que la oyes á todas horas: en el silencio de la noche, entre el tumulto del pillaje y en los gemidos de tus víctimas.

—Sí—interrumpí yo con vehemencia:—hay una voz que clama sin cesar en mi alma; que se mezcla al

silbido del viento nocturno, y al tumulto del pillaje y á los gemidos de mis víctimas; voz de una herida profunda y sangrienta, abierta por la mano humana. ¿Sabes lo que me dice?

—¡Venganza! ¡venganza!

—¡Ah! ¿te has constituido mi juez y quieres interrogarme? ¡Pues escucha, y á tu vez osa decir que no habrías hecho otro tanto en lugar mío!

Y yo, que un momento antes rehusaba responderle, arrastrado por el irresistible ascendiente de aquel hombre, le revelé el drama entero de mi vida.

Escuchóme grave y silencioso; y en seguida me habló así:

—Casi al mismo tiempo que tú comencé yo á abrir mis ojos á la vida y el corazón á la esperanza. Tú soñabas la dicha en el amor, yo en la ciencia. Amábala con pasión, y niño aún, consagréle todos los momentos de mi existencia. Hijo de un rico negociante, la fortuna de mi padre me franqueó las puertas de las universidades, donde bebí á plena copa las delicias del saber humano; el cielo y la tierra me abrieron el tesoro de sus misterios, y yo comenzaba á saborear esa existencia de fruición infinita que hace de la vida del sabio un éxtasis eterno. ¡Quién sabe hasta dónde me hubiera elevado en la luminosa región donde mi alma se cernía entre los astros!...

Un día, sin embargo, fué necesario arrancar la mente á esa beatífica visión para volver al fango de la vida vulgar.

Mi padre, envuelto en la fraudulenta quiebra de un

socio, vió desaparecer en un día su inmensa fortuna y murió de pesar. Su numerosa familia, víctima de los acreedores, fué arrojada á la calle y sus bienes puestos en pública subasta.

A esta fatal nueva, desvaneciéronse mis dorados ensueños: la voz severa del deber me ordenó renunciar á ellos para correr al socorro de los míos.

Pedí, y obtuve un plazo para redimir el honor de mi padre y bienestar de mi familia, abandoné las investigaciones del geólogo y el telescopio del astrónomo para empuñar la azada del agricultor; confinéme en un desierto, labré la tierra, fertilicé los campos, recibí inmensas invernadas, crié numerosos ganados, y en dos años pagué todas las deudas que grababan la memoria de mi padre, y restableci el esplendor de mi familia.

La revolución americana vino á ofrecerme un nuevo campo en la carrera del bien. Unido á la falange de los libres salvé mil veces de su venganza á nuestros antiguos opresores; y otras tantas después de haberles servido de escudo, hube de perecer víctima de su perfidia...

Un día, fué esto en los tiempos de la revolución, cuando Liniers, con un cuerpo de tropas marchaba sobre las provincias del Sur, un hombre cubierto de polvo y pálido de fatiga y de terror entró de repente en mi casa y vino á caer á mis pies.

—¡Salvadme!—exclamó.—El virrey con todos los suyos ha sido hecho prisionero en su marcha, y se halla en poder de los insurgentes que no lo perdona-

rán. Yo soy el tesorero de la expedición: logré fugar á favor de las tinieblas, pero me siguen de cerca, y muy luego llegarán aquí para reclamarme. Poseo una inmensa fortuna que tengo depositada en Potosí. Este documento lo acredita, tomadlo, haceos dueño de ella, y libradme del patíbulo que me espera.

Apenas tuve tiempo de rechazar el papel en que aquel hombre me ofrecía su fortuna, cuando la casa fué cercada por un destacamento, cuyo jefe me pidió la entrega del prisionero. Di en lugar suyo una carta, en la que ofrecía por él mi garantía á la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Aquella misma noche, dándole un pasaporte y un guía seguro lo hice huir al Perú.

—Ve en paz con tu fortuna usurpada—le dije al despedirle—y acuérdate que quien te ha dado hoy la vida es el hijo de aquél á quien tú se la quitaste con tu infame banca-rota.

Aquel hombre era el asesino de mi padre: la fortuna que me ofrecía por precio de su vil existencia era la fortuna que le había robado.

He aquí una ante otra, tu vida y la mía: caminos antípodas, sembrados, el uno de monumentos, el otro de ruinas. ¡Mira cuanto has destruido tú y cuanto yo he reedificado! La honra de mi padre, la opulencia y la dicha de los míos, y hasta la felicidad y el bienestar de la familia de ese hombre que había hundido á mi padre en el sepulcro.

Dios ha premiado mis obras y me ha dado una es-

posa digna de mí. Daráme hijos y seré completamente feliz.

En cuanto á ti, conjuróte en nombre de lo único bueno que ha quedado en tu alma: la lealtad, que me digas, si es posible, que el arrepentimiento entre en tu alma. Sino, hoy te daré la libertad porque eres mi huésped; pero mañana iré á buscarte hasta las entrañas de la tierra para entregarte al brazo de la justicia.

Dios es testigo de que no fué el temor, sino el arrepentimiento, que las palabras de aquel hombre hicieron nacer en mi corazón, lo que me hizo caer á sus pies y exclamar golpeando mi pecho:

—¡Pequé! ¡perdón! ¡misericordia!

Imposible sería pintar la expresión de santa alegría con que brilló en ese momento el noble semblante de ese hombre. Alzóme con bondad, me abrazó llamándome su hermano y me ofreció su amistad.

—¡Ah!—dije yo entonces como Caín—tú me has perdonado en nombre de Dios; ¿pero los otros?... ¡Me mirarán con horror!

—Nadie sabrá quien eres—respondió él;—tu secreto quedará entre Dios y yo. Gubi Amaya ha muerto, y tú eres Miguel. Todo lo he previsto; ó si no, mira...

Abrió la puerta y me hizo ver el lugar en que nos hallábamos.

Era Gualiama, «puesto» desierto donde estábamos solos él y yo.

A estas palabras recordé con espanto que aquella

terrible historia referida á un extranjero era para mí un secreto que sorprendía traidoramente á favor de un disfraz, secreto que mi padre había guardado y llevado consigo á la tumba.

Parecióme que iba á oir su voz alzarse de entre las ruinas para acusarme de impiedad.

Tuve miedo, y abrazando las rodillas de Miguel, exclamé:

—¡Perdón!

—¿Quién eres?—dijo.

—¿No me conoces ya, Miguel?

—¡No!—respondió él extrañamente conmovido con el eco de mi voz, y fijando en mí una ansiosa mirada.

—¿Has olvidado al más rubio de los niños que tanto amabas?

—¡Mi niña Emma!—exclamó con un gemido profundo. Y arrojándose á mí, alzóme en sus robustos brazos á la altura de su rostro para contemplar el mío.

—¡Mi niña Emma!—repitió dejándome en tierra.

Y reclinando el rostro sobre mi cabeza, lloró amargamente.

Después, tomándome por los hombros me alejó para mirarme.

—¡Si—dijo,—eres mi niña! Mas ¿por qué se han tornado negros tus rubios cabellos? ¿por qué se ha vuelto triste tu risueño semblante?

Hablando así se sobresaltó de repente, y mirando en torno:

—¿Y los otros?—dijo más que con la voz, con la expresión de su mirada.—¿Dónde están tus hermanos?

Yo incliné la cabeza y guardé silencio.

Debió comprenderme; porque, alejándose de mí fué á apoyarse en una columna desmoronada cubriéndose la cabeza con los largos pliegues de su poncho.

¡Lloraba!

En el silencio de la noche llegaban á mi oído de vez en cuando murmullos lúgubres: eran sus sollozos. ¡Ah! ¡él no sabía que de esos niños á quienes amó tanto, los más felices eran los que «yacían en paz!...»

El caballo de Miguel pareció inquietarse por la prolongada ausencia de su dueño y lo llamó con fuertes relinchos.

A la voz de este amigo, Miguel alzó lentamente la cabeza; y viniendo hacia mí:

—Mi compañero se impacienta—me dijo—y quiere volver á la «Banda».

—Este no es el «Lobuno»—añadió suspirando,—pero es bueno, fuerte y corredor cual ninguno. ¡Mira esa estampa, si no!...

Y me mostraba á lo lejos su magnífico y bien enjaezado corcel de color cebruno obscuro, larga crin y finísimo jarrete. La luna hacía brillar anchas medallas de plata en su freno y su petral.

—¡Sin embargo, yo echo de menos al otro, á mi Lobuno! El pobre tuvo menos resistencia que yo. Cuan-

dó vió que por la noche en vez de vadear el río para venir á «Sala» lo llevaba á batir á los federales, y que á las alegres voces de los niños sucedieron los disparos de fusil y los roncos gritos de aquellos diablos, no pudo ir más lejos; murió de pena.

Este viene también todas las noches; pero no hay quien lo acaricie; y sólo oye el grito del buho que llora en lo alto de la torre.

Y mirando al cielo

—Ya es tarde—dijo, cual solía decir en otro tiempo.—Las «tres Marías» y el «Crucero» se van á ocultar, y no habrás olvidado que es hora de retirarse.

Vámonos á nuestra casa.

¡Qué dulces fueron á mi corazón esas dos últimas palabras! ¡Hacía tanto tiempo que no las había oído decir! ¡hacía tanto tiempo que yo no tenía casa, y que el hogar paterno se había convertido en un montón de cenizas!

De súbito, en lo alto de un montón de escombros, las fantásticas siluetas de dos jinetes se dibujaron negras sobre el azul profundo del cielo.

Aquellos aéreos paseantes dirigieron en derredor una mirada inquieta, y creyéndose solos echáronse á tierra y se arrojaron sobre el caballo de Miguel que relinchó con angustia agitándose entre las trabas de su «manea».

Verlos, enroscar su poncho en torno á la mano derecha, blandir el puñal con la izquierda y cargar sobre ellos, fué la acción de un momento para Miguel, que se eclipsó completamente, apareciendo en lugar

suyo el terrible Gubi Amaya en toda su sombría grandeza.

Los ladrones, que se habían preparado á sostener su encuentro, cuando vieron enderezarse aquella hercúlea figura, y sus airados ojos brillar en la sombra como carbunclos, retrocedieron aterrorizados; y saltando en sus caballos con pasmosa agilidad, huyeron gritando:

—¡El brujo! ¡el brujo!

Miguel, arrancándole la manea, saltó á su vez sobre su veloz Cebruno y se arrojó tras ellos con la rapidez del pensamiento; y los tres jinetes desaparecieron en las sombras como un misterioso torbellino, dejándome inmóvil de sorpresa y terror.

Cuando volví de mi estupor, la luna comenzaba á palidecer á los primeros rayos del alba. Hallábame sola, sentada en el trozo de columna donde Miguel me había referido su tenebrosa historia; el rocío de la noche mojaba mis cabellos, y en torno mío no había ni la más ligera huella de las extrañas escenas que pasaron á mis ojos. Habría creído un desvarío de la mente si la imponente figura de Miguel, destacándose en poderoso relieve, no viniese á imprimir en ellas el sello de la realidad.

VII

Hallábame de nuevo sola entre las ruinas; mi fantástico protagonista había desaparecido con la noche; pero sus palabras sonaban en mi oído, y me aparecían como una honda estela remontando el sombrío torrente del pasado. Sentía en el alma y en el cuerpo un extraño quebranto, cual si hubiese vivido dos existencias en aquella noche; y estiraba los rizos de mi cabellera para ver si habían encanecido.

Pero al dejar el recinto de los escombros donde había pasado la noche, al descender de su elevada planicie, el risueño espectáculo que se ofreció á mis ojos, sin borrar el recuerdo de Miguel y de su terrible historia, llevó mi alma hacia un nuevo linaje de impresiones.

El sol comenzaba á dorar con alegres rayos los floridos *turcales* y la hilera de elevados árboles que señala el curso del arroyo. Los acres perfumes de la primavera embalsamaban el aire derramando en los sentidos una muelle embriaguez. Bandadas de «charatas» cantaban respondiéndose bajo la espesa fronda; y en

torno de los inmensos corrales que se extendían á espaldas de la casa mugían centenares de vacas en busca de sus crías encerradas en los «chiqueros» de la quesería. A lo lejos los camperos corriendo entre los bosques en pos del ganado, entonaban con su magnífica voz las endechas que ellos improvisan con ardiente inspiración. El ligero temblor con que hacen vibrar la nota es uno de los encantos de aquellas patéticas melodías.

De vuelta á la casa encontré en ella nuevos huéspedes. Un viejo militar acompañado de su hija y á quien esperaban desde la víspera, había llegado en la noche. Era un coronel antiguo compañero de San Martín, uno de los pocos valientes que volvieron de esa inmortal cruzada que hizo libres á Chile y al Perú.

Su hija era un ángel de belleza. Llamábase Azucena. Blanca, blonda y «cenceña» tenía en sus celestes ojos, así como en toda su persona, algo aéreo, sobrenatural, que oprimió mi corazón al contemplarla, cual un triste presentimiento. ¡Ah! no me engañaba. Azucena se encontraba atacada de esa enfermedad inexorable que se ceba con preferencia en la juventud y la belleza; que camina lenta como la lava de los volcanes, pero que alcanza y devora con inflexible seguridad.

Nacida en las orillas del Plata, Azucena pidió en vano á sus perfumadas brisas alivio á su dolencia. Los médicos la habían ordenado respirar las aires del Norte; y su padre que oyó hablar del magnífico clima de M... la trajo allí alentado por la esperanza á que se

aferraba su alma. ¡Cuánto habría dado el pobre padre por transmitir al pecho de su hija los torrentes de vida que respiraba el suyo ancho y fuerte!

En cuanto á ella, risueña y contenta sólo pensaba en divertirse. Desde que me vió se vino á mí sonriendo con malicia; y cuando mis huéspedes me presentaron con mi nombre masculino, echó sus brazos en torno de mi cuello y me besó diciéndome:

—Dios te guarde, Emma... nuel.

Desde ese momento fuimos inseparables. La llevaba sobre mis hombros á pasear bajo los «mistolares»; mi mano ordeñaba el vaso de leche que le llevaba á la cama, y en la mesa no comía sino aquello que yo le cortaba. Pero ¡ay! mis cuidados y los de su padre iban á estrellarse impotentes á los pies de ese terrible ángel de alas negras que se llama tisis.

Durante el día Rosalba se encontraba bien: el cálido viento Sur que reina en nuestros llanos mientras el sol está sobre el horizonte, vigorizaba su pecho. Pero desde que llegaba la noche, desde que los vapores de la montaña descendían á las praderas y que el rocío comenzaba á liquidarse entre los gramadales, la pobre niña sentía venir el fatal ahogo que la atormentaba, y corría de un lado á otro, angustiado el semblante y las sienes latentes, en busca del aire que faltaba á sus pulmones aniquilados por la inexorable enfermedad.

El coronel pasaba las noches paseándola en sus brazos á lo largo de la galería y sólo así podía ella respirar con libertad. Reclinada la cabeza en el seno de su padre Rosalba dormía largas horas, abandonándo-

le el peso de su cuerpo con ese confiado egoísmo que tanto amamos en nuestros hijos.

Yo acompañaba siempre al coronel en aquellas veladas. Sentada en un taburete al extremo de la galería, escuchábalo referir las aventuras de su larga vida, épicas leyendas que en el prestigioso lenguaje del veterano parecían pinceladas de fuego en el fondo tenebroso de la noche. Aquel anciano alto, seco, imponente, llevando en sus brazos á una niña blanca, vaporosa, frágil, cuyos largos cabellos blondos se mezclaban con los suyos canos y lo enlazaban como la yedra al añoso tronco, aquella voz que yéndose hablaba á lo lejos de hombres y de sucesos ya olvidados, sumergían mi mente en un extraño desvarío: parecíame ver el fantasma del pasado elevando en sus brazos la sombra del porvenir.

Un día que Rosalba sufría más que nunca, vínome al pensamiento aconsejar al coronel que la llevara á las aguas termales del Rosario.

Mi idea habría parecido absurda á quien ignorase las propiedades maravillosas de esas aguas célebres en nuestro país. Son una panacea universal que cura todo, desde la lepra hasta la fiebre, la apoplegía, la hidropesía, la gota y las enfermedades pulmonares.

Sólo el atraso que una larga guerra civil mantiene entre nosotros, puede explicar la poca atención que se da á la necesidad de caminos y posadas en ese importante lugar, verdadero santuario de la salud.

Numerosas caravanas van allí de todos los puntos de la república á probar la eficacia de las aguas. Allí

el lazarino, el cataléptico, el paralítico, ven desvanecerse su horrible mal; y enfermos desahuciados por la ciencia y traídos moribundos en camillas desde largas distancias recobran la vida y la salud en aquella agua milagrosa.

Brota en raudal hirviente entre las sinuosidades de un peñasco al pie del cerro de «Fuente de Plata»; derrámase en un cauce rápido cortado por anchos pozos destinados al baño, y corre entre las selvas ennegreciendo las piedras y los árboles, y señalando su paso con una larga cinta de vapores que disminuyen en densidad á medida que las aguas se enfrían bajo la húmeda sombra de los bosques, hasta perderse en el río de Orcones.

El coronel acogió mi receta con una exclamación de gozo, y Rosalba se arrojó en mis brazos, sin que la arredrara mi blusa de garzón.

—¡Quizá! —exclamó; y la mirada radiante que acompañó esta palabra encerraba fe y esperanza.

Hicimos de prisa nuestros preparativos.

El coronel ensilló los caballos; yo y la criada de Rosalba cargamos en un carro todo lo que ésta llamaba su regalo; alfombras, cojines, perfumeros; en fin, un equipaje de princesa oriental; y aquel mismo día á la caída de la tarde nos despedimos de nuestros buenos huéspedes y partimos llevándonos á las dos niñas de la casa, frescas y turbulentas muchachas que corrían siempre á vanguardia haciendo resonar los bosques con alegres risas, y arrastrando en su trisca in-

fantil á la pálida enferma, que parecía una romántica ilusión entre aquellas dos robustas realidades.

Eran las seis. El sol se había puesto y la luna comenzaba á blanquear sobre la florida grama de los campos. Habíamos vadeado el río y marchábamos costeando la playa por un sendero pedregoso que mataba de impaciencia á las niñas precisadas á sujetar sus cabalgaduras al insoportable vaivén del paso llano.

Nuestro guía, viejo redomado, verdadero hijo del polear, de piel bronceada y ojo de buitre, marchaba delante en su potro gateado, provisto de enormes espuelas y sonoros guardamontes, cuyo ruido espantaba al ganado que pacía en torno. Antiguo habitante del «pago» sabía de memoria la historia de aquellos sitios, que refería en su pintoresco lenguaje mejor que el más aventajado cronista, poniendo muchas veces por testigo á su caballo de la exactitud de su aserto.

—«Jeñor», pasemos pronto este tuscal; es un paraje «pesado»: deslinda las tierras de dos hermanos ya finados; hermanos que se querían mucho pero que eran caudillos de partidos enemigos: el uno unitario, el otro federal. ¡Vaya «ujté» á ver eso, jeñor! Así cuando se «juntaban» á solas se abrazaban y lloraban... digo, lloraba el uno; que el otro era muy hombre y se tragaba las lágrimas. Pero si se encontraban á la cabeza de sus partidas, ¡Dios nos guarde! se «trenzaban» hasta dejar la tierra «coloreando». «Allicito» hay todavía un montón de huesos donde penan. La otra noche no más «jeñor», se enderezó de ahí un «pantasma» que me dejó tiritando. Mi «gateao» puede decir si no dió

una «tendida» de media legua que me hizo perder la «manea» y tres chapas del petral.

—Cuidado, amigo Contreras—le dijo Rosalba riendo,—que si no derribó á usted aquella tendida lo derribe esa «bola».

—¡Naá! ¡La niña no cree en pantasmas! Como la pusiera en Esteco por una noche de cuarto menguante para que viera salir de esos escombros tan horribles «aparencias» que se le cuajara el alma.

—¡Esteco! ¿y dónde es eso?—preguntó Rosalba haciéndome una seña.

—Allicito, niña, en la cabecera de aquel cerro al otro lado del río. ¿No ha oído usted hablar de esa ciudad de gentes tan soberbias que sólo querían vistir de oro y plata y tan crueles que asaban á sus esclavos? Pues allí estaba; y de aquí habríamos oído el ruido de sus jaranas que diz que duraban meses; porque esa gente no tenía necesidad de trabajar; en lo alto del cerro tenían minas de oro en barra que cortaban á cincel. Pero, jeñor, «si Dios consiente no es para siempre»; y una noche «como quien no hace la cosa», la tierra se los tragó.

Ni uno solo volvió á aparecer jamás; pero sí sus vajillas de oro y collares de diamantes, que las «avenidas» arrastraban al fondo de los barrancos. Yo he hallado muchas veces anillos de piedras verdes y platos que brillan como el sol; pero nunca quise recogerlos, y los arrojé á lo lejos para que no tentasen á un cristiano esas prendas malditas de Dios. ¡Cierto jeñor! Ah

está mi gateao que estuvo presente y no me dejaré mentir.

Y Contreras acentuaba gravemente su apelación, seguro de que el pobre gateao no había de decir esta boca es mía.

Entretanto la noche adelantaba. El viento había caído y sólo de vez en cuando una brisa tibia y cargada del aroma embriagante del heliotropo venía á morir en los jarales de la playa.

Yo iba al lado de Rosalba que hacía rato guardaba profundo silencio. Oíla suspirar muchas veces y aspirar con ansia el aire cálido de la noche. Parecía oprimida, inquieta, y se volvía con frecuencia para mirar á su padre que se había detenido á encender su mechero para nuestras compañeras que fumaban. De súbito, apartando bruscamente mi mano que se apoyaba en el cuello de su caballo, Rosalba alzó la brida, y haciéndolo saltar sobre las altas hierbas lo echó adelante y se alejó en una carrera desesperada.

Seguíla de cerca, á pesar de la gran desventaja que me daba la velocidad prodigiosa de su cabalgadura.

Después de haber corrido una hora por los obscuros senderos de un «sevilar», Rosalba se detuvo al fin en el fondo de una cañada cubierta de sombra y de salvajes perfumes. Estaba en extremo pálida, y sin embargo sonreía.

—Confiesa al menos, Emmanuel—me dijo, dando una carcajada que vibró como el canto de una ave en la atmósfera sonora de la noche,—confiesa que por esta vez te asustaste. ¡Perdón! Tú no sabes que cuando

el ahogo viene, mi mejor remedio es la carrera. Sí: huyo de mi feroz enemigo y lo dejo á larga distancia—dijo volviendo el rostro con una mueca burlona cual si desafiara en efecto la saña de un adversario.

—¡Qué bello paraje!—continuó ella paseando una mirada en torno,—¡qué soledad! qué frescura! ¿Sientes esta suave corriente de aire que ensancha el pulmón? ¡Qué bien se respira aquí! Mira las ruinas de ese rancho. ¡Cuán felices serían los que vivieron bajo su techo de cañas, á la sombra de esos algarrobos que en la primavera derramarían sobre ellos sus nevadas flores!...

Pero, ¿qué tienes, Emmanuel? pareces preocupado, sueñas... ¡qué se yo!... pero de seguro tu alma está lejos.

—Sí, lejos estaba mi alma, lejos. Vagaba en los espacios del pasado; reconocía esa cañada, esos árboles, ese rancho. Allí había estado yo otra vez, en una noche de luna como aquella.

Un día, mi hermano y yo, contrariados en casa, resolvimos solemnemente retirarnos del mundo é ir en romería á Jerusalem para de allí pasar al desierto, y á semejanza de San Jerónimo y Santa Paula, hacernos ermitaños. Aunque Santa Paula sólo tenía ocho años y San Jerónimo seis, no tardaron una hora en ejecutar su proyecto. Unas buenas mujeres habían venido trayendo miel y patay para nuestra madre. Nosotros nos apoderamos de sus caballos, y cabalgando con devoto recogimiento, partimos á trote largo y nos internamos en la selva.

Todo fué á maravilla mientras el sol hilaba sus alegrès rayos entre la fronda. Pero el dia comenzó á declinar y nosotros á conocer que Jerusalem estaba más lejos que lo que habiamos imaginado, y nuestros piadosos designios se convirtieron en miedo, y nuestra ascética sobriedad en una hambre que habria sido inmensa si no la embotara una sed devoradora. Llorábamos; y nos espantábamos uno á otro con gritos de terror. Y la noche adelantaba y nosotros nos internábamos más y más en la profunda selva.

En uno de esos momentos en que el terror nos dejaba silenciosos, oimos á lo lejos los ladridos de un perro. Comenzamos á alegrarnos y dimos voces pidiendo socorro, cuando á poco un espantoso rugido hizo estremecer el bosque dejándonos mudos de terror. No podiamos equivocarnos; era el tigre: sólo de sus tremendas fauces podia salir ese bramido. Sin embargo, nuestros caballos marchaban tranquilos, cual si no lo hubieran oido.

Nuestros lamentos comenzaron de nuevo, y el rugido se repitió más terrible; pero entonces percibimos una voz que gritaba á distancia.

—¡Antolin! ¡Antolin! ¡muchacho! ¡válgame Dios! ¡Te envio á llamar á esas criaturas y te diviertes asustándolas! Por aquí, niños, por aquí.

Y los árboles clarearon, y divisamos en el fondo de la cañada el techo pajizo de un rancho; y al lado del fuego que ardia en el guarda-patio, una mujer vestida de blanco que nos hacia señas con el extremo de su rebozo azul.

Vimos entonces venir á nuestro encuentro un rapazuelo de catorce á dieciséis años, verdadera estampa de bandido, ojo avizor, mirada impudente y sonrisa desvergonzada.

Saltó con la agilidad de un gato á la grupa del caballo de mi hermano, cogió la brida, y guió hacia la casa, donde abrumados de cansancio caímos en los brazos de la mujer, que se acercó á desmontarnos.

Nuestra huéspeda, viéndome con los labios secos y la lengua pegada al paladar, entró un momento á la casa volviendo luego con dos anchas copas formadas con las cáscaras del huevo de avestruz y llenas de «aloja» de algarroba. Hízonos acostar al lado del fuego en dos bancos de madera, y en seguida, ensillando un caballo que pacía maneado allí cerca, echó á la grupa á su hijo por miedo de que nos hiciera alguna mala pasada, y tomó el camino que nosotros habíamos traído. Iba á delatar en casa nuestra edificante cruzada y á hacer que vinieran en busca de los asendereados peregrinos.

Mi madre la despidió cargada de regalos, y siempre que hablaba de aquella mujer era con profundo reconocimiento.

Cuatro años después, en 1831, cuando la frontera del Sur se levantó en masa contra el gobierno constitucional, cuando los sublevados entregándose al más feroz vandalaje, paseaban por todas partes el robo, la muerte y el incendio, y que mi padre, armado de la ley marcial que había votado el poder legislativo, fué enviado con fuerzas contra ellos, presentáronle un día,

después de una sangrienta refriega, á uno de los caudillos de la sublevación, que después de una resistencia desesperada había sido hecho prisionero. Era éste un famoso asesino que se había señalado en aquel motín por el refinamiento de sus crueldades. Llevaba por nombre de guerra el «Carneador», nombre que añadía una sombra más á las que obscurecían su historia. Los crímenes de que era reo y la ley marcial, lo condenaban sin apelación; y mi padre, que á pesar de su severidad en el cumplimiento del deber, había encontrado efugios para salvar á muchos de aquellos ilusos, nada pudo en favor de aquel hombre, por más que le interesara su extrema juventud. Tuvo, pues, que abandonarlo á la suerte funesta que le aguardaba en algunos momentos, y se retiró deplorando el fatal error que nos induce á cimentar con sangre el edificio social.

De repente una mujer pálida y trémula se precipitó en la tienda gritando:

—¡Hijo mío! ¡Antolín!

Y divisando á mi padre iba á arrojarse en sus brazos, cuando la detonación de una descarga la hizo caer á sus pies.

Aquel trágico suceso conmovió profundamente á mi padre, y dejó para siempre un punto doloroso en su grande alma.

El recuerdo de esos acontecimientos absorbió mi mente, y durante algunos minutos olvidé á Azucena. Cuando me volví hacia ella, hallé fija en mí su mirada.

—Si no piensas en Lima—me dijo,—de seguro es en algo que te entristece.

Reunímonos á nuestros compañeros, y á las seis de la mañana llegamos á los baños de «Agua-caliente».

Hallábanse allí algunas familias, que reunidas en un círculo de tiendas, pasaban el tiempo de una manera agradable, bañándose, cazando, haciendo largas incursiones en busca de colmenas, comiendo juntos deliciosas «picanas» en largos manteles tendidos bajo la olorosa fronda de los bosques, bailando, cantando, jugando prendas y contando cuentos de toda clase, desde el drama hasta el chascarrillo.

Hiciéronnos la más cordial acogida. Las señoras corrieron á «cebar» los mates en los chorros de agua hirviente que saltan de la peña, y nos los ofrecían escusándose de su poca destreza, y asegurándonos que los tomaríamos mejores cuando volviera la «maestre de ceremonias», personaje investido también de aquel cargo, y á quien llamaban «el Alma social», á causa decían, de su viveza y su inagotable alegría. Había ido al Rosario en busca de provisiones, y era esperada con suma impaciencia.

Vémosla venir en fin. Montaba un potro bayo, y corría como una endiablada, apartando con la mano las ramas de los árboles, llevándolas en pos suyo largo trecho, y soltándolas con locas carcajadas. Traía á la grupa un costal repleto que dejó caer en tierra antes de llegar al campamento, y deslizándose ella misma de la silla, corrió al encuentro de la colonia que salió en masa á recibirla con gritos de alegría. Abrazó á todos, mujeres y hombres; dijo á cada uno aquello que le había encargado averiguar; dióles noticias

de todo, del cura, de los vecinos del pueblo, de las fiestas, del paso de las diligencias por el camino real. Y volviéndose á las jóvenes, añadió, haciendo sigilosos ademanes:

—Ahí viene un italiano «bello e mesto come un trovatore»; pero mudo, hijas mías como un topo. Lo alcancé en la bajada del río; y aunque hice lo increíble porque hablara, sólo pude saber de él, que venía de Tucumán y viajaba por donde lo llevaba el paso de su caballo.

Yo miraba á aquella mujer y no podía creer á mis ojos. Era María Montenegro, amiga y contemporánea de mi madre, y sin embargo, bella y joven todavía como cuando tenía veinte años. Y no obstante, María no había sido feliz: grandes desgracias habían caído sobre ella y el porvenir se le mostraba sañudo, pero era un alma valerosa que sabía sonreír al dolor, y éste se había deslizado por su frente sin dejar huella alguna en su tersa frescura.

—¡Cuánto deseaba yo abrazarla y decirla mi nombre! pero me era forzoso permanecer incógnita, y sólo Azucena y su padre debían conocer su secreto.

Otra sorpresa me esperaba todavía. Miguel estaba allí. Había alcanzado á los ladrones; se había apoderado de ellos y conducídolos al Rosario, donde los entregó al alcalde. Allí encontró algunas señoras de la colonia de los baños. Estas le rogaron que las acompañara, y se hallaba allí hacía días, muy á gusto de las jóvenes, á quienes custodiaba en sus correrías, y por la

noche las servia de tenedor de las prendas en los juegos de la velada. Ese dia habia ido en busca de lechihuanas, y cuando regresó por la tarde, cargado como en otro tiempo, de miel y de flores, tuve el grandisimo contento de correr á él, y como de niña, saltarle al cuello y arrebatarle su dulce botin.

Poco después, el taciturno italiano se presentó en nuestro campo. Saludó con grave cortesía y nos pidió licencia para pasar con nosotros la noche. Los hombres se apresuraron á ofrecerle sus tiendas, y las señoras, enamoradas del aire de tristeza esparcido en su bello semblante, lo acogieron con extrema amabilidad.

Sin embargo, por más que hicieron, no pudieron conseguir que nos acompañara á la expedición que proyectamos para la mañana siguiente á Cerro-Colorado, y que emprendimos al amanecer, dejando á nuestro huésped solo en el campamento.

Aquel dia fué verdaderamente delicioso. Vagamos durante todas sus horas por las estrechas gargantas de esa cordillera que el vulgo puebla de apariciones y encantamientos. Esos parajes tienen en efecto un aspecto salvaje, imponente y siniestro como las tribus nómadas que los habitan. Arboles de corpulencia y y elevación gigantescas, de ramaje extraño en colores y formas, alzan aquí y allí sus inmensas copas sacudidas eternamente por ardientes é impetuosos vientos, que agitando las añosas lianas que los entrelazan les dan en la noche la apariencia de fantasmas que danzan aullando entre las tinieblas. Altas hierbas, casi todas venenosas aun al tacto, crecen con un lujo pro-

digioso de vegetación sobre la arena roja y abrasada de aquel suelo que en las noches de estío presenta fenómenos increíbles de electricidad. Las tempestades jamás abandonan esas montañas. El rayo estalla sin cesar en sus cimas; y al estruendo del trueno responden en lo hondo de los valles los rugidos del tigre y el silbido de la serpiente. El águila y el gavilán tienen su nido entre esas rocas; y se les ve á cada momento elevarse lanzando chillidos y surcar el aire en mágicos círculos llevando entre sus garras un lagarto ó una culebra de cascabel.

Sin embargo, nada hay tan risueño como el aspecto lejano de esos montes que vistos de cerca despiertan en el alma un invencible sentimiento de terror. Elévanse como una muralla azul de recta silueta que limita el horizonte. Adorna su base un verde cordón de bosques, y más abajo el caudaloso Pasaje extiende su plateada cinta añadiendo sus cambiantes reflejos á las ricas tintas con que el alba colora esta admirable perspectiva.

Cuando llegamos á nuestro campo, después de la prolongada excursión al Colorado, hacía largo tiempo que había anochecido. La luna llena, alzándose detrás las montañas que habíamos recorrido durante el día, alumbraba las copas de los árboles; y sus rayos, deslizándose oblicuamente entre el ramaje, se cruzaban como hilos luminosos en la obscuridad que reinaba en lo bajo de la selva. Habríase creído que eran redes de plata tendidas por los genios para aprisionar á las auras.

Con la brida de mi caballo en la mano, de pie é inmóvil, contemplaba yo enteramente embebecido aquel mágico contraste, aquella escena compuesta de dos principios opuestos: la luz y las tinieblas. Poco á poco la fijeza de mi mirada comenzó á presentarme singulares fenómenos de óptica. Unas veces veía agitarse en la espesura las alas diáfanas y el ropaje ondulante de una silfide; otras brillar como ascuas los ojos ardientes y las aceradas escamas de un dragón. Ora veía surgir entre los sinuosos troncos la horrible cabeza de un demonio, ora sonreir á lo lejos el rostro luminoso de un ángel.

Con asombro mío, la última visión no se desvaneció. El ser celestial se acercaba, y á medida que sus aéreas formas se dibujaban más perceptibles, la melancólica sonrisa que entreabría su labio se volvía más dulce. Al llegar cerca de mí posó su mano en mi hombro, y mostrándome la selva, me dijo con voz suavísima:

—«Nel mezzo del cammino di nostra vita».

Era Azucena. Había dejado su amazona, y vestía una bata de muselina blanca, cuyos undosos pliegues agitados en torno suyo por la brisa de la noche, le daban un aire fantástico y sobrenatural que despertó en mi corazón ese lúgubre presentimiento producido ya á la primera vista de aquella hermosa niña.

Pero ella no se apercibió de mi tristeza, y continuó con gesto de dolor graciosamente cómico:

—¡Ay de nosotros, que vivimos en el siglo de los nervios y de los vapores! tres veces ¡ay! Las señoras,

medrosas como siempre, han mandado encender las hogueras, y... mira cómo nuestra «selva selvaggia» no está ya «obscura».

En efecto, el bosque se iluminó de repente con la luz de las grandes fogatas que los criados mantenían toda la noche para alejar á los tigres.

Azucena recordó nuestra «soirée» campestre, y ambas nos apresuramos á volver á las tiendas.

Era ya tiempo. Bajo el nogal consagrado hallábase ya reunida la pequeña sociedad de los baños. Nadie faltaba, ni aun el taciturno y misterioso italiano que había llegado la víspera. Sentado en una raíz saliente del árbol y con la cabeza apoyada en su tronco, miraba las estrellas con aire meditabundo, y parecía enteramente ajeno á todo lo que pasaba en torno suyo.

Después que se hubo cantado, bailado y hablado de política, llegó finalmente la hora de los cuentos.

Miguel, según la costumbre establecida, dió su sombrero á la criada de Azucena para recoger las prendas.

El incógnito, instruido de lo que se exigía de él dió un anillo que llevaba al dedo.

La Montenegro, al pasar cerca de mí, me dijo rápidamente al oído:

—El italiano se marcha mañana. Es necesario que pague su contingente de cuentos.

Y yendo á Miguel que se había vuelto de espaldas para extraer la prenda con imparcialidad, le dijo en voz baja dándole el sombrero:

—Por Dios, mi viejo Miguel, encuentre usted un grueso anillo que anda por ahí.

Miguel guiñó sus ojos negros como sólo saben hacerlo sus compatriotas, y revolviendo bulliciosamente las prendas que contenía el sombrero, alzó la mano, en cuyo índice brillaba el anillo del italiano.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia éste; las señoras acercaron sus asientos para escuchar mejor; y Azucena, dejando los almohadones que había traído para ella su criada, vino á sentarse á mi lado sobre el poncho de Miguel.

El extranjero conoció que toda excusa sería inoportuna; y sonriendo melancólicamente, saludó á la compañía con esa cortesía galante y exquisita que distingue á los italianos nobles.

Después pareció reconcentrarse en sí mismo; dirigió una mirada al cielo moviendo tristemente la cabeza; y como si hubiese olvidado que tenía un círculo de oyentes, cual un sonámbulo que bajo el poder magnético evoca algún recuerdo de su pasado, con una voz, ora triste como el gemido del viento, ora ronca y amenazante como el fragor del trueno, comenzó á hablar.

Un drama en el Adriático.

I

—Venecia, la bella esposa del Adriático—dijo,—Venecia, esa mágica reina tan poderosa en otro tiempo, ahora vencida y encadenada olvidaba su esclavitud y cubriendo sus cadenas con perfumadas guirnaldas se entregaba á las frenéticas alegrías del Carnaval. Sus palacios, iluminados con magnificencia, abrían sus doradas puertas á los numerosos convidados que invadían bulliciosamente las escalinatas de mármol. Surcaban sus misteriosos canales millares de góndolas llenas de máscaras que acudían á los bailes, á las citas de amor ó de «vendetta», ó bien á formar conciertos en las lagunas. Y de todo aquel vasto concierto de palacios, cafés, tabernas, azoteas, balcones, calles, plazas y canales se elevaba un solo é inmenso grito formado de todos los sonidos que puede exhalar un pecho humano. Gritos de alegría, exclamaciones de sorpresa, interjecciones de miedo, aullidos de rabia, suspiros y palabras de amor doblemente amoro-

sas al expresarse en la dulce y poética lengua del Tasso. Aquí, ensordecía el discordante estrépito de una cencerrada; allá, encontraba el oído la deliciosa melodía de una serenata; más lejos cien alegres polichinelas, agrupados en una góndola primorosamente empavesada, pasaban cantando y riendo bajo los sombríos arcos del Puente de los Suspiros. Sus canciones y risas resonaban como una satánica ironía en aquellas lúgubres bóvedas que vieron pasar tantos semblantes pálidos y cuyos ecos repitieron tantos gemidos de agonía. Pero ahora, todo estaba ya olvidado. El terrible tribunal de los Diez, sus misteriosos juicios y sus numerosas víctimas, pasaron como la gloria de Venecia, y esta hechicera nereida, satisfecha de mirarse siempre bella en el límpido espejo de sus canales, olvidaba su esplendor pasado y su presente humillación y sonreía á sus tiranos, les abría sus brazos y sus dorados palacios y cantaba y bailaba con ellos en vez de sus voluptuosas danzas nacionales, las danzas estrepitosas y bárbaras del Norte.

Hablando así, la voz del italiano tornóse trémula, y sus rasgados ojos negros centellearon de indignación.

—Mas no todos los hijos de Venecia—continuó—miraban con indiferencia las cadenas austriacas que aprisionaban las garras del León de San Marcos.

Aun quedaban á éste algunos fuertes cachorros que vagando en torno suyo entre las tinieblas, rugían sordamente sangrientas amenazas.

Y si el día de la venganza no había aun llegado,

si el cáliz de indignación no había rebosado todavía, existían sin embargo, en cada uno de los palacios de Rialto, como en cada una de las humildes chozas del Lido, en cada una de las aristocráticas góndolas de los patricios, como en cada una de las pobres barcas de pescadores, corazones que palpitaban de odio al solo nombre del Austria; y Venecia como toda la Italia, estaba minada por numerosas asociaciones secretas que se ocupaban de un mismo objeto: la independencia de la patria.

II

Los polichinelas que tan agradablemente habían pasado el puente de terrible memoria, recorrieron los canales tomando á su paso muchos máscaras cubiertos con el mismo disfraz, y se detuvieron finalmente bajo los balcones de un palacio antiguo y derruido.

La alegre comparsa hizo oir un hurra prolongado, que repitieron los ecos del sombrio edificio. A esta seña, una mano levantó la celosía del balcón, y un joven de rostro pálido y de largos bigotes negros, se inclinó sobre el canal. A su vista, el jefe de los polichinelas se puso en pie alzando el brazo, é hizo un signo misterioso. El hurra resonó como antes, y la góndola desapareció en las tinieblas.

Seguíala de cerca otra góndola, cuyas máscaras cantaban el Hernani y repetían en coro:

Allegri beviamo!

El joven cerró el balcón y llamó. Presentóse un anciano.

—Giovanni—le dijo,—nuestro Oriente tendrá esta

noche una sesión solemne, á la que concurrirán todos sus miembros. Ejerce tus funciones de conserje: prepáralo todo. A las doce, veinte góndolas llegarán una á una delante de la puerta secreta y el subterráneo será invadido por quinientos polichinelas, bajo cuyas grotescas máscaras encontrarás los semblantes decididos y enérgicos de nuestros hermanos.

El anciano y el joven cogieron cada uno una lámpara. El anciano atravesó una larga galería cubierta de retratos, detúvose delante del último de éstos y tocó un resorte oculto en el marco. El retrato giró sobre goznes invisibles, dejando descubierta una ancha escalera subterránea que el viejo descendió, perdiéndose con su lámpara entre sus lóbregas espirales.

El joven cruzó una larga línea de habitaciones cubiertas de relieves y de frescos magníficos, y deteniéndose delante de una sala obscura y silenciosa,

—¡Blanca!—dijo en voz baja—¿duermes, hermana mía?

—Velo como tú—respondió una voz dulce y triste.

—¡Velas sola y en las tinieblas!—repuso el joven con acento de cariñosa reconvención entrando en el cuarto.

La luz de la lámpara alumbró un gabinete sencillamente adornado y la bella figura de una joven que con los brazos cruzados sobre el pecho parecía absorta en dolorosa meditación.

Los vaporosos pliegues de su larga túnica blanca que la cubría, le habrían dado un aire fantástico, si las profusas ondas de una maravillosa cabellera negra

no revelaran tesoros de juventud y vida. Si hay nombres que coinciden admirablemente con las cualidades individuales de las personas que los llevan, el de Blanca, dado á esa joven, era uno de ellos, porque su tez, de un blanco diáfano y azulado, obscurecía la transparente gasa de su ropaje. Pero á aquella blancura se mezclaba en ese momento una extrema palidez, y en sus bellos ojos azules vagaba una inquietud sombría que la cariñosa sonrisa con que se acercó á su hermano no fué bastante á ocultar.

III

—Velabas sola y en las tinieblas—continuó él estrechando entre las suyas las manos de la joven y fijando en sus ojos una mirada escrutadora.—Blanca, hermana mía, ¿qué es lo que pasa en tu alma hace algún tiempo? A tu alegria de niña ha sucedido de repente una profunda y dolorosa inquietud. Muchas veces te he encontrado aquí postrada en tierra, con el rostro entre las manos, sollozando amargamente, y tan abismada en ese dolor desconocido, que ni aun te apercibias de mi presencia y mis caricias, mis lágrimas y mis ruegos te hallaban tan insensible como ese mármol en que se apoyaba tu cabeza. Ahora, no lloras ya, pero tu mirada se ha vuelto sombria y con frecuencia te veo correr azorada y trémula á arrojarte en mis brazos, como si algún enemigo invisible te amenazara. ¿Qué lúgubre secreto ocultas al corazón de tu hermano, de tu amigo de la infancia? ¿No te he amado lo bastante para que tengas confianza en mí? ¿Vacilé alguna vez para realizar uno solo de tus deseos?

La frente de la joven palideció más todavía y sus miradas expresaron inmenso dolor.

— ¡Querido Octavio! — exclamó abrazando á su hermano—¡mi bueno y generoso protector! Sí... tú lo has sido todo para mí. Al amor de hermano has añadido la solicitud tutelar de un padre, los cuidados y la tierna abnegación de una madre. Niño aún y en esa edad de egoismo en que sólo se vive para sí, tú viniste á sentarte á la cabecera de mi cuna que la muerte dejó desamparada, y velaste el sueño de la huérfana. Jóven, bello, y en la edad de las ilusiones de la juventud, únicas flores de la vida, y con peligro de tu existencia, disfrazado y oculto consagras á tu hermana los años que sin ella habrías dado en un país extranjero á los placeres y á la gloria á que te llaman tu ilustre nombre y tu brillante talento.

—Pues bien, amada Blanca—la interrumpió él,—si tu alma conserva la memoria de esos días tan gratos para mí, de esos días en que nada echabas de menos á mi lado, en nombre de éstos te pido que derrames tu dolor en el corazón de tu hermano, que le des su parte de tus lágrimas, que no sufras por más tiempo silenciosa y sola.

Los ojos de Blanca, fijos en su hermano con inefable expresión de ternura, se bajaron de repente. Un violento combate interior hizo ondular la gasa que cubría su seno. Vaciló, tembló, reclinó la cabeza en el pecho de su hermano y sus rodillas se doblaron como si fuera á postrarse á sus pies; mas luego, haciendo un supremo esfuerzo, alzó hacia él su rostro pálido pero risueño.

—Sí, amigo mío—le dijo,—sufro, pero tu tierna solicitud exagera mis pesares y equivoca su naturaleza. ¿No hay acaso en todo cuanto nos rodea motivos de dolor y de lágrimas?

—¡Oh! Es verdad...—respondió Octavio con amargo acento.—¡Necio de mí que preguntaba la causa de tu pena! Ves nuestra patria esclava y á sus mejores hijos proscritos ó entre cadenas; viste morir en el cadalso á nuestro padre y desaparecer sin duda bajo los «plomos» homicidas á nuestro amigo de la infancia el valiente Mario, que te amaba tanto; ves á tu hermano, último vástago de una raza de héroes, perseguido, errante, forzado á ocultarse vergonzosamente á la sombra de los monumentos alzados por la gloria de sus abuelos, mientras tú misma, heredera de inmensos tesoros, llevando la vida miserable de una obrera, pagas con el sudor de tu frente el derecho de habitar bajo un nombre obscuro, el arruinado palacio de tus padres. Pero consuélate, hermana mía. Nuestra afrenta y tu dolor tendrán pronto un término. La hora de libertad va á sonar para la Italia. En el instante que te hablo, millares de corazones intrépidos, millares de brazos fuertes se ocupan en limar nuestras cadenas. Muy luego en toda la extensión de nuestro país, desde los Alpes hasta el Etna, resonará un inmeno grito de triunfo, y entonces, rodeada de las grandezas que te arrebataron en la infancia, verás abrirse á tus miradas un horizonte de dicha desconocido aún á los sueños de tu existencia presente.

IV

Hablando así, la frente de Octavio estaba radiante y en su mirada brillaba el fuego de la fe.

Blanca ahogó un gemido y estrechando la mano de su hermano,

—Dios proteja vuestros esfuerzos—le dijo—y bendiga la obra santa á que os consagráis. En cuanto á mí, la única felicidad posible, es aquella que de ti me venga; cuando te vea dichoso, yo también lo seré.

Un grito prolongado, el hurra de los polichinelas se hizo oir á lo lejos. Al escucharlo, Octavio abrazó á su hermana con un arrebato de entusiasmo.

—Sí, amiga mía. Dios protege nuestra gloriosa causa, y volverá su mirada y su sonrisa hacia esta tierra de su elección. ¿Oyes ese lejano rumor? Es la voz de la Italia que llama á sus hijos dispersos, es un grito profético que predice nuestra victoria. Adiós, Blanca mía... Tú, que eres un ángel, ora y espera... ¡Adiós!

—¡Octavio!...—gritó Blanca con voz débil tendiendo los brazos á su hermano.—No me oye... ha desapa-

recido y con él toda esperanza de redimir mi crimen. ¡Oh!—continuó ella cubriéndose el rostro con las manos en un acceso de delirio,—he ahí ese grito acusador que se eleva en mi alma repitiendo la tremenda demanda: ¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?

—¡Lo vendiste!—respondió una voz que hizo estremecer á Blanca,—¡lo vendiste miserablemente, hermana más criminal que el primer fratricida! Lo entregaste á manos de sus enemigos; por que, hija indigna de la Italia, has cambiado tu patria como las rameras de Sión por el amor de los tiranos que la han esclavizado.

—¡Mario!—exclamó ella corriendo hacia un hombre que con los brazos cruzados y la cabeza erguida la contemplaba con una mirada severa.

—Sí—replicó él rechazándola con desprecio.—Mario, á quien el austriaco que amas hizo sepultar en los «pozzos» para que callara la única voz que podía delatarlo á la santa asociación en que traidoramente se ha introducido profanando un nombre italiano... Mario, enterrado en esas mazmorras donde el ser viviente que baja á habitarlas encuentra un lecho formado de los huesos de sus predecesores... Mario, que rasgando su mortaja, alzando la lápida de su tumba, llega á tiempo para salvar á sus hermanos del cadalso que les preparaba el espía y para decirte á ti que has podido escuchar sin morir de vergüenza y remordimiento las nobles palabras de tu hermano:—Cómplice de un traidor, aquél á quien has sacrificado tu nombre, tu pa-

tria, tu familia y mi amor, te vende como tú nos has vendido. El infame que haciéndose llamar Marelli se afilió en nuestro Oriente, ese austriaco á quien amas con el nombre de Esteban Landoberg, es el hijo de Radetzki, es el favorito de la reina de Hungría, uno de los esclavos que la orgullosa austriaca emplea en arrancar del corazón de nuestras mujeres los secretos de sus padres y de sus esposos.

Blanca llevó la mano al corazón cual si hubiese sentido un golpe mortal.

—¡Oh infamia!... ¡Oh vergüenza!...—exclamó.

—¡Sí!...—replicó Mario con feroz sonrisa,—vergüenza é infamia que serán lavadas con sangre... con la sangre del traidor que ha hecho de ti un instrumento para escalar el santuario donde preparábamos la libertad de la patria.

Blanca, pálida como un cadáver, retrocedió algunos pasos, puso el pie en el umbral de la puerta y gritó con acento de resolución:

—¡No! ¡no lo mataréis! La vida de ese hombre me pertenece... Su muerte basta á vuestra venganza; pero no á la mía y yo quiero que viva para que se acuerde eternamente de su perfidia y de mi amor... porque Marelli, Landoberg ó Radetzki... ¡yo le amo...!

Y cerrando tras sí la maciza puerta, desapareció como una sombra en aquellas lóbregas galerías.

—¡Maldición sobre ti!—gritó Mario con un aullido precipitándose á la puerta y haciendo esfuerzos por abrirla.

V

Bajo los cimientos del solitario palacio, en un salón subterráneo de forma circular y alumbrado por una grande lámpara de bronce suspendida en lo alto de la bóveda, sentado en un sitial de púrpura y ceñido el pecho con la banda azul recamada de oro del maestro masón, Octavio presidía una imponente asamblea. Veíanse allí reunidos jóvenes patricios representantes de los nombres más ilustres de Venecia, viejos guerreros que habían encanecido buscando en todas las batallas de Europa la libertad de Italia, mensajeros de otras asociaciones y proscritos, en fin, que deseando respirar el aire de la patria venían á pedirlo á las entrañas de la tierra.

—Sí, nobles hermanos—decía Octavio con acento enérgico é inspirado,—confiemos la libertad de nuestro país al solo esfuerzo de nuestro brazo. Nuestra fe y la justicia de la causa nos darán el triunfo. Toda intervención extranjera es vergonzosa... rehusémosla, pues, y, vosotros, honorables emisarios, decid á nuestros hermanos de Nápoles y de Milán que esta es la

última vez que nos reunimos para deliberar, que vamos á decir adiós á las tinieblas de estos antros, asilo por tanto tiempo de nuestra existencia proscrita y que nuestra próxima asamblea será en la plaza de San Marcos, con las armas en la mano, á la luz de nuestro hermoso sol. ¡Viva la Italia!

—¡Viva!—respondieron con frenético entusiasmo las quinientas voces de los congregados.

De repente una mujer vestida de blanco, pálida y desmelenada se precipitó en el subterráneo y mirando en torno con espanto:

—¡Esteban de Landoberg!... — exclamó, — ¡huid, que vuestra vida está en peligro!

A aquellas palabras alzóse un hombre y sacando del seno una pistola que llevaba oculta, la descargó. En el mismo instante abriéronse todas las entradas del subterráneo y el salón se llenó de soldados austriacos.

—En nombre del emperador—gritó adelantándose hacia Octavio aquél que había dado la señal,—os intimo que os rindáis. Estáis desarmados y toda resistencia será inútil.

—¡Italianos!—exclamó Octavio con majestuosa resolución,—¿queréis languidecer obscura y lentamente en los calabozos austriacos ó morir con gloria llevando el dulce sabor de la venganza?

—¡Muramos!—respondió una inmensa aclamación que atronó los ámbitos del subterráneo.

—¡Muramos!—repitió Octavio oprimiendo un resorte oculto en el respaldo del sitial.

Oyóse entonces un horrible crujido y abriéndose el pavimento por su centro, hundióse y desapareció arrastrándolo todo consigo y dejando sólo en lugar suyo un abismo negro, silencioso y profundo en cuyo borde vinieron á estrellarse con lúgubre murmullo las olas del Adriático.

De todo lo que existía y se agitaba allí un momento antes, nada quedó sino la grande lámpara que, pendiente de la bóveda, alumbraba cual una antorcha funeral aquella escena de muerte.

VI

En ese momento un hombre jadeante y con los vestidos en desorden ponía el pie en la última grada de la escalera que conducía al palacio. A vista de la horrible catástrofe detúvose pálido como un espectro y fijó largo tiempo en el abismo una mirada indescribible.

—¡Dios lo ha querido!—exclamó.—Todo lo que yo amaba en este mundo yace allí aniquilado. ¡Italia! Heme ya tuyo enteramente. Ante esta inmensa tumba donde se han hundido mis esperanzas y todos los vínculos que me unían á la vida, juro libertarte ó morir.

. . . . . .

Y sin embargo—continuó el desconocido con voz sorda,—ese hombre no ha cumplido su voto. La Italia ha vuelto á caer en la esclavitud y él vive todavía, porque la muerte lo ha rechazado en todas partes. Las balas destinadas á su cabeza, han caído sin fuerza á sus pies, el acero enemigo se ha desviado de su pecho y los campos de batalla han devuelto su presa al dolor.

El extranjero quedó solo, con el rostro oculto entre

las manos, y entregado á sus pensamientos. No volvímos á verlo. A la mañana siguiente desapareció. ¿Quién era ese hombre? Nadie pudo saberlo. Silencioso llegó entre nosotros, y se marchó también silencioso como una de esas imágenes que cruzan la mente precediendo al sueño.

FRAGMENTOS

DEL ÁLBUM DE UNA PEREGRINA

.....

Y después de haber marchado largo tiempo, el cansancio me obligó á sentarme al borde del fragoso camino; y mi pensamiento como atraído por un imán irresistible, se volvió hacia atrás y evocó el tiempo pasado.

Entonces una radiante visión apareció á mis ojos en los límites del horizonte.

Vi resplandecer un sol brillante y bañar con sus tibios rayos una ciudad blanca y hermosa que, asentada en una verde campiña de aspectos variados y pintorescos, dibujaba sus aéreos edificios en un cielo de azul purísimo como el de la Grecia.

Las anchas y elegantes calles de aquella ciudad estaban llenas de una alegre multitud que se precipitaba hacia la más grande y bella de sus plazas, donde se celebraba una brillante fiesta. En las puertas, en las torres y cúpulas ondeaban ricos cortinajes; el suelo estaba sembrado de flores; hermosas damas cubiertas de encajes y pedrería decoraban los balcones; numerosas cabalgatas de elegantes jinetes pasaban y repa-

saban delante de ellas saludándolas y haciendo caracolear graciosamente sus corceles.

Pero entre todos aquellos caballeros, uno solo se llevaba tras sí todas las dulces miradas que los otros codiciaban.

Era un joven alto y pálido, de cabellos negros, y de admirable apostura.

Montaba con gracia y destreza indescribibles un arrogante potro zaíno indomable para otra mano, pero dócil para la suya.

Aunque conocía que era el objeto exclusivo de la atención de tantas hermosas mujeres, sus miradas eran para una sola; para una joven alta y esbelta, de ojos negros y cabellos rubios, de rostro alternativamente sonrosado ó pálido, según la emoción dulce ó penosa que experimentaba. Estaba sencillamente vestida de blanco y adornaba su pecho un ramillete de «pensamientos» que ella arrojó furtivamente y sonriendo al joven pálido, y que él besó y escondió en su seno...

La visión cambió.

Un soberbio salón de baile de forma circular, abría sus puertas á una inmensa concurrencia. Ricas alfombras, colgaduras de grana y oro y costosas pinturas se ostentan por todas partes. Magníficos lustros ardientes de perfumadas bujías derraman torrentes de luz, que se centuplican en los diamantes y en los ojos de las mujeres que revolotean como un torbellino de flores. Entre esa multitud de bellezas se hallaba la rubia joven del balcón.

Ahora sonreía también al pálido caballero, y baja-

ba los ojos con timidez á los besos que él la enviaba de lejos.

La orquesta hizo oir sus preludios melodiosos; el salón se pobló de dichosas parejas, que con los brazos entrelazados esperaban el baile que iba á comenzar.

El joven pálido corrió hacia la joven rubia; sus manos se estrecharon, sus ojos expresaron una dulce alegría; y bien pronto, arrastrados el uno en los brazos del otro al mágico círculo de aquella danza, «mirando sus ojos en sus ojos», y sintiendo latir juntos sus corazones, se encontraron solos en ese inmenso caos de blancos cendales, de flotantes rizos, de perfumes y de armonía, y desaparecieron estrechados en un abrazo que para otros era de danza, que para ellos era de amor...

La visión cambió.

Las estrellas centelleaban en el cielo, enviando á la silenciosa campiña su luz dulce y tímida como la mirada de una virgen; el aire tibio y perfumado estaba surcado por millares de luciérnagas, que posándose en las negras copas de los árboles y entre las hierbas de la pradera, daban á la tierra la apariencia de un inmenso espejo que reflejara el estrellado cielo.

Allá, á lo lejos, entre las sombrías avenidas de árboles que mece lentamente la brisa de la noche, aparecen dos personas. La blanca y flotante túnica de una mujer y el negro vestido de un caballero se dibujan entre la masa de tinieblas de una glorieta. Se acercan... Es la mujer rubia del baile, apoyada en el brazo del caballero pálido. Caminan con lentitud, deteniéndose

dose con frecuencia, ya para cambiar una larga mirada, ya para mostrarse una constelación, ó bien para escuchar los rumores armoniosos de la noche. Habían marchado largo tiempo, sintiendo pesar sobre su mano la de su compañera, el jóven pálido la levantó en sus brazos, y fué á sentarse con ella en un banco de césped, al borde de una fuente. La joven rubia se dejó llevar con la serena confianza de un niño; y reclinando su frente sobre el pecho del caballero, ambos quedaron inmóviles. Ella dormía: él velaba su sueño...

La visión cambió.

Negras y tempestuosas nubes cubrieron el cielo, envolviendo la tierra en densas tinieblas. La tempestad se desencadenó; el rayo estalló mil veces; el trueno resonó largo tiempo en todos los ámbitos del cielo, y el huracán lo arrastró todo en su inmenso torbellino, dejando sólo un largo y lúgubre silencio.

Después, una luz dudosa y mustia se elevó por grados, alumbrando un paisaje extraño, cortado por ardientes arenales, sembrado de plátanos y palmeras, como el Africa, y bañado por las salobres olas del Océano. La mujer de la visión, la mujer de ojos negros y de cabellos rubios que sonreía y danzaba en la fiesta; que se paseaba apoyada en el brazo de su amado á la luz de las estrellas en las praderas esmaltadas de flores, y que dormía confiada sobre su pecho, al borde de la fuente, mientras él velaba inmóvil su sueño, estaba también allí: ¡pero ahora estaba sola! Paseábase lentamente á las orillas del Océano, deteniéndose algunas veces para escuchar con triste atención el mur-

mullo de las olas, como si esperase que le trajera de otras playas la voz de un objeto querido. El colorido brillante de su rostro, la alegría de sus ojos, la sonrisa de sus labios, la morbidez de sus formas, habían desaparecido. Su frente tenía la palidez mate del mármol de una tumba; sus ojos rodeados de una aureola azul, habían tomado un brillo sombrío y siniestro al hundirse en sus órbitas, y sus labios llevaban la huella de profundos sollozos. Había perdido la belleza de la dicha; y si alguna le quedaba, era sólo la del dolor.

Sin embargo, la vida la sonreía á lo lejos, mostrándole sus goces; pero ella se alejaba triste y silenciosa, y si sonreía, era sólo al recuerdo de esos días de sol y de amor, y de esas noches que había cubierto con su manto misterioso de estrellas las ardientes miradas, las tiernas palabras y los suspiros de un amor tanto más inmenso, cuanto era puro y santo...

Y yo cerré los ojos, y pedí á Dios que hiciera desaparecer aquella visión, porque tuve miedo de leer los terribles misterios de dolor que debía encerrar el corazón de esa mujer...

LA NOVIA DEL MUERTO

Á MI QUERIDO AMIGO VICENTE G. QUESADA

I

En la deliciosa región que se extiende desde el confín boliviano hasta la línea patagónica, al centro de una comarca donde se hallan reunidas todas las bellezas de la creación, sobre una llanura surcada de cristalinas fuentes y perdida como el nido de una ave entre rosas y jazmines, álzase una ciudad de aspecto oriental. Sus blancas cúpulas se dibujan con primor sobre el verde obscuro de los bosques de naranjos que la circundan, cautivando las miradas del viajero que la contempla á lo lejos. Sus caminos son avenidas de flores; su aire es tibio y fragante; sus días una irradiación de oro y azul; sus noches serenas, estrelladas, pobladas de música y de amorosos cantares. Quien una vez la haya habitado no la olvida jamás; y si un día volviera á ella, aunque Dios hubiera quitado la luz á sus ojos, al aspirar su perfumada atmósfera exclamara:

—¡Tucumán!

Predestinada á grandes acontecimientos, su recinto ha sido el teatro de nuestras glorias y de nues-

tros infortunios. Allí, el primer Congreso americano declaró nuestra independencia, y allí comenzamos á llamarnos libres. Allí, por vez primera desgarramos el fundón del despotismo, y por vez primera el valor americano postró á sus pies á los leones de Castilla. Allí, la hidra de la guerra civil produjo los más horribles monstruos y los más nobles héroes. Allí, el caudillo del vandalaje, el sanguinario «Tigre de los Llanos», seguido de sus salvajes hordas, descendió un dia de las agrestes cumbres de los Andes, y cayendo de súbito sobre el ejército nacional adormecido en las delicias de aquella nueva Capua, hizo de él una inmensa hecatombe.

Imagen del Eden, el Bien y el Mal aspirando á poseerla, sostienen allí perpetua lucha. ¿Cuál triunfará?

II

Hacía tiempo que el horizonte político del Plata se obscurecía cada día más. Los héroes de Ituzaingó, reunidos en torno al celeste pendón de la patría, oponían en vano los esfuerzos de su denuedo á las bárbaras falanges que, invocando un principio desorganizador, escandalizaban al mundo con las atrocidades de una guerra fratricida. Las jornadas de la Tablada y Oncativo fueron seguidas de crueles reveses, y el general Paz, víctima de una casualidad fatal á la causa del orden, había caído embolado su caballo en manos de los enemigos y yacía cautivo en las cárceles de Santa Fe.

El ejército nacional que mandaba, y del que era el alma, privado de su jefe, emprendió una retirada imponente como la del «Beresina» y desastrosa como ella; los prodigios de valor del héroe que la mandaba (1) no pudieron impedir que fuera una derrota.

Llegado á Tucumán, el ejército se dió un nuevo

(1) La Madrid.

jefe—el noble y valiente Alvarado: noble y valiente sí; pero desgraciado y de funesto agüero para los ejércitos que han combatido á sus órdenes.

Sin embargo, hábil, estratégico y profundamente versado en el arte de la guerra, al asumir aquella tremenda responsabilidad, midió de una sola ojeada la situación; descubrió sus peligros, calculó sus ventajas. El, que tenía la fatal experiencia de las retiradas, pesó los resultados de ésta, y resolvió detenerla, fortificarse y esperar al enemigo en esa posición que en otro tiempo y en iguales circunstancias había dado el triunfo al inmortal Belgrano.

Formó cuarteles; pasó revista á las tropas; reforzó su número; improvisó armamentos y pidió auxilios á las provincias vecinas; todo esto con la decisión instantánea y rápida que distingue á los grandes capitanes. En aquella lucha formidable con el destino, Alvarado nada olvidó. No le faltó su genio: como siempre, faltóle su estrella.

III

La primavera tendía sus verdes guirnaldas sobre la ciudad convertida en campamento. El àcre perfume de los retoños circulaba en la brisa; los cantos de la calandria y del ruiseñor se mezclaban á la voz de los clarines, y el estrépito fragoroso de las armas no era bastante á ahogar los armoniosos susurros de aquella hermosa naturaleza.

¡La primavera de Tucumán! es decir, torrentes de luz y de perfumes; cielo azul orlado de nacarados celajes; vergeles poblados de flores; mujeres bellísimas cuyos ojos resplandecen como fulgorosas estrellas, todo, en fin, lo que puede convidar al deleite y al olvido. Así, los guerreros del ejército unitario en ese alto de un día, entregaron su alma á todas las ilusiones de una eternidad de amor.

Octubre había dejado su último sol en los dorados pétalos de las retamas, sin que nadie viniese á inquietar al ejército en aquella deliciosa etapa. Sin embargo, las gentes supersticiosas interrogaban á las rojas lon-

tananzas del ocaso, y moviendo la cabeza como el profeta, exclamaban:

—¡Sangre! ¡Sangre!

Pero á esos siniestros augurios, las bandas del ejército respondían con festivas cuadrillas que las hijas de Tucumán danzaban bajo las enramadas de jazmines, con esa alegría extraña que precede á las catástrofes.

IV

Un día, tres de noviembre. al anochecer, dos muchachas risueñas turbulentamente recostadas en el alféizar de una ventana.

—¡Emilia!—gritó de pronto una de ellas—¡ahí viene el hermoso Ravelo! Ven aprisa.

Que hoy monta al moro veloz,
el que deja atrás al viento.

—He prometido no verlo—respondió una voz con la ondulación de un suspiro.

—¿Y quién pudo exigir de ti esa costosa promesa?

—Mi tutor.

—¡Bah! ¿qué le importa á ese vejestorio que tú veas á Ravelo? ¿Está celoso quizá?

—Dice que es culpable esa complacencia en la vista de un hombre que no ha de amarme jamás.

—¡Qué sabrá él! ¡Ya quisiera yo que me viniesen con tal prohibición! No, señor; nada menos que dejar-

me robar la dicha de contemplar esa apostura, y sobre todo, esos ojos negros de mirada soberana... ¡Ah! ¡Emilia, qué bello es! Escucha al menos los pasos de su caballo—añadió la traviesa, sonriendo con malicia y bajando la voz porque aquél de quien hablaba pasó en ese momento ante ellas.

En efecto, el hombre que así llamaba la atención de aquellas niñas era un joven bello en toda la envidiable acepción de esta palabra.

Vestía el uniforme de coraceros y en su hombro derecho ondulaba la charretera de comandante.

Como todos los oficiales del ejército unitario, por un voto de heroica significación llevaba entera su rizada barba negra que descendía en obscuras ondas hasta el brillante peto de su coraza. Montaba un brioso potro de las pampas; y si algo podía igualar á la gracia ecuestre de su actitud era la destreza con que lo manejaba.

Horacio Ravelo era el más valiente de los valientes que educó Alvear en la escuela de los combates. Contaba apenas veinte años; y, sin embargo, desde Ituzaingó hasta ese día, su vida había sido una serie de hechos gloriosos.

Sus compañeros, no pudiendo rivalizar con él, se habían acostumbrado á admirarlo, y aplaudían sus triunfos con sincero entusiasmo.

Todas las jóvenes de Tucumán estaban enamoradas de él; y cuando lo veían pasar, ora á la cabeza de su regimiento, ceñidos el casco y la bruñida coraza, en las pomposas evoluciones de una revista: ora solo,

al caer el día, envuelto en una capilla azul, y oprimiendo el lomo de su gentil pampero, soñaban con todos los héroes desde Orlando hasta Murat, y le habrían dado su alma en cambio de una mirada.

Pero él, que era el amoroso ensueño de tantas bellas, no distinguía á ninguna. Saludábalas con exquisita galantería en el desfile de una parada; cabalgaba á su lado en las partidas de campo y danzaba con ellas en los salones. Pero, de repente, y cuando lo creían cautivo, se deslizaba de entre sus brazos, huía de los festivos saraos, y saltando sobre su veloz caballo se alejaba y desaparecía. ¿Dónde iba? ¿qué desconocida estrella lo atraía y deslumbraba su alma?

V

Distante un tiro de piedra de las últimas casas de la ciudad, al cabo de un sendero bordado de espinillos, y en los lindes del ceibal que se extiende hasta el pueblo de Monteros, divísase la blanca fachada de una quinta entre el obscuro follaje de las moreras. Precédela un jardín plantado de limoneros y tupidas lianas, á cuya sombra se pasean asidas del brazo una anciana y una joven.

La una, encorvada y morosa, recogía hierbas en un paño de su manta; la otra, vestida de blancas gasas y coronada de trenzas negras, llevaba con visible impaciencia el tardo paso de la vieja. De vez en cuando alzaba la frente, aguzaba el oído y sus ojos sondeaban con afán las profundidades de la noche.

Aquella joven era la hija de Avendaño el montonero, aquella quinta, la guarida donde cada noche el atrevido caudillo partía con sus guerrillas que dispersaba al amanecer, y con las que procuraba hostilizar al ejército robando sus abastos é interceptan-

do sus comunicaciones con las fuerzas unitarias del Norte.

—Por más que rías, Vital—decía la vieja siguiendo una conversación ya comenzada,—por más que rías, yo te digo que hay en ti, desde no ha mucho, algo que realza tu belleza: algo... ¿qué diré?... algo como la irradiación de una inquieta esperanza que hace brillar tus ojos y da á tu frente el resplandor de una aureola.

—Es la primavera, tía mía—respondió la joven,—la primavera que refleja sus claveles en los rostros de veinte años.

—¡No, á fe mía! que el año pasado todos los días de Dios tenías la misma cara: blanca, rosada, risueña y tersa. Ahora no es lo mismo; en un solo minuto cambias diez veces de color, de fisonomía y de expresión. El rumor del viento te conmueve, el sonido de una corneta te pone pálida... y he aquí que los pasos lejanos de un caballo te hacen estremecer; ¿qué tiene, pues, esta muchacha, señor? Diríase que está enamorada, si hubiese en Tucumán algún hombre de quien pudiera enamorarse; pero nadie... nadie sino esos malditos unitarios con unas barbas que espantan.

—¡Horacio!—murmuró la joven con acento apasionado.

—¿Horacio? ¡Ah! ¡ah! ¡vaya! alguna novela, uno de esos cuentarrones incendiarios que desvelan á las niñas y les avientan los cascos. Sí, pues, de ahí vienen esas oleadas de inquietud y de alegría, de tristeza y de ansiedad de que te hablaba ahora mismo; de ahí

también el encerrarte en tu cuarto desde las ocho de la noche, dejándome sola, perdida como una aguja en este gran caserón. Y todo por leer novelas. ¡Hase visto necedad! teniendo ahí á la mano los doce tomos del Año Cristiano... Pero, veamos, Vital, dime al menos lo que viene á ser tu Horacio, que no siendo un libro prohibido...

—¡Mi Horacio! poema sublime, hermoso misterio que el corazón saborea con delicia. ¡Sí! ¡tristeza y alegría, dicha y dolor, todo viene de él!

Hablando así, la voz de Vital estaba tan impregnada de deleite, que galvanizó en el alma helada de la vieja sus muertos recuerdos.

—¡Jesús! ¡qué muchacha!—exclamó—habla con una embriaguez que estremece el corazón, se creería una en los tiempos de Belgrano; allá, cuando había hombres dignos de amor.

—¡Oh! el héroe de mi historia es un guerrero bello como un ensueño y bravo hasta la temeridad. Los hombres lo admiran con envidia; las mujeres lo aman con pasión; pero de todas ellas una sola ha cautivado su alma, y de ella son su corazón y su amor. Como Romeo y Julieta, pertenecen á dos razas enemigas El es un Colonna, ella una Orsini.

—Es decir, como si algún unitario te amara á ti, hija de federales.

—Sí, pero como el amor de Julieta y Romeo, el suyo había salvado el abismo de odio que los separaba...

—¡Ah! ¡ah! cual si tú, aprovechando las ausencias de tu padre, burlando mi vigilancia...

—Sí, mientras su anhelo espiaba en las lontananzas del porvenir, un día de reconciliación que uniera sus destinos como lo estaban sus almas; en tanto que las dos familias rivales se enviaban mortales retos de lo alto de sus murallas, los pastores de aquellos contornos veían salir de ella cada noche dos seres fantásticos que, cubiertos, el uno de un negro yelmo, el otro de un velo blanco, se juntaban, entrelazaban sus manos y vagaban así bajo las sombrías arboledas hasta que el primer rayo del alba los separaba, perdiéndose ambos entre la obscura mole de los castillos.

—Ni más ni menos que la historia con que me vino ayer Sebastián el campero.

—¡Ah!... ¿Y qué dijo Sebastián?

—Uno de sus necios cuentos. Se ha imaginado que la otra noche velando al ganado arisco en la aguada del Ceibal, entre las doce y la una, vió pasar de repente delante de su escondite una extraña visión; un hombre armado, ceñidas la coraza y la espada, llevando asida á su brazo una mujer vestida de un blanco ropaje, cuyos largos pliegues se confundian con los plateados rayos de la luna... Visiones del aguardiente, niña, no pares mientes en ello. Ese muchacho ha dado en visitar la pulpería más de lo regular, y esas apariciones son hijas de la botella. ¡Bah! ¿cómo es que tu padre nunca vió tales musarañas, él que todas las noches vaga con la montonera en los bosques vecinos?

—¡Mi padre!—dijo la joven temblando.—¿Pues qué? ¿no pasa la noche en casa?

—¡Válgame Dios! ¿Si tendrá razón Avendaño en decir que nada debe confiarse á las viejas? Pues, ¿no estoy aquí charlando lo que él me ha mandado callar? ¡He ahí á su hija espantada y temblorosa! Tranquilízate, niña. ¿Qué tiene eso de extraño? ¿No es tu padre un federal? ¿Qué más da, si haciéndose el muerto durante el día, abre los ojos en la noche como los murciélagos? Tanto mejor para la buena causa. Sin la vigilancia de Avendaño, cuántos refuerzos habrían recibido ya los unitarios; en tanto que, gracias á él, ignoran que Quiroga se acerca á marchas forzadas y va á caerles como una tromba en medio de sus festines...

—¡Dios mío!—murmuró Vital—¡ten piedad de mi amor! Si callo, lo pierdo; si hablo, traiciono á mi padre...

—¿Qué dices, niña?

—Digo que ya es tarde y que comienza á caer el rocío.

—Que me hace á mí tanto mal. Vamos, chica, quiero ponerme en la cama. Mañana iremos á Santo Domingo para oir la misa de seis. Adiós... ¡Ah! no te dés por entendida con tu padre sobre lo que acabo de decirte, porque es brusco como un diablo, y con él no hay que chancear.

Vital se encerró en su cuarto; oró de rodillas entre una estatua de la Virgen colocada al lado de su lecho; y levantándose en seguida, después que hubo besado en el rostro á la divina Señora, cual si fuese una madre terrestre, fué á una ventana que daba al campo y tendió una mirada en torno.

La luna comenzaba á derramar sus rayos sobre la desierta campiña y las luciérnagas cruzaban como estrellas brillantes bajo la espesa fronda de los huertos.

En ese momento un hombre echaba pie á tierra entre un grupo de moreras, y anudó la brida de su caballo en un tronco. Quieto, moro — dijo acariciando el cuello del hermoso animal,—quieto y silencioso por tu vida. ¡Ah! ¡cuándo será el día en que la lleve en mis brazos estrechada contra el corazón, corriendo contigo en las deliciosas etapas de la Pampa!—Calló porque le pareció oir ruido entre el ramaje. Era un buho espantado que se llevó en el siniestro viento de su ala aquella exclamación de esperanza.

Jinete y caballo quedaron ocultos entre los árboles; mas los ojos que miran por amor saben penetrar las tinieblas.

—¡Ahí está!—exclamó Vital. Y volviéndose hacia la Virgen:—¡Madre!—exclamó—la hora de mi destino ha llegado; los acontecimientos se precipitan y me arrebatan para arrojarme en los brazos de mi amado. Es necesario que mañana sea suya y que lo siga. Pero entretanto, y por última vez, préstame tu sagrado velo, santo talismán que me ha guardado hasta hoy santificando mi amor.

Cubrióse con el blanco cendal de María, y acercándose á la ventana, quitó de la reja un barrote furtivamente limado y ajustado con cera, y pasando por el ancho vacío que dejaba, dejóse deslizar al lado opuesto y desapareció entre las sombras...

Eran las seis de la mañana y la alborada era bella. Una espléndida aurora de nácar y oro surcado de prismáticos rayos se alzaba al oriente, y el azul purísimo del cielo, el aliento embalsamado de la brisa, los cantos de las aves y el alegre tañido de las campanas, todo anunciaba dulces horas ese día, cuatro de noviembre, que iba á ser para Tucumán de lúgubre recuerdo.

Los clarines tocaban la diana; en los altos de las torres el esquilón llamaba á la misa del alba, y las puertas, abriéndose sucesivamente, daban paso á una multitud de bellas madrugadoras que, el rostro suavemente encendido por el calor del lecho, los ojos cargados aún de languidez voluptuosa del sueño, y los destrenzados cabellos medio ocultos entre la niebla fantástica de esos velos que las tucumanas saben llevar con tanta gracia, corrían á «Santo Domingo» para alcanzar la indulgencia concedida á la misa que á esa hora decía un capuchino, verdadera notabilidad monástica, llegado hacía poco de Roma con amplias concesiones del Pontífice, de quien era camarero honorario.

Oh vosotros, los que os detenéis para mirar á las mujeres en las puertas del templo, que después de orar á Dios en el santuario lo adoráis contemplando la belleza de su obra; no busquéis á las hermosas cuando cargándose de perifollos y de arreboles se desfiguran, cuando siguiendo la estravagante forma de la moda pierden la suya propia: buscadlas en las pri-

meras horas del día, y entonces, como la naturaleza, os revelarán los misterios de su hermosura.

La misa había principiado en medio del silencioso recogimiento que inspira la obscuridad en las vetustas naves de los templos; pero luego, de lo alto de la bóveda, la luz rosada que precede á los primeros rayos del sol comenzó á hacer palidecer los cirios que ardian en el altar, y las ojeadas de los jóvenes se derramaron en torno con esa inquieta curiosidad de los veinte años que se alimenta con frivolidades.

—¡Toma!—decía una al oído de su vecina—aquí estamos todas las bailarinas de anoche. Mucho te eché de menos: no tuve con quién bromear.

—¿Y el amor de tus amores?

—¿Ravelo? Estuvo una hora y se fué. ¡Qué! si es un corazón de piedra.

—¡Hum! no tanto como quieres persuadirmelo. Lo he encontrado ahora mismo y quizá venía por ti.

—¡El! ¡Oh! ¡cuánto diera porque dijeras verdad!

—¡Por tu vida! ¿quién es aquella joven que se ha levantado del lado de aquella vieja tan fea y que en este momento desaparece tras de esa columna?

—¿No la conoces? No es extraño. Es la hija de un federal y no asiste á nuestros bailes. ¿No has oido hablar de la belleza de Vital, la hija del montonero Avendaño? Es ella.

En efecto, al llegar la misa á la última epístola, Vital, dejando á su tia, fué á reunirse detrás de una columna á un hombre que la aguardaba. Era Horacio Ravelo.

—¡Vital!—la dijo éste, tomando su mano—tú á quien he escogido por compañera, ¿me amas?

—¡Más que á mi alma!—respondió la joven con enérgico acento. Y ambos se arrodillaron.

En ese momento el sacerdote se volvió hacia el pueblo invocando al Altísimo, y cayó sobre ellos su bendición.

—¡Eres mía!—exclamó el esposo, estrechando contra sus labios la mano de su amada

—¡Eres mío!—respondió ella, fijando en sus ojos una mirada de amor.

—¡Maldición!—balbuceó en ronco murmullo una voz sobre el sagrado libro del tabernáculo—¡es esa fatal belleza que mis ojos contemplaron á pesar mío; la imagen que ha derramado un fuego impuro en mis beatíficos sueños; la Eva tentadora que sin saberlo ha venido á colocarse entre mi alma y Dios!...

De súbito oyóse á lo lejos un rumor tumultuoso mezclado de lamentos, y á poco una inmensa multitud se precipitó en el templo gritando con terror:—¡Los federales! ¡los federales!

Vital se arrojó llorando en los brazos de su esposo, pero éste la rechazó: el amante había hecho lugar al soldado. Besó la frente de su esposa y murmuró á su oido:

—¡Hasta la noche!

—¡Ah!—dijo ella con dolor—¿dónde estaré yo á la noche?

—¡Aquí!—respondió él cruzando los brazos sobre su pecho—muerto ó vivo, ¡aquí!—Y empuñando la

espada, apartó la vista de su esposa y se arrojó fuera del templo.

En la llanura sembrada de bosques que se extiende entre Tucumán y el pueblo de Monteros, veíase ondular una línea color de púrpura surcada de relámpagos: eran las lanzas y las blusas rojas del ejército de Quiroga. El tigre de los Llanos, salvando enormes distancias con la rapidez del huracán, había alcanzado la presa que el destino iba á entregarle.

El ejército nacional formó sus huestes en el campo de la Ciudadela y esperó con denuedo al enemigo.

La historia ha consignado en sangrientas páginas esa funesta jornada que segó á la mitad de una generación, arrojando á la otra á los horrores del destierro. La culpable insubordinación de uno de los primeros jefes del ejército, que más tarde pagó con la vida las consecuencias de su culpable desobediencia, cambió la suerte de ese día convirtiendo la victoria en derrota. ¡General López, que el juicio de Dios te haya sido clemente, y ligera la tierra que cubrió tus mutilados despojos!

La batalla fué reñida y duró casi el día entero. La infantería pereció toda peleando á pie firme. La caballería huyo abandonando el campo de batalla; pero sus jefes y oficiales, echando pie á tierra y mezclados en las filas, pelearon hasta morir. Doscientos de ellos, la flor del ejército, cogidos moribundos sobre el campo de batalla, fueron arrastrados á la plaza principal de la ciudad para ser pasados por las armas. En el último momento, uno de ellos, alzando con trabajo su

mano desfallecida, llamó á uno de los sacerdotes venidos para auxiliarlos. Habló con él en voz baja y puso en su mano un objeto. En los ojos del monje brilló un relámpago; pero bajando su capucha extendió la mano sobre la cabeza del moribundo, y le dió la absolución.

Un instante después sonó una descarga, y todo quedó concluido. Los cadáveres, insepultos por orden del vencedor, debían quedar allí para escarmentar al pueblo. Y el Tigre, apoderado de la ciudad, tendió sobre ella su terrible garra.

Los desdichados que tenían á los suyos en el ejército vencido ignoraban su suerte, y encerradas en sus casas las madres, hermanas y esposas, pasaron la noche en los tormentos de la incertidumbre.

VII

En la quinta del Ceibal, encerrada en su blanca alcoba de virgen, postrada de rodillas, pálida y trémula, la hija de Avendaño pedía su esposo á la Madre de Dios, mientras su padre celebraba con los suyos en prolongado banquete el triunfo de su causa.

Devorando las angustias de su alma, sofocando sus sollozos para interrogar al silencio de la noche, esperaba que algún ruido exterior viniese á alumbrar su corazón con una luz de esperanza.

Sin embargo, los dolores de aquel eterno dia habían agotado sus fuerzas; su cuerpo comenzaba á desfallecer, y extrañas alucinaciones invadían su cerebro.

De repente sintió estremecerse todo su cuerpo. No podía dudar; alguien se acercaba. Hallábase en la obscuridad, pues para ocultar su vigilia había apagado la luz; pero vió distintamente una sombra que vino á interponerse entre la ventana y el débil resplandor de las estrellas.

De allí á poco sintió arrancar el barrote limado de la reja, y un hombre se introdujo en el cuarto.

—¡Horacio!—quiso ella gritar, alzándose con es-

fuerzo del sitio en que yacía para arrojarse al encuentro de su esposo; pero unos labios ardientes sellaron sus labios, dos fuertes brazos ciñeron su cuerpo en un impetuoso abrazo, y el silencio volvió á mezclarse á la obscuridad en la misteriosa alcoba...

La fresca brisa del alba, agitando los destrenzados cabellos sobre la frente de Vital, la despertó.

Hallábase sola: ningún indicio en torno suyo revelaba la presencia de Ravelo. De aquella ardiente noche no le quedaba sino un recuerdo helado y terrífico. ¿Había velado? ¿había soñado? ¡Extraño misterio!

Al llevar la mano á la frente, Vital dió un grito, y una inmensa alegría inundó su alma. Había encontrado en su dedo un anillo que ella dió á Ravelo en los primeros días de su amor. No había delirado, no había soñado: aquél, en cuyos brazos había dormido largas horas de dicha, no era un fantasma de la muerte era su esposo.

La vieja tía vino á arrancar á la joven al arrobamiento que la absorvía.

—¡Vital! ¡Vital!—entró gritando la buena señora —ven, hija mía, conmigo; tu padre te permite hacer una obra de caridad. ¿Sabes de qué se trata? De dar sepultura á los desdichados unitarios que ayer tarde fusilaron en la plaza. Quiroga consiente en que los entierren, á condición de que sean sus madres y sus esposas quienes los conduzcan á la tumba. ¡Alma de Peña! ¡Pobrecitos! Todo mi odio se ha convertido en piedad. Vamos, vamos, hija, á avudar al cumplimiento de este deber doloroso.

Vital suspiró pensando en los desventurados que iba á ver, y siguió á su tía dando gracias á Dios por haber salvado á su esposo.

La ciudad presentaba un espectáculo de desolación imposible de describir. Las calles estaban regadas de sangre, las casas abiertas y entregadas al pillaje. Largas hileras de mujeres enlutadas se dirigían exhalando lamentos á la plaza donde se hallaban los ensangrentados cadáveres de los suyos.

Vital y su compañera siguieron aquel lúgubre convoy.

Llegadas al sitio fatal donde se había hecho la horrible hecatombe, cada una de aquellas desgraciadas buscó entre aquellos sangrientos restos á aquél que la muerte le había robado.

De repente Vital exhaló un grito, y cayó sin sentido.

Entre los cadáveres de los doscientos oficiales fusilados la víspera había reconocido á su esposo...

VIII

Desde ese día, Vital se volvió un ser fantástico que se deslizaba entre los vivientes como un alma en pena. Nunca se detuvo en parte alguna: jamás el sueño vino á cerrar sus ojos; su labio enmudeció, y sólo cuando al caer la tarde veia su propia sombra dibujarse en largas siluetas sobre la seca hierba de los campos, interrumpía su perpetuo silencio exclamando con dulzura infinita: ¡Horacio!

Y los años transcurrieron sin cambiar en nada su extraña existencia. Los habitantes de los vecinos campos la encuentran todavía en las noches del estío, á la luz de la luna, bajo la fronda perfumada de los naranjos, vagar pálida pero serena tejiendo coronas de azahares que coloca en seguida sobre su cabellera negra aún, pues el tiempo, cuya huella es tan profunda, ha pasado sin tocar ni con la extremidad de su ala esa frente blanca y tersa, después de treinta años de demencia.

—¡Ah! ¡quién sabe si ese misterio que los hombres llaman con tanto terror «locura», no es muchas veces la visión anticipada de la eterna felicidad!

LA HIJA DEL MASHORQUERO

LEYENDA HISTÓRICA

I

Roque Alma-negra era el terror de Buenos Aires. Verdugo por excelencia entre una asociación de verdugos llamada Mas-horca y consagrado en cuerpo y alma al tremendo fundador de aquella terrible hermandad, contaba las horas por el número de sus crímenes, y su brazo, perpetuamente armado del puñal, jamás se bajaba sino para herir. Su huella era un reguero de sangre, y habia huido de él hacia tanto tiempo la piedad, que su corazón no conservaba de ésta ningún recuerdo, y los gemidos del huérfano, de la esposa y de la madre, lo encontraban tan insensible, como la fria hoja de acero que hundia en el pecho de sus víctimas. Cada semejanza con la humanidad habia desaparecido de la fisonomía de aquel hombre, y su lenguaje, expresión fiel del nombre que sus delitos le habian dado, era una mezcla de ferocidad y de blasfemia que hacia palidecer de espanto á todos aquellos que tenian la desgracia de acercársele.

Sin embargo, entre aquel horrible vocabulario de crueldades y de impiedad, como una flor nacida en el

cieno, había una palabra de bendición que Roque pronunciaba siempre.

— Clemencia — decía aquel hombre de sangre, cuando fatigado con los crímenes de la noche entraba á su casa al amanecer. Y á este nombre, que sonaba como un sarcasmo en los labios del asesino, una voz tan dulce y melodiosa que parecía venir de los celestes coros, respondía con ternura:—¡Padre!—y una figura de ángel, una joven de dieciséis años, con grandes ojos azules y ceñida de una aureola de rizos blondos salía al encuentro del mashorquero y lo abrazaba con dolorosa efusión. Era su hija.

Roque la amaba como el tigre ama á sus cachorros, con un amor feroz. Por ella hubiera llevado el hierro y el fuego á los extremos del mundo; por ella hubiera vertido su propia sangre; pero no le habría sacrificado ni una sola gota de su venganza, ni uno solo de sus instintos homicidas.

Clemencia vivía sola en el maldecido hogar del mashorquero. Su madre había muerto hacía mucho tiempo víctima de una dolencia desconocida.

Clemencia la vió languidecer y extinguirse lentamente en una larga agonía, sin que sus tiernos cuidados pudieran volverla á la vida, ni sus ruegos y lágrimas arrancar de su corazón el fatal secreto que la llevaba á la tumba. Pero cuando su madre murió, cuando la vió desaparecer bajo la negra cubierta del ataúd, y que espantada del inmenso vacío que se había hecho en torno suyo, fué á arrojarse en los brazos de su padre, los vió manchados en sangre y la luz de una

horrible revelación alumbró de repente el espíritu de Clemencia. Tendió una mirada al pasado, y trajo á la memoria escenas misteriosas entonces para ella, y que ahora se le presentaban claras, distintas, horribles. Recordó las maldiciones dirigidas á Roque el Mashorquero, que tantas veces habían herido sus oídos y que ella en su amor, en su veneración por su padre, estaba tan distante de pensar que caían sobre él. Ella, que hasta entonces había vivido en un mundo de amor y de piedad, hallóse un día de repente en otro de crímenes y de horror. La verdad toda entera se mostró á sus ojos, y comparando con su propio dolor el dolor que su madre había devorado en silencio, comprendió por qué había preferido á la vida la eternidad y al lecho conyugal la fría almohada del sepulcro. Pero en el dolor de Clemencia no se mezcló ningún sentimiento de amargura. El alma de aquella hermosa niña se parecía á su nombre: era toda dulzura y misericordia. Su fatal descubrimiento en nada disminuyó la ternura que profesaba á su padre. Al contrario, Clemencia lo amó más, porque lo amó con una compasión profunda; y viéndolo marchar solo con sus crímenes en un sendero regado con sangre, llevando el odio bajo sus pies y la venganza sobre su cabeza, lejos de envidiar el reposo eterno de su madre, Clemencia deseó vivir para acompañar al desdichado como un ángel guardián en aquella via de iniquidad, y si no le era posible apartarlo de ella, ofrecer al menos por él á Dios una vida de dolor y de expiación.

Clemencia rechazó con horror el lujo que la rodea-

ba, porque en él vió el precio del crimen, y olvidando que era joven, olvidando que era bella, y que en el mundo hay goces celestes para la juventud y la belleza, ocultó su esbelto talle, y sus deliciosas formas bajo una larga túnica blanca, cubrió los sedosos rizos de su espléndida cabellera con un tupido velo, acalló los latidos con que su corazón la pedía amor, y se consagró toda entera al alivio de los desgraciados. Sobreponiéndose al profundo horror de su alma, hojeó esas sangrientas listas en que su padre consignaba el nombre de sus víctimas, y guiada por estos fúnebres datos, corría á buscar para adoptarlos á los huérfanos y viudas que el puñal de aquél había dejado sin amparo en el mundo. Empleó para socorrerlos los talentos adquiridos en la esmerada educación que había recibido de su madre: dió lecciones de música y de pintura, y consagró sus horas á un constante trabajo. La pobre niña, llena la mente de lúgubres pensamientos y con el corazón destrozado de dolor, tocaba alegres polkas que sus discípulos danzaban alegres y felices; y en la pavorosa soledad de sus noches, ella, que había dicho un eterno adiós á todas las dichas de la vida, se ocupaba en bordar vaporosos ramilletes en el velo de una desposada ó en la transparente y coqueta falda de un vestido de baile, sin que le desanimaran las ideas dolorosas que esos accesorios de una felicidad á que ella no podía ya aspirar, despertaban en su alma: y con el precio de esos trabajos tan llenos de tristes emociones, corría á derramar el consuelo y la paz en el hogar de aquéllas á quienes había sacrificado el hacha de su

padre. Como una tierna madre acariciaba é instruía á los niños, velaba á los enfermos con la ardiente solicitud de una hermana de caridad y auxiliaba á los moribundos con una elocuencia llena de unción y piedad.

Enteramente olvidada de sí misma, Clemencia parecía vivir sólo en la vida de los otros. Y sin embargo el mundo la sonreía á lo lejos, le abría los brazos, y le mostraba sus goces. Frecuentemente en sus piadosas correrías, Clemencia oía tras de sí voces apasionadas que exclamaban:

¡Cuán bella es! ¡Dichoso, mil veces dichoso, aquel que merezca una mirada de esos ojos!

Pero aquellas palabras de galantería y amor en medio del sepulcral silencio de la ciudad desolada, escandalizaban los oidos de Clemencia como cantos profanos entre las tumbas de un cementerio, y ocultando el rostro entre los pliegues de su velo, se apartaba con el corazón oprimido de tristeza y disgusto.

II

Un día al anochecer, Clemencia vió entrar en su casa y dirigirse al cuarto de su padre algunos hombres de fisonomía patibularia, envueltos en largos ponchos bajo cuyos pliegues se veían brillar los mangos de sus puñales. Clemencia previó algo funesto en la presencia de aquellos hombres, y después de haber vacilado algunos instantes corrió á aplicar el oido á la cerradura de una puerta que se abria sobre la habitación de su padre.

Roque, de pie cerca de una mesa, tenía en la mano algunos papeles, y hablaba en voz alta á su auditorio.

—Sí, amigos mios—decia,—¡guerra á muerte á los unitarios! ¡guerra á muerte á esos malvados! ¿Vosotros creéis hacer mucho? Pues sabed que os engañáis. Leed sino la lista de nuestras ejecuciones de este mes y cotejadla con las delaciones que hemos recibido hoy solamente. Leed y veréis que aún queda una inmensa obra al cuchillo de la Mas-horca, cuando comparéis el número de los que han caido con el de aque-

llos que caerán... ¡que caerán sí, aunque se escondan bajo el manto de María!

—¡Reina del cielo!—murmuró Clemencia juntando las manos con angustia y volviéndose hacia la imagen de la Virgen, su única compañera en aquella morada solitaria.—Si esa blasfemia ha llegado al pie de vuestro divino trono, no la escuchéis ¡madre buena! desechadla con indulgencia y alumbrad con una sonrisa de compasión al desdichado que camina en las tinieblas

Al pronunciar estas últimas palabras, Clemencia volvió á oir la voz de su padre que leía:

—«A las nueve de esta noche, un hombre embozado se detendrá al pie del obelisco de la plaza de la Victoria, y dará tres silbidos. Ese hombre es Manuel de Puirredón, el incorregible conspirador unitario, amigo de Lavalle y emigrado en Montevideo. La señal es dirigida á la hija de un federal que unida á él secretamente y convertida en su auxiliar más poderoso, le entrega los secretos de su padre é instruido por esa señal del regreso del conspirador, irá á reunírsele para segundar sin duda el infame plan que le trae á Buenos Aires.»

—¿Lo oís, camaradas? ¡Y aun están nuestros puñales en el cinto!—exclamó Roque con una ira feroz.

—¡Muera Manuel de Puirredón!—gritaron los asesinos desenvainando sus largos puñales.

Clemencia dirigió una mirada por la cerradura á la péndula que estaba enfrente de su padre, y se estremeció.

La aguja marcaba las ocho y cincuenta y cinco.

—¡Cinco minutos para salvar la vida á un hombre! ¡Cinco minutos para preservar á mi padre de un crimen más! ¡Oh! Dios mio, alarga este corto espacio, y presta alas á mis pies.

Y envolviéndose en su largo velo blanco, salió de su casa corriendo, no sin volver muchas veces, la cabeza por temor de que los asesinos se le adelantaran, inutilizando el deseo de salvar al desgraciado que sin saberlo se encaminaba á la muerte.

Al llegar al ángulo que forma la calle de la Victoria con la del Colegio, Clemencia divisó un bulto negro que cortando diagonalmente la plaza se dirigía al obelisco.

—¡Es él!—murmuró con voz temblorosa, y corriendo en pos suya alcanzóle en el momento que tocaba ya la verja de hierro.

Muchos paseantes vagaban en aquel sitio halagados por la brisa de la noche, é impedían á Clemencia hablar con el desconocido.

Entonces ella se volvió hacia atrás; pasó cerca de él y tocóle ligeramente la espalda haciéndole una imperceptible seña de seguirle.

El embozado se volvió con impetuosidad y acercándose á Clemencia.—¡Emilia! ¡Emilia mía!—exclamó ciñendo apaciblemente el cuerpo de la joven con uno de sus brazos, sin que ella pudiera impedirlo por temor de llamar sobre ellos la atención.

Obligada así á callar, Clemencia, al través de su velo contempló al desconocido, cuyo rostro estaba ilu-

minado en aquel momento por los rayos de la luna. Era un hombre joven y bello como jamás Clemencia había visto otro ni aún en sus poéticos ensueños de dieciséis años. Era alto y esbelto. En todos sus movimientos revelábase esa elegancia fácil, casi descuidada, que sólo dan el uso del mundo y un nacimiento distinguido. La mirada á la vez profunda y lánguida de sus hermosos ojos, tenía un poder irresistible de atracción que aliándose á la mágica armonía de su voz, hacía de aquel hombre uno de esos seres que una vez vistos no pueden olvidarse jamás, y que dejan en nuestra vida una huella imborrable de felicidad ó de dolor.

Y el desconocido, bajo el poder de su engaño, repetía al oído de Clemencia:

—Emilia, héme aquí, amada mía, no como un conspirador, á envolverte de nuevo en la ruina de mis quiméricas esperanzas, sino como esposo apasionado á arrebatarte de los brazos de tu padre, y llevarte en los míos, lejos, muy lejos, al fondo de los desiertos, á algún paraje desconocido que tu amor convertirá para mí en un delicioso Edén. Ven, Emilia mía, abandonemos esta patria fatal. Dios la ha maldecido y nuestros esfuerzos y sacrificios para salvarla son vanos...

—¡Oh!—continuó el proscrito con voz ahogada y estrechando aún más á Clemencia contra su pecho,—lo ves, Emilia: esta idea despedaza mi corazón... pero aquí estás tú para calmar sus dolores y llenarlo de alegría...

¿Y nuestro hijo? ¡Qué bello será! ¡Cuánto habrás

sufrido al separarte de él en la cruel necesidad de ocultar su existencia!...

En aquel momento llegaban á un paraje solitario de la plaza. Clemencia tendió una mirada en torno suyo y separándose precipitadamente de los brazos del deseonocido, alzó el velo para hacerle conocer su error.

—¡Cielos!—exclamó él,—¡no es Emilia!

—No, señor; pero si vos os llamáis Manuel de Puirredón, huid de este sitio funesto donde cada segundo es para vos un paso hacia la muerte... ¿No lo veis?—continuó ella con terror, señalando un grupo negro al otro extremo de la plaza.—Son ellos, son los puñales sangrientos de la Mas-horca que os acechan... Huid en nombre del cielo, por vuestra esposa, por vuestro hijo... Id con ellos lejos de este antro de fieras á realizar ese hermoso sueño da dicha que alhaga vuestra mente... Huid, huid—repitió,—señalando al proscrito una calle sombria y alejándose ella por otra.

III

Al entrar en su casa Clemencia, fué á postrarse á los pies de la Virgen, y ocultando su rostro bajo el velo de la sagrada imagen, lloró largo tiempo, murmurando entre sollozos palabras misteriosas: quizá algún dulce y doloroso secreto que ella había querido ocultarse á sí misma, y que sólo osaba confiar á aquella que guarda la llave del corazón de las vírgenes.

Desde ese día el hechicero y melancólico rostro de Clemencia, palideció más todavía, revistiéndose de una tristeza profunda. ¡Quién sabe que halagüeña visión cruzó por su mente con las palabras apasionadas de ese hombre! ¡Quién sabe que sentimiento hizo nacer su vista en aquel corazón joven y solitario!

Algunas veces con la mirada perdida en el vacío, sonreía dulcemente; pero luego, como asaltada por un amargo recuerdo, movía la cabeza en ademán de dolorosa resignación murmurando en voz baja:

Hija de la desgracia, heredera del castigo celeste, víctima expiatoria, piensa en tu voto; acuérdate que tu reino no es de este mundo.

Y sumida de nuevo en su mortal tristeza, consagrábase con mayor ardor á la misión de piedad que se había impuesto.

—Clemencia—dijo á su hija un día el mashorquero, —¿por qué te hallo cada vez más triste y meditabunda? ¿quién se atreve á causarte pesadumbre? Nómbralo, por vida mía, y muy luego podrás añadir: ¡Desdichado de él!

—¡Nadie! ¡padre... nadie!—respondió ésta estremeciéndose, y levantó instintivamente la mano al corazón, como si hubiese temido que su padre leyera allí algún secreto.

—No..... tú me engañas..... Hace tiempo que advierto lágrimas hasta en tu voz cuando vienes á abrazarme.

—Padre...—replicó la joven interrumpiéndolo y fijando en los sangrientos ojos del asesino los suyos azules y piadosos,—¿no lo adivinas? Cuando después de una noche de vigilia y ansiedad te veo llegar en fin y salgo á abrazarte, pienso con profundo dolor que los hijos de esos desdichados que diariamente siega el hacha de tu bando, no podrían gozar ya de esa felicidad que Dios me concede á mí todavía. ¡Oh padre! ¿no es este un gran motivo de tristeza y de lágrimas? ¿En medio de esas sangrientas escenas no has llevado alguna vez la mano al corazón, y te has preguntado qué harías tú mismo si vieras una mano armada del puñal bajarse sobre tu hija y degollarla...?

—¡Calla...! ¡calla, Clemencia...!—gritó el bandido, —¿qué haría? El infierno mismo no tiene una rabia se-

mejante á la que entonces movería el brazo de Roque para vengarte... ¡Pero tú estás loca, niña! ¿No sabes que los salvajes unitarios no tienen corazón como nosotros, que amamos y aborrecemos con igual violencia...?

—¡Padre, tú sabes que eso no es cierto! ¿qué dicen pues los gritos desgarradores de esas madres, los gemidos de esas esposas y el triste llanto de esos huérfanos que á todas horas oigo elevarse al cielo contra nosotros? ¿No te dicen que las fibras rotas por tu puñal en el fondo de sus almas son tan sensibles como las nuestras?

—¡Calla—repitió, – calla,—Clemencia! Tienes una voz tan insinuante y persuasiva que me lo harias creer; y entonces ¿qué pensaría el general Rosas de su servidor? ¡Cómo se burlaría Salomón y Cuitiño de su compañero! No... ¡Vete! no quiero escucharte, hoy sobre todo que Manuel Puirredón, ese bandido unitario á quien he jurado degollar, vaga entre nosotros invisiblemente y como protegido por un poder sobrenatural... ¡Oh! pero en vano me inquieto... ¡qué locura! Este corazón está lleno de odio, y ya no cabría en él la piedad... Escucha sino esta historia...

Hace algunos meses entré á oir misa en la iglesia del Socorro.

—¡Padre! ¡Osasteis entrar en el templo de Dios con las manos manchadas!

—¿De sangre? Sí, por cierto ¿por qué no, si es sangre de unitarios, esos enemigos de Dios?

Entré, como decía, en la iglesia del Socorro. Ape-

nas había comenzado la misa un hombre á cuyo lado me había arrodillado volvióse de repente y habiéndome contemplado un segundo como para reconocerme paseó sobre mí una mirada de desprecio y apartándose con insolente repugnancia, fué á colocarse muy lejos de aquel sitio. Aquella acción me denunció un unitario. El miserable había reconocido á Roque, pero ignoraba lo que era la venganza de Roque.

Mis ojos no se apartaron de él durante la misa y al salir de la iglesia vile entrar al frente de una casa pequeña, casi arruinada.

En la noche de ese dia, mientras aquel hombre olvidado del agravio que me había hecho y con dos niños en los brazos estaba tranquilamente al lado de su mujer, ocupada en bordar el ajuar para el tercero que iba á nacer, yo guié á su casa, la Mas-horca; y entre los brazos de su esposa y de sus hijos hundí mil veces mi puñal en su corazón salpicando los pañales del que aún no había visto la luz.

—¡Clemencia! ¡Clemencia! ¿qué tienes?

El asesinó alargó el brazo para sostener á su hija, que vacilante y trémula lo rechazó con mal disimulado horror.

—Por algún tiempo—continuó él,—creí que sería «eso» que llaman remordimiento el recuerdo imborrable que aquella escena de sangre, de gritos y de lágrimas dejó en mi imaginación; pero ¡ah! era sólo el contento de una venganza satisfecha. El día en que Roque conociera la compasión ó el remordimiento, la hoja de esta arma se empañaría y... mira como resplande-

ce...—dijo el bandido, haciendo brillar su ancho puñal á los ojos de su hija.

Y ocultándolo en seguida entre la faja de su chiripá se alejó, sin duda para volver á su horrible tarea.

Clemencia se sintió anonadada bajo el peso de las espantosas palabras que había escuchado. Débil, quebrantada, exánime fué á caer á los pies de su divina protectora elevando hacia ella las manos en angustiosa plegaria.

A medida que oraba, la esperanza y la fe descendían á su corazón; y cuando se levantó, su frente volvió á iluminarse con la serenidad de la resignación.

—Nunca es tarde para tu infinita misericordia, Dios mío—dijo ella alzando al cielo su mirada.—La hora del arrepentimiento no ha llegado todavía; pero ella sonará.

En seguida visitó el tesoro que guardaba para los desgraciados; tomó consigo una cesta de provisiones y un bolsillo de oro; y á favor de las sombras de la noche, fué á buscar aquella casa de que habia hablado su padre.

Reconocióla en la huella del hacha de los bandidos que rompiendo el postigo la habían dejado abierta; Clemencia iba á pasar el umbral de una habitación desnuda y miserable, cuando oyendo una voz que hablaba dentro se detuvo y contempló el cuadro que se ofrecía á su vista.

En un rincón del cuarto, sobre un lecho pobre y desabrigado, yacía una mujer joven, pero pálida y enflaquecida, con un recién nacido entre sus brazos.

Más lejos un niño de seis años y otro de cuatro estaban sentados bajo las mantas de una camita suspendida en forma de cuna por cuatro cuerdas reunidas y pendientes de una viga del techo.

La luz opaca de una vela que ardía en el suelo daba á aquella morada un aspecto lúgubre que, unido al recuerdo de la espantosa escena ocurrida allí despedazó de dolor el alma de Clemencia.

—Mamá—decia con voz lamentable el menor de los dos niños,—tengo hambre. ¿Qué has hecho del pan que comimos ayer?

La madre exhaló un profundo gemido al mismo tiempo que el otro niño respondió con acento grave y resignado:

Lo comimos, Enrique, lo comimos y mamá no tiene dinero para comprar otro, porque está enferma y no puede trabajar. No la atormentes; y durmamos como el pobre angelito que ayer cayó del cielo entre nosotros.

—¡Ay! ¡él tiene el pecho de mi mamá y yo tengo hambre..... tengo hambre!—replicaba Enrique llorando.

—¡Dios mío!—exclamó la madre entre sollozos,—si en la sabiduría de tus designios quisiste que el hacha homicida abatiera el árbol más robusto, yo adoro tu voluntad y me resigno; pero ten piedad de estas tiernas flores que comienzan á abrirse á los rayos de tu sol. ¡Señor! tú que alimentas las avecillas del aire, los gusanos de la tierra y que oyes llorar de hambre á

mis hijos ¿no enviarás en su socorro uno de los millares de ángeles que habitan tu cielo...?

¡Ah! helo ahí—murmuró viendo á Clemencia que arrodillada ante la cama de los niños les presentaba las provisiones que había traido.

La madre juntó las manos y contempló con religiosa admiración á aquella bellísima joven, cuyo blanco velo plegado como una aureola en torno de su frente parecía iluminar las tinieblas que la rodeaban, y que inclinada sobre sus hijos como el genio de la misericordia los cubría con una mirada de ternura y de dolor. La pobre mujer creíala un ángel descendido á su ruego; é inmóvil, temía que un ademán, que un soplo, desvanecieran la divina visión, restituyéndola á la horrible realidad. Y cuando Clemencia se acercó á su lecho, la sencilla hija del pueblo alargó ansiosamente la mano para tocar las suyas y convencerse de que no era una aparición sobre-humana.

—¡Oh! tú, que has venido á derramar el consuelo en esta morada de dolor—exclamó abrazando las rodillas de la joven,—¿quién eres, criatura angelical?

—Soy un ser desventurado como vosotros y vengo á buscar á mis compañeros de dolor. Vengo á deciros: Madre cristiana, confiad en aquél que enjuga toda lágrima y acalla todo gemido. El vela sobre todo de lo alto de su cielo y puede hacer de la más débil criatura un instrumento de su misericordia. ¿Habéis quedado sola y desamparada? Yo estaré cerca de vos y seréis mi hermana querida. ¿Vuestros hijos necesitan de un

protector? Yo lo seré. ¿Os halláis falta de todo? He aquí oro para que lo procuréis.

—¡Ah! ¡sois una santa!...—dijo la viuda, inclinándose devotamente,—bendecid á mi hijo y dadle un nombre; porque todavía no está bautizado.

Y puso al recién nacido en los brazos de Clemencia.

—Llamadle «Manuel» - dijo ella en voz baja, y al pronunciar este nombre la pálida frente de la virgen se ruborizó, y sus ojos brillaron con extraño fulgor.

—Manuel—continuó, besando al niño con timidez, —yo seré para ti una nodriza solicita y apasionada. Tu madre no tendrá celos, pues para ella serán todas tus caricias; para mí sólo la dicha de poder decir cada día.—Manuel ¡yo te amo!

—¡Ay de mí!—exclamó la pobre madre, cubriendo sus ojos con la mano de Clemencia, y sollozando profundamente,—bien pronto lo seréis todo para él. Mi esposo me llama desde la eternidad. El puñal del asesino no ha podido romper el lazo que unía nuestras almas, y la mía se va, aunque á pesar suyo, y gimiendo amargamente por estas otras almas que se quedan penando en la tierra. Y la infeliz señalaba á los niños con ademán desesperado.

Clemencia la escuchaba con terror. La hija del asesino pensó estremecida de espanto en los crímenes de su padre, cuya imagen nunca se le había presentado tan horrible. Pero sobreponiéndose á las lúgubres ideas que la abrumaban, llamó á la madre al cumplimiento de su deber en la tierra, y á la cristiana á la resignación en la voluntad del cielo.

—Madre mía—dijo el mayor de los niños cuando quedaron solos,—¿cuál de los ángeles del señor es éste que ha venido á visitarnos? ¡Qué hermosos son sus largos cabellos rizados como los de Nuestra Señora del Socorro!

—Y sus ojos, mamá—replicó el más pequeño,—sus ojos azules como el cielo y sus pestañas ¿no es cierto que se parecen á los rayos de esa estrella que nos está mirando por la ventana?

—Sí, hijos míos—dijo la viuda sonriendo tristemente á sus niños,—es un bello ángel que Dios tiene en la tierra para consolar á los infelices.

—¡Ah! es un ángel de la tierra; por eso está tan triste. Yo la he visto llorar mientras arreglaba nuestra cama.

—¿Cuál es el nombre de ese ángel, madre mía?

—Cualquiera que sea, bendigámoslo, hijos míos, y pidamos á Dios que enjugue sus lágrimas como ha enjugado las nuestras—dijo la viuda, haciendo arrodillar á los niños para la oración de la noche.

V

Clemencia entre tanto se alejaba con lentos y vacilantes pasos. La expresión de su semblante revelaba un profundo desconsuelo. Pensaba en la omnipotencia del mal y en la omnipotencia del bien. Un solo golpe de puñal había bastado á su padre para abrir el insondable abismo de infortunio que acababa de contemplar y ella con toda una vida de sacrificios y abnegación, ¿qué había alcanzado? Aliviar el hambre y la desnudez; curar dolores materiales: para los del alma nada había hallado sino lágrimas. Y á esta idea Clemencia se sintió abrumada por un inmenso desaliento. Pero como siempre cuando temía que su fe vacilara, la virgen elevó su pensamiento á Dios, pidiéndole algún grande sacrificio que la revelase el secreto de hacer descender la felicidad donde reinaba el dolor.

Un nombre pronunciado muchas veces con acento feroz, despertó bruscamente á Clemencia de su triste meditación. Miró en torno suyo, y se encontró entre un grupo de hombres cuyo aspecto siniestro llamó su atención. Embozábanse en largos «ponchos»; y arma-

dos todos de puñales guardaban cuidadosamente una puerta. La hija del mashorquero los reconoció. Aquellos hombres eran los compañeros de su padre; aquella casa era la «Intendencia», el sitio consagrado á las ejecuciones secretas, el «in pace» donde los unitarios entraban para no salir jamás, y en cuyas bóvedas el dedo del terror habia grabado para ellos la lúgubre inscripción del Dante.

Mientras Clemencia trémula y palpitante de ansiedad procuraba oculta detrás de una columna escuchar lo que hablaban aquellos hombres, un jinete montado en un caballo negro, y cuya espada de largos tiros chocaba ruidosamente contra el encuentro de la lanza que empuñaba, detuvo con una sofrenada y una maldición la fogosa carrera de su corcel; y acercándose el grupo que custodiaba la puerta:

—Teniente Corbalán—gritó con voz ronca y breve —toma veinte hombres y ronda el Bajo, mientras yo hago una batida en Barracas. ¡Por las garras del diablo! Consiento en dejar de ser quien soy si el sol de mañana no encuentra la cabeza de Manuel Puirredón clavada en esta lanza.

Y hundiendo las espuelas en los flancos de su caballo, se alejó como un sombrío torbellino.

Clemencia pálida y helada de espanto cayó sobro sus rodillas. El hombre que acababa de hacer ese horrible juramento era su padre.

—Corbalán—dijo uno de aquellos bandidos,—lléva-

me contigo... Quiero matar hombres y no guardar mujeres.

—Si Alma-negra te hubiera entregado la que está en el calabozo de las Tres Cruces, no te habría pesado guardarla para ti—dijo riendo atrozmente otro de ellos.

—¡Ah, viejo tigre! sorprender á la hermosa que esperaba á su galán, atarla como un cordero al arzón de la silla, traerla bajo el poncho á la Intendencia, encerrarla en el calabozo de las Tres Cruces donde hay más de cincuenta sepulturas... ¿qué pensará hacer de ella?

—¡Poca cosa! Matarla en lugar de su marido, y matarla con él si logro atraparlo.

Clemencia no escuchó más. Alzóse fuerte y resuelta; acercóse con entereza al jefe de los bandidos, y dando á sus ojos la negra mirada de su padre, levantó el velo y le dijo con voz imperiosa.

—Teniente Corbalán ¿me conocéis?

—¡La hija del comandante!—exclamó el mashorquero descubriéndose.

Los bandidos se apartaron respetuosamente, y la joven sin dignarse añadir una palabra, pasó el umbral y se internó en las sombras del fatídico edificio.

En la obscuridad del lóbrego portal que daba entrada al patio de los calabozos, Clemencia divisó un hombre de pie, inmóvil y apoyado en una alabarda. Vestía el uniforme de gendarme y ella le creyó un centinela; pero al acercarse á él se estremeció.

La joven no tuvo para reconocerlo necesidad de ver

su rostro que cubría la ancha manga de una gorra de cuartel.

—¡Desventurado!—murmuró Clemencia al oído de aquel hombre y estrechando su brazo con terror.—¿Qué hacéis aquí? ¿No habéis oído?

—Sí—respondió él cerrándola el paso.—Soy aquel que los asesinos buscan con tan feroz afán. Sus puñales están sobre mi cabeza, pero yo he venido á salvar á mi amada ó perecer con ella. Mirad—continuó, hiriendo con el pie un objeto sin forma que yacía en tierra,—he matado un centinela, y armado con sus despojos velo aquí para tender á mis pies al primero que atraviese el dintel de esa puerta.

—¡Manuel Puirredón!—dijo Clemencia descubriendo su bello rostro y posando en los ojos del proscrito una mirada inefable,—¿os acordáis?

—¡Ella...—exclamó el unitario,—¡el ángel que me salvó!...

—¿Tenéis confianza en mí? Me abandonaréis el cuidado de salvar á aquélla que buscáis?

—¡Ah!—respondió él con un transporte que Clemencia reprimió asustada,—por esas solas palabras, hermosa criatura, heme aquí á vuestros pies. Pedid mi sangre... mi alma... todo os lo daré.

—Alejaos, pues, de este funesto lugar; trasponed esa puerta fatal, y esperad á vuestra amada donde ella os esperaba poco há.

—¡No! Todo... menos alejarme un paso de aquí.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡quiere perderse!... Pues bien... juradme al menos permanecer inmóvil bajo vuestro

disfraz, y no atacar á nadie cualquiera que sea que pase por este sitio.

—¡Duro es hacer esa promesa!... pero, pues lo queréis, ¡sea!

—¡Gracias! ¡gracias!...—exclamó ella estrechando la mano del proscrito, en la que éste sintió caer una lágrima.—Sed feliz, Manuel Puirredón... ¡Adiós!

Y la joven bajando el velo se perdió entre las sombras.

El unitario oyó á lo lejos un ruido áspero de cerrojos y dijo:

—Es la puerta de su calabozo... ¡Emilia! ¡Emilia mía!

Y con la mirada y el oído atento, interrogaba angustiosamente á la noche y al silencio. Y así pasaron con la lentitud de los siglos dos, cinco, diez minutos; y Puirredón, en su mortal inquietud, estaba ya próximo á quebrantar el juramento y á correr tras aquélla que se lo había impuesto.

Al fin allá á lo lejos el blanco velo de Clemencia apareció de repente entre las tinieblas de un lóbrego pasadizo. Puirredón la vió venir sola y olvidando su promesa, olvidando su peligro, olvidándolo todo, arrojó una exclamación de dolor y corrió á su encuentro. Pero al llegar á ella dos brazos cariñosos rodearon su cuello, y unos labios de fuego ahogaron en los suyos un grito de gozo.

—¡Silencio, amado mío!—dijo una voz querida al oído del proscrito.—Un milagro me ha salvado. La virgen del Socorro ha descendido á mi calabozo para

librarme. Sí. Yo la he reconocido en su celeste belleza y en la melancólica sonrisa de su labio divino. Este es su sagrado velo... él nos protegerá... Huyamos.

Y la mujer encubierta arrastró tras de sí al proscrito.

Cuando los fugitivos llegaban á la puerta vieron avanzar un jinete que haciendo dar botes á su caballo entró en el portal, y arrojándose en tierra desenvainó su puñal y en un silencio feroz se encaminó al patio de los calabozos.

A su vista Puirredón sintió estremecerse entre las suyas la mano de su compañera, y la oyó murmurar bajo su velo con acento de terror!

—¡Alma-negra!

Mas luego traspusieron ambos el umbral maldito, y respiraron el aura embalsamada de la libertad.

Entre tanto Alma-negra atravesó el patio y llegundo al calabozo de las Tres-Cruces descorrió los pesados cerrojos y buscó á tientas entre las tinieblas.

Un rayo perdido de la luna menguante deslizándose por la estrecha claraboya de la bóveda, formaba una mancha lívida en el húmedo pavimento, haciendo más densas las tinieblas de aqnella espantosa mazmorra. Sin embargo, el ojo ávido del bandido descubrió una forma blanca.

Fuése hacia ella, extendió su mano sangrienta, y palpando el cuello de una mujer, hundió en él su puñal, gritando con rabia:

—Delatora de nuestros secretos, cómplice de los infames unitarios, muere en lugar del conspirador que

amas, pero sabe antes que ni tus huesos se juntarán con los suyos porque tu sepulcro será el fondo de este calabozo.

Y hablando así, arrojó una espantosa carcajada.

Al sentirse herida de muerte la desventurada llevó las manos á su cuello dividido, y conteniendo la sangre que se escapaba á torrentes de la herida:

—¡Dios mío!—murmuró,—¡mi sacrificio está consumado! cumplida está la misión que me impuse en este mundo: haced ahora, Señor, que mi sangre lave esa otra sangre que clama á vos desde la tierra.

Al acento de aquella voz Alma-negra sintió romperse su corazón, y los cabellos se erizaron sobre su cabeza. Alzóse rápido y levantando á su víctima corrió á la claraboya y miró al rayo de la luna su rostro ensangrentado.

—¡Clemencia!—gritó el asesino con un horrible alarido.

—¡Padre!... ¡pobre padre!... eleva al cielo tus miradas, y búscala allí—balbuceó la dulce voz de la joven al exhalar el último aliento.

El bandido cayó desplomado en tierra, arrastrando entre sus brazos el cadáver de su hija degollada...

Pero la sangre de la virgen halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redención, hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo regeneró.

UNA APUESTA

I

¿Quién no ha oído hablar del genio burlón y aventurero de la hermosa Eleonora de Olivar, duquesa de Alba? Emanación brillante del sol andaluz, la hechicera sevillana entró un día como un ardiente torbellino en la austera corte de Carlos III despertando los graves ecos de su alcázar con las risas de su inagotable alegría.

Los cronistas de la época se extienden con delicia en la relación de las graciosas locuras de aquella amable aturdida que por tanto tiempo tuvo en continua agitación, en perpetua zozobra, la corte y la ciudad; porque fastidiada algunas veces de sus travesuras aristocráticas, descendía con frecuencia del mundo brillante que habitaba para buscar otras más picantes en la plebeya atmósfera de las callejuelas.

En nuestros días Eleonora habría sido horriblemente calumniada; pero en aquellos benditos tiempos se tenía más confianza en una mujer honrada, y el duque de Alba y á ejemplo suyo toda la corte, veneraban profundamente la virtud de la duquesa. ¡Honor á la fe de nuestros mayores!

Pero si Eleonora era burlona no era maligna como lo son generalmente aquellos que tienen ese odioso carácter, Ni con sus chistes, ni con sus locuras jamás hirió el amor propio, ni la sensibilidad de nadie, Al contrario, si ella gustaba de reir era más bien para alegrar á las otras y sus travesuras eran tan benévolas y lisonjeras que cautivaban para siempre el corazón de aquel que era su objeto. Así el estudiante á quien en tan ligero equipo hizo bailar aquella célebre zarabanda la debió su fortuna y el capitán de guardias la restitución del regio amor que le había robado.

—Duque, ¿te parezco bien así?—dijo un día Eleonora presentándose á su marido, vestida de peregrina.

—¡Encantadora!—respondió el duque contemplándola admirado.—¡Oh! Jamás la túnica de la viajera cubrió un cuerpo tan gentil.

—¡Gracias, mi bello caballero!—respondió la irresistible andaluza, rozando con su delicada mejilla la negra barba del castellano.—Pero no es para oir tus amables galanterías que me presento á ti vestida de esta manera... Mi objeto es alcanzar una piadosa concesión.

—Pide lo que quieras, hermosa mía, con tal que me permitas besar esos piececitos calzados con sandalias.

—Están á tu disposición, duque, si quieres dejar á la mía un mes de mi existencia.

—¿Y qué harás de ese mes? Supongo que no querrás robármelo.

—Iré sola y á pie en peregrinación á Santiago de Compostela.

—Sola... ¡y á pie!... ¡á Santiago!...

—Sí, señor.

—¿Eleonora, piensas en lo que dices?

—Con toda la seriedad de que soy capaz, duque.

—¿Has olvidado la adorable revelación que anoche me hiciste?

—Te dije que tenías ya un heredero.

—¿Y no sería destruir esa esperanza el ceder á la locura que imaginas?

—Precisamente para que esa esperanza se realice debes consentir en mi peregrinación.

—¿Cómo?

—Es un antojo. Ya sabes que, si no lo cumpliese, moriría nuestro hijo.

—¿Y crees tú que viviera si yo fuese bastante insensato para exponerle á las fatigas y accidentes de ese largo y penoso viaje?

—Sin embargo será necesario que me dés permiso... ¡Es un antojo!

—¡Qué delirio! ¿Cómo puedes, querida mía, persistir en esa extravagancia? Sin contar con el estado en que te hallas, tu posición y tu empleo en la corte te retienen cerca de la reina. ¿Qué diría Su Majestad si le hablaras de tan extraña idea?

—Tengo ya su permiso para pasar un mes en nuestros estados.

—¿Y la princesa de Asturias?

—La princesa de Asturias está envidiosa de mí y me aborrece lo bastante para alegrarse de mi ausencia, aunque yo fuera hasta la Meca

—Eres demasiado hermosa para justificar la envidia de la princesa. Donde tú apareces, toda belleza se eclipsa.

—¡Vamos, señor de Alba! No piense Vuestra Excelencia adormecerme con sus lisonjas... ¡El permiso, señor, el permiso!

—Imposible, hermosa mía; tan imposible como que «ría el conde de Girón»—dijo el duque creyendo cortar la cuestión.

—¿Quién es el conde de Girón y por qué no ha reir? Cuéntame eso, duque — dijo volublemente Eleonora echando uno de sus brazos al cuello de su marido y dejando sobre sus rodillas el sombrero adornado de conchas.

—El conde de Girón, amada mía, es un señor del antiguo régimen tan apegado á las costumbres de su tiempo, que no pudiendo sufrir las innovaciones que el progreso ha traído á los nuestros, abandonó la corte y el empleo que en ella tenía, retirándose á uno de sus castillos cerca de Aranjuez donde vive como en el tiempo del rey Rodrigo y cercado de escuderos, pajes y dueñas tan anticuados como pide el gusto de su señor, cuya gravedad por otra parte incontrastable ha pasado á proverbio y es fama que nunca quiso casarse por no tener que sonreir á su novia siquiera el día de la boda. Así, cuando se quiere calificar algo de imposible en grado superlativo se le compara con la risa del conde de Girón.

—Muy bien. Y si el conde de Girón riera, ¿qué dirías, duque?

—Dijera que el buen apóstol Santiago, enamorado de tu hermosura, hacia un milagro para lograr la dicha de verte.

—¡Oh! duque, por esta vez caí en el lazo de tu lisonja. Acepto la hipótesis. Besa mis sandalias y haz mañana una visita al conde de Girón.

—¿Es una apuesta, Eleonora?

—Si, duque... Es una apuesta.

II

En la tarde del siguiente día, el duque de Alba, de vuelta de la caza pidió hospitalidad en el castillo de Girón y fué recibido con todas las ceremonias de la antigua usanza.

El cuerno del vigía tocó la fanfara que anunciaba la visita de un gran señor; el puente levadizo se bajó con estrépito; los escuderos acudieron al estribo; los pajes de rodillas descalzaron las espuelas del duque; las dueñas envueltas en sus blancas y reverendas tocas le presentaron el aguamanil de oro y el pebetero de zahumerio y más allá, en fin, de pie en la puerta del salón de honor, el viejo castellano recibió al duque con toda la rigidez de la etiqueta que Felipe V heredó de su bisabuelo; con todos esos requisitos del paso y del asiento que hicieron al duque sonreir más de una vez pensando en su mujer, porque el grave personaje hacía todas aquellas evoluciones de la antigua ordenanza palaciega con una seriedad imperturbable que prometía al de Alba un triunfo seguro en su apuesta.

El cuerno del vigía se dejó oir de nuevo y un mo-

mento después, el portero de estrados anunció al conde que un joven con trazas de estudiante en vacaciones se había presentado á las puertas del castillo, pidiendo ser introducido cerca del señor á quien tenía que comunicar un asunto importante á la casa de Girón.

—¡A la casa de Girón!—observó gravemente el conde.—Yo soy el único representante de esa casa y tengo obligación de escucharlo. Hacedle entrar.

El portero de estrados transmitió la orden y un momento después, abriéndose la puerta de las entradas ordinarias, apareció en el umbral iluminado por los últimos rayos del sol, un muchacho cubierto con una opalanda desgarrada en todos sentidos, pero que el picarillo llevaba tan gallardamente como el conde su capa de grana. Cubrían la mitad de su rostro las anchas y agujereadas alas de un gran sombrero que se quitó al entrar, mostrando unas facciones llenas de malicia y dos hermosos y ardientes ojos negros que guiñaron solapadamente al duque de Alba, aturdido ante aquella aparición.

—Señor conde—dijo con desenfado el estudiantillo avanzando hacia el castellano,—tengo el honor de presentaros en mi humilde persona á uno de vuestros más próximos parientes.

—¡Tú!—exclamó el conde arqueando las cejas y alargando desdeñosamente el labio.—¿Qué es lo que dices?

—Vuestro más próximo pariente—repitió el diablillo.—¡Qué! ¿no conocéis los rasgos de familia?

—En fin—replicó severamente el conde.—¿Quién eres tú?

—Un Girón por los cuatro costados y si no, miradme...

Y dando una rápida vuelta ostentó uno á uno á los ojos del conde los mil «girones» de que se componía su vestido.

Entonces, un acontecimiento inaudito, un extraño fenómeno se efectuó en el castillo de Girón. Los labios del conde se dilataron, sus dientes vieron por vez primera la luz del sol, y con espanto del duque de Alba oyóse un ruido insólito, una carcajada que atrajo á aquel sitio á los escuderos, pajes y dueñas y hasta diz que despertó asustados á los murciélagos que dormian en el antiguo artesonado.

El diablillo se volvió radiante hacia el duque y le dijo inclinándose graciosamente:

—El apóstol Santiago hizo el milagro y he ganado mi peregrinación.

Y sonriendo maliciosamente recogió su sombrero y desapareció.

Lima, 1855.

EL LUCERO DEL MANANTIAL

EPISODIO DE LA DICTADURA DE DON JUAN MANUEL ROSAS

I

María.

Era la hora en que calla el áspero relincho del potro salvaje; en que el «coyuyo» se adormece sobre el sinuoso tronco de los algarrobos, y en que el misterioso «pacui» comienza su lamentable canto.

La luna alzaba su disco brillante tras los cardos de la inmensa llanura; y su argentado rayo, deslizándose entre el frondoso ramaje de los «ombús» y las góticas ojivas de la ventana, bañaba con ardor el dulce rostro de María.

¡Viajero del Plata! En vuestras lejanas excursiones en la campaña, ¿oísteis hablar de María?

Su recuerdo vive todavía en las tradiciones del Sur.

María era la flor más bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejábale también en su elegante flexibilidad. Sombreaba su hermosa frente una espléndida cabellera que

se extendía en negros espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplación del cielo, habían robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenía inflexiones de entrañable ternura que conmovían el corazón como una caricia. Y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algún ángel extraviado en el espacio.

El viajero que la divisaba á lo lejos pasar envuelta en su blanco velo de virgen á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

—¡Es una hada!

Pero los habitantes del «Pago» respondían:

—Es la hija del comandante, el LUCERO DEL MANANTIAL.

En los últimos confines de la frontera del Sur, cerca de la línea que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, en el Pago del Manantial y entre los muros de un fuerte medio arruinado, habitaba María al lado de su padre, entre los soldados de la guarnición.

El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba sólo el ceño de su frente surcada de cicatrices para sonreir á su hija.

Para aquellos hombres hostigados por frecuentes invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa expresaban las inquietudes de una perpetua alarma, era María una blanca estrella que alegra-

ba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

Pero ella, que era la alegría de los otros, ¿por qué estaba triste? ¿qué sombra había empañado el cristal purísimo de su alma?

La hora del dolor había sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor.

II

Un sueño.

Una noche vino á turbar una visión el plácido sueño de la virgen.

Vió un vasto campo cubierto de tumbas medio abiertas y sembrado de cadáveres degollados. De todos aquellos cuellos divididos manaban arroyos de sangre que, uniéndose en un profundo cauce, formaban un río cuyas rojas hondas murmuraban lúgubres gemidos y se ensanchaban y subian como una inmensa marea.

Entre el vapor mefítico de sus orillas y hollando con planta segura el sangriento rostro de los muertos, paseábase un hombre cuyo brazo desnudo blandia un puñal.

Aquel hombre era bello; pero con una belleza sombría como la del arcángel maldito; y en sus ojos azules como el cielo, brillaban relámpagos siniestros que helaban de miedo.

Y, sin embargo, una atracción irresistible arrastró

á María hacia aquel hombre y la hizo caer en sus brazos.

Y él, envolviéndola en su sombría mirada, abrazó sus labios con un beso de fuego, y sonriendo diabólicamente rasgóla el pecho y la arrancó el corazón, que arrojó palpitante en tierra para partirlo con su puñal.

Pero ella, presa de un dolor sin nombre, se echó á sus pies y abrazó sus rodillas con angustia.

En ese momento se oyó una detonación, y María, dando un grito se despertó.

III

El encuentro.

—¡Era un sueño!—exclamó palpando su pecho virginal, agitado todavía por los tumultuosos latidos de su corazón.—¡Era un sueño!

Y pasando la mano por su frente para alejar las últimas sombras del terrible ensueño, María saltó del lecho, vistió sus ropas de fiesta, trenzó con flores su larga cabellera, y sentada gallardamente sobre el lustroso lomo de un brioso alazán, dióse gozosa á correr por los frescos oasis, sembrados como una vía láctea en las inmensas llanuras del Sur.

De repente el fogoso potro robado á las numerosas manadas de los salvajes, aspirando con rabioso deleite las magnéticas emanaciones que el viento traía de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que lo regía, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.

María, pálida de espanto, vióse arrebatar lejos del

límite cristiano al través de las complicadas sendas que trillan los bárbaros con el afilado casco de sus corceles; y su terror crecía á la vista de un bosque negro que terminaba el horizonte, y entre cuyo ramaje el miedo dibujaba sombras confusas que se agitaban.

De improviso vibró en el aire un silbido extraño, semejante al chillido de un águila, y el caballo embolado por una mano invisible se abatió sobre sí mismo á tiempo que la joven se deslizaba al suelo sin sentido.

Al volver en sí, se encontró reclinada en los brazos de un hombre y con la mejilla apoyada en su pecho.

Ese hombre era, sin duda, quien la había salvado; y María, separándose de sus brazos, alzó hacia él una mirada de gratitud.

Era joven y bello; pero, al verlo, María dió un grito y volvió á caer exánime á los pies del incógnito.

Aquel hermoso joven era el fantasma de su sangriento sueño.

.....

IV

Amor y agravio.

Ocho días más tarde, María, velando inquieta, con el oído atento y la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperaba todas las noches á un hombre que, llegando cautelosamente al pie del ombú, asíase á sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos.

Y la joven lo estrechaba en ellos con pasión; y apartándolo luego de sí, contemplábalo con delicia y volvía á arrojarse en sus brazos, exclamando:

—¡Manuel! ¡Manuel! ¿por qué te amo tanto, á ti que no sé quién eres, á ti el terrible fantasma de mi sueño?... Y, sin embargo, quien quiera que seas, vengas del cielo ó del abismo, y, aunque despedaces mi pecho y me arranques el corazón, ¡te amo! ¡te amo!

Y María deliraba de amor, hasta que la luz del alba le arrebataba á su amante que, deslizándose furtivamente entre el obscuro ramaje, se desvanecía con las sombras.

Pero una vez, María lo esperó en vano. Y desde entonces, cada noche, sola y con el corazón palpitante de dolorosa ansiedad, vió pasar sobre su cabeza y perderse en el horizonte todos los astros del cielo, sin que aquél que alumbraba su alma volviera á aparecer jamás.

Por ese tiempo, la antorcha de la guerra civil abrasó aquellas comarcas, y el fragor del cañón homicida ahogó las risas y los gemidos.

V

Diez años después.

En las últimas horas de un dia de verano, una silla de posta atravesó rápidamente las calles de Buenos Aires, y entró al patio de una hermosa casa en la calle de la Victoria. Un hombre de porte distinguido que, asomado al balcón parecía esperar con impaciencia, bajó presuroso, y adelantándose al cochero, corrió á abrir la portezuela del carruaje, tendiendo los brazos á una bellísima mujer que se arrojó á su cuello.

—¡Mi amada María!

—¡Amigo mío!

Exclamaron ambos á la vez estrechándose con ternura.

—¿Y mi hijo?... ¿mi Enrique?—dijo de pronto la dama arrancándose de los brazos de su marido y tendiendo en torno una codiciosa mirada.

—Nuestro hijo—respondió él haciéndola entrar en un magnífico salón;—nuestro hijo, amada mía, se halla en esta hora en el momento mas solemne de su

vida escolar: da un brillante examen. Acabo de dejarlo triplemente coronado; pero el premio más grato para él será el beso de su madre.

—¡Querido niño! ¿Es tan bello como á los doce años? ¡Oh!... ¡Alberto!... ¡perdón!

—¡Perdón! ¿Y de qué, amada María? ¿De ser una buena madre como eres una buena esposa? ¡Al contrario! gracias por el amor que guardas para ese hijo cuya ternura ha alumbrado los tristes días de tu ausencia en los cinco años que me has dejado aquí solo. ¡Ah! ¿qué placer encontrabas en habitar Córdoba, lejos de tu hijo... lejos de tu esposo?

—¡Oh! ¡Alberto, noble y generoso corazón!—exclamó ella, doblando una rodilla ante su marido.

Alberto la alzó en sus brazos.

—¡Todavía esa injusta timidez! ¡todavía esos importunos recuerdos! me habéis prometido desecharlos y ser feliz.

Y soy dichosa, amigo mío. ¿Quién no lo sería cerca de ti? Pero, á medida que el tiempo pasa, la audaz confianza de la juventud desaparece reemplazándola medrosos recelos. ¿Será falta de fe? No, pues yo creo en ti como en el Dios del cielo; pero mientras más grande, mientras más sublime me aparecías, menos digna me encontraba de acercarme á ti, y lo que tú llamas obstinación era un doloroso ostracismo.

—¡Pobre María! ¡que nunca te oiga hablar así, nunca!... te lo pido en nombre de tu hijo. Toca este corazón; es tu más firme apoyo. Reposa confiada sobre él, pues sólo alienta para ti.

—¡Oh! ¡Dios mío!—dijo ella reclinándose en el seno de su marido, y elevando al cielo una mirada de gratitud.—¡Dios mío! bendito seas porque has enviado al mundo degenerado que te reniega, estos seres de paz, de indulgencia y de amor para redimir su iniquidad y hacernos creer que en verdad formaste al hombre á tu divina imagen. Dieciséis años han pasado, dieciséis años... y en cada uno de sus días, en cada una de sus horas vi brotar en ese corazón, elevarse y resplandecer, alguna nueva virtud. Dieciséis años hace encontréme un día abandonada, sola entre mi dolor y un secreto terrible. La muerte era mi único recurso; pero yo no podia morir. Junto á mi corazón desgarrado palpitaba otro corazón que me pedia la vida y me encadenaba á una existencia de oprobio. Tú me apareciste entonces, Alberto.—Te amo, me dijiste, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mí? yo seré tu esposo, tu amigo, y... me dijiste al oido, el padre de tu hijo.

—¡Y bien! ¡y bien!—la interrumpió Alberto, con esa brusca genialidad que emplean las almas generosas para velar su grandeza. ¡Vaya un gran mérito! ¡Cumplir con una misión que nos haga feliz!... Desgraciadamente, amada mia, no siempre es tan fácil conciliar el deber con la felicidad. Hoy, por ejemplo, colocado entre el corazón y la conciencia, voy á sacrificar al deber la dulce costumbre de una antigua amistad.

Yo, que hasta ahora he sostenido á mi amigo con todos los recursos de mi influencia, voy á enarbolar

contra él el estandarte de la oposición; y el cuerpo legislativo, que actualmente presido, me verá con asombro alzarme contra el voto que pretende dar á Rosas la facultad de reunir todos los poderes del Estado.

A estas palabras de su esposo, María palideció.

—¡Oh! Alberto—dijo, estrechando su mano con terror,—en nombre del cielo no toques la garra del tigre porque te despedazará!... te despedazará y hará de tu cadáver una grada más para escalar la cima del poder.

—Y bien, amiga mía, moriría con la muerte de los buenos en el cumplimiento del deber. Pero tranquilizate, amada María, Rosas tiene una alma capaz de comprender mi sacrificio y me conservará su estimación, aunque me haya quitado su amistad.

En ese momento un ujier anunció á Alberto que la cámara reunida esperaba á su presidente para discutir la importante cuestión de aquel día.

Alberto despidió al ujier y volvió hacia su mujer una mirada de ternura.

—¿Lo veis, querida mía?—le dijo,—mi sacrificio comienza desde ahora. Apenas he tenido tiempo de posar mis ojos en tu semblante, la voz del deber me llama lejos de ti; y aunque sea por muy pocas horas, toda separación en este momento me parece eterna...

Alberto se interrumpió. Habríase dicho que sus palabras encontraron algún eco misterioso en el fondo de su alma.

Pero reponiéndose luego dijo á su esposa sonriendo:

—Te dejo, amiga mía; pero voy a enviarte á Enrique y él desvanecerá para siempre esos importunos recuerdos que turban todavía la paz de tu alma.

Y besando tiernamente la mano que ella le tendía, salió, no sin volverse muchas veces para contemplarla.

VI

Madre é hijo.

Cuando la dama quedó sola alzó los ojos al cielo con dolorosa expresión.

—¡Jamás!—exclamó.—¡Jamás!... ¡Nunca se borrará esa imagen que encuentro siempre en el horizonte de mis recuerdos, en el semblante de mi hijo y en mi propio corazón! ¡He ahí esa frente altiva y meditabunda! he ahí esos rasgados ojos azules de tan sombría y sin embargo tan hermosa mirada..... ¡Manuel! ¡Manuel!...

La puerta se abrió con estrépito, y un hermoso mancebo de dieciséis años, de porte arrogante y risueña expresión, se precipitó en la sala y corrió á arrojarse en los brazos de la dama que lo estrechó en ellos sollozando y besó mil veces sus mejillas y su frente.

—¡Qué hermosa eres, mamá!—decía el joven contemplando extasiado el radioso semblante de su ma.

dre.—Aunque tenía muy presentes las facciones de tu rostro, no creía que fueras tan bella. ¡Bendición del cielo! ¡Dejar la fría atmósfera del colegio, para venir á contemplar los rayos de este bello sol que da vida á mi vida y calor á mi alma!

—¡Poeta! ¡poeta!—decía ella, sonriendo tiernamente á su hijo y meciéndolo como un niño en sus rodillas. Me está recitando un madrigal.

—A propósito—dijo el joven dejando su actitud de abandono y sentándose al lado de su madre.—Manuela Rosas me envió su álbum pidiéndome un soneto. ¡Y lo había olvidado! ¡Ya! la veo tan pocas veces. Y no porque ella no sea una criatura amabilísima; pero me aleja de su lado el extraño sentimiento que me inspira su padre. Llamarialo odio si su amistad con la mía no hicieran el odio imposible.

—Todavía no conozco á ese hombre, y sin embargo me estremezco cuando oigo pronunciar su nombre; y no comprendo como el noble y bondadoso corazón de Alberto ha podido unirse á ese corazón feroz y sanguinario.

—Esta misma adhesión, madre mía, realza más la magnanimidad de ese corazón generoso, porque está exento de debilidad. Severa con el amigo, jamás transigirá con el tirano.

—¡Ay! sí, es verdad... pero héme aquí estremecida de espanto á la idea de esa austera integridad que en este momento subleva quizá contra él en la cámara legislativa el bando entero del despotismo.

—¡Qué!—exclamó el joven con los ojos centellean-

tes de entusiasmo,—es hoy el día de su triunfo, y aun no estoy en la barra para aplaudirlo con la voz y con el alma.

Y besando rápidamente á su madre, desasióse de su convulsivo brazo y partió.

VII

En la sala de representantes.

En ese día la sala de representantes de Buenos Aires presenció una escena digna de los mejores tiempos de la Roma heroica.

Rosas, armado con la clave del terror, habiendo impuesto silencio al pueblo, y hecho también callar al cuerpo legislativo, quiso dar el último golpe á la dignidad nacional, y aspiró á la dictadura. Aspirar en él era mandar; y un dia oyóse la sacrílega proposición en el santuario de las leyes. Ninguna voz se alzó para combatirla. Cada representante veia en el semblante de su vecino el triunfo del miedo sobre la conciencia, y si llevaba su mirada á lo alto de la sala encontraba bajo el dosel que la dominaba al amigo, al confidente de Rosas... y callaba.

El presidente invitó á sus colegas á dar sus votos, ordenando que los que estuvieran por la proposición, se pusieran en pie, y con rostro impasible dió la señal. Dos hombres únicamente votaron en contra. El uno

era Escalada, el inmaculado obispo de la metrópoli. El otro era..... el presidente de la sala, el amigo de Rosas.

Hubo un momento de asombro y silencio: pero cuando la barra arrebatada de entusiasmo prorrumpió en una tempestad de aplausos, cuatro hombres enmascarados precipitáronse en la sala y mientras tres de ellos rodearon la mesa del presidente, el cuarto hundió un puñal en el corazón de Alberto y huyó dejándolo clavado en el seno de su víctima.

Entonces en medio del silencio de horror que reinó en aquel recinto, oyóse la voz del anciano obispo, que, de pie aún, dijo alzando sobre el moribundo su mano venerable:—¡Sube al cielo, martir de la libertad Argentina! Yo te absuelvo en nombre de Dios y de la patria.

Y como si la noble alma de Alberto hubiera esperado aquella sublime bendición, exhalóse dulcemente en una triste sonrisa.

En aquel momento, Enrique que entraba en el peristilo de la sala de sesiones, fué atropellado por cuatro hombres que huían desolados entre las sombras. El intrépido niño, conociendo por sus máscaras que acababan de cometer un crimen, asió al que iba delante; pero éste por medio de un violento esfuerzo logró escaparse, aunque dejando entre las manos de su adversario la máscara que lo cubría.

Al ver el rostro de aquel hombre el joven dió un grito, y se precipitó en la sala.

A la vista del cadáver de su padre, Enrique se de-

tuvo un momento, inmóvil, mudo, con los puños cerrados y la mirada fija.

Luego, cayendo de rodillas arrancó de su pecho el puñal homicida y besando la herida con siniestra serenidad, ¡adiós, padre mío!—dijo estrechando la mano helada del muerto,—muy luego me reuniré contigo; pero entonces te habré vengado.

Guardó en su seno el arma ensangrentada y se alejó con firmes y resueltos pasos.

VIII

El terrible drama.

La luz del siguiente día encontró en las calles de Buenos Aires numerosas huellas de escenas semejantes á la que tuvo lugar en la noche anterior en la sala de representantes. Un puñal había amenazado la vida de Rosas; aunque se había arrestado al delincuente, no habiendo podido arrancarle confesión alguna, había sacrificado indistintamente á todas las personas sospechosas de complicidad en aquel atentado.

A dos leguas de distancia, al frente del palacio dictatorial de Palermo, un destacamento de infantería acababa de hacer alto. Sonó el tambor y aquella fuerza se formó en cuadro. Vióse entonces en el centro del siniestro vacío un joven como Isaac y maniatado como él, y en frente cuatro soldados que á la voz de un oficial preparaban sus armas.

Pero, cuando los fatales fusiles se inclinaron sobre él, cuando con la frente erguida y la mirada serena el noble mancebo esperaba la muerte, oyóse un grito de

suprema angustia y una mujer pálida, anhelante, desmelenada, rompiendo con esfuerzo febril la línea de bayonetas que le cerraba el paso, se arrojó de repente sobre el joven y estrechándolo en un abrazo desesperado lo cubrió con todo su cuerpo. Los soldados, vivamente conmovidos, volviéronse hacia el oficial que los mandaba. Pero éste que sentía pesar sobre sí una terrible responsabilidad, ahogando su profunda emoción, mandó apartar á la madre y conducirla fuera del cuadro.

—¡Ah!—exclamó ella arrancándose de los brazos de su hijo y cayendo á los pies del oficial.—Dadme al menos por lo que más améis en este mundo, dadme un cuarto de hora que necesito para obtener la gracia de mi hijo, ó morir.

El veterano sonrió tristemente.

—Id, pobre madre, id—dijo siguiéndola con una mirada de compasión.

—En nombre de esta hora suprema—gritó el niño, —yo os lo prohibo, madre mía. No pidáis gracia al asesino de vuestro esposo, ó vuestro hijo os maldecirá desde la eternidad.

Mas ella, sin escucharlo, corrió desolada hacia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los patios, los vestíbulos, las galerías y los salones, preguntando á su paso por aquel de quien esperaba la muerte ó la vida. Un edecán entreabrió un gabinete y la mostró un hombre que apoyado en una mesa ocultaba su rostro entre las manos.

La desventurada, precipitándose en el cuarto, fué

á caer á sus pies. Pero al mirar á aquel hombre el ruego se le heló en su labio pálido, que se movió sin articular sonido alguno.

En ese momento sonó una detonación. La infeliz madre cayó sin sentido, gritando: ¡Manuel! ¡Manuel! ¿qué has hecho de tu hijo?...

IX

Conclusión.

Mucho tiempo hacía que el antiguo fuerte de la Pampa era ya sólo un montón de escombros ennegrecidos por el humo del incendio. Los indios en una salida lo habían quemado, asesinando al viejo comandante con toda la guarnición. Desde entonces el doble silencio de la muerte y del abandono reinó en torno de aquellos muros, y el terror supersticioso que inspiran las ruinas apartó de allí los pasos del viajero.

Sin embargo, una noche, al alzarse la luna sobre el horizonte, los habitantes del «pago» vieron una mujer pálida, enflaquecida y arrastrando negros cendales, que atravesó gimiendo las avenidas de sauces y se perdió entre las desmoronadas murallas del fuerte.

Algunos la tuvieron por una aparición; pero otros creyeron conocer en ella á María, la hija del viejo comandante, el bello «Lucero del Manantial».

Lima, agosto de 1860.

UNA NOCHE DE AGONÍA

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL ARGENTINA EN 1841

Una de mis amigas envió un día á su marido para llamarme á su casa.

Era éste un joven compatriota y compañero de Lavalle en su última campaña.

Naturalmente, como debía yo ir en el momento, el mensajero hubo de ser mi acompañante.

Marchábamos pues en la calle, el uno al lado del otro, hablando las más insignificantes ligerezas, como dos personas que tienen que andar largo trecho sin saber cómo llenarlo.

Si veíamos un jorobado:

—Mi amigo, imite usted ese garbo.

Si una mujer desairada:

—Mi amiga, mire usted ese salero, y aprenda á llevar sus faldas.

Si un bizco:

—Y usted á guiñar á las muchachas.

De pronto dos hombres se cruzaron con nosotros.

—Así—dijo uno de ellos, á tiempo que dejaba la vereda á la anchurosa crinolina,—así, sano y bueno, sentí correr por mi cuerpo los sudores de la muerte.

—No quiera Dios que aprenda usted eso—dije yo á mi compañero.

—¡Lo sé!—respondió. Y sentí estremecerse el brazo en que me apoyaba.

—¡Lo sabe! ¿Se ha encontrado usted alguna vez en ese terrible trance? Refiérame usted eso, ¡por Dios!

Sin responder miró su reloj.

—Hasta Santa Catalina—dijo—nos queda media hora; pero ella basta.

Y me refirió lo que sigue:

—El 12 de enero de 1841 hallábame yo mandando un escuadrón de esa columna, hermoso fragmento del ejército libertador que al mando del coronel Vilela envió Lavalle á las provincias de Cuyo, y que sorprendida en la noche de ese día por el general Pacheco, fué derrotada y deshecha en Sancala.

Los dispersos de esa aciaga jornada se reunieron poco después en San Juan, incorporándose á las fuerzas con que el general Acha operaba sobre esos parajes.

Yo y veintinueve jóvenes porteños, amigos y compañeros de infancia, que poseíamos entre todos diez magníficos caballos, formamos una brigada triplemente montada, que con el nombre de «Los hijos de Aimont», tuvo una ancha parte en los combates que marcaron con una huella inmortal los últimos pasos de aquel ilustre guerrero.

Y cuando el 19 de septiembre, desde lo alto de una azotea, donde quemábamos nuestros últimos cartuchos, vimos al héroe de Angaco, después de tres días

de una lucha titánica, engañado por su propia lealtad, entregar su espada para volver á los suyos, adivinando el lazo en que había caído nuestro jefe y no queriendo dar en él, saltamos á caballo, y escapando por una puerta excusada, marchamos á Catamarca, donde la negra estrella que perseguía en aquel año el destino de los libres, nos alcanzó también en la derrota que sufrieron en aquel punto las fuerzas de Cubas por la división Maza. Allí perecieron tres de nuestros compañeros, y vagamos tres días en las gargantas de la cordillera de Ambato, sin agua y careciendo de todo recurso; pero éramos jóvenes y llevábamos en el corazón la fe, la esperanza y una dosis inagotable de alegría.

Eran las once de la mañana. Habíamonos detenido entre dos montañas, á la orilla de una aguada, para fumar un habano milagrosamente encontrado en la cartera de uno de nosotros, y cuyo humo aspirábamos uno después de otro, con la delicia de dos días de privación.

De repente sonó sobre nuestras cabezas la detonación de una descarga, y dos de los nuestros cayeron en tierra.

Al mismo tiempo, de las dos quebradas que se abrían sobre aquella hondonada, salieron dos destacamentos que nos rodearon, acribillándonos con un vivo fuego. Eran parte de una fuerza enviada por Maza en persecución de Cubas y demás fugitivos.

Aunque nosotros éramos ya sólo 25 y nuestros enemigos 100 hombres bien armados, resolvimos abrir-

nos paso ó vender cara nuestra vida; y nos arrojamos espada en mano, hacia el lado oriental de la quebrada. La pequeña tropa hizo prodigios de bravura que fueron fatales, mas la lluvia de balas que nos recibió, mató á diecisiete de los nuestros sin que el resto pudiera abrirse el camino deseado.

Estrecháronnos de tal suerte al fin, que sus lanzas tocaban nuestro pecho, inutilizándonos el manejo de la espada. Muertos nuestros caballos y cercados por todas partes, no pudiendo ya hacer uso de nuestras armas, nos rendimos: cesamos de pelear.

El jefe de aquella fuerza preguntó si entre nosotros se encontraba Cubas.

Al oir nuestra respuesta negativa, nos hizo saber con la mayor frescura que no tenía orden de conservarnos á nosotros, y que á nuestro arribo al campamento donde estaba situado el resto de la fuerza destacada en busca nuestra, seriamos ejecutados; y volviéndose á los suyos ordenó que nos ataran.

Uno de los soldados encargados de esta operación vió en mi dedo un anillo de pelo, don precioso dado entre besos y sollozos. Estaba incrustado en un cintillo de oro que excitó la codicia del soldado.

—Todavía no—le dije reteniendo el anillo que procuraba arrancar de mi dedo.—¿No van á matarnos?

—De fijo—repuso él.

—Y bien, cuando esté muerto, tiempo tendrás de sobra para tomar mi anillo. Entre tanto deja que lo guarde; quiero morir con él.

—Consiento—respondió.—Es un regalo que destino á Pascualita.

Acabaron de atarnos y la tropa se puso en marcha con nosotros.

Eramos ocho, y nos llevaban al centro, de dos en fondo, y ligados unos á otros por los codos. Nuestros conductores marchaban al trote y sin darnos un momento de descanso.

Habíamos andado así seis leguas, y sin embargo yo me sentía aún fuerte; pero mi compañero, que era un joven delicado y actualmente enfermo de tercianas, comenzó á cansarse, y no pudo llevar ya el paso de los otros.

Dejáronnos atrás con cuatro hombres de custodia, pues era tarde y tenían prisa de llegar al campamento, donde debían pasar la noche, pues á nosotros no nos contaban en el número; debíamos marchar al otro mundo.

Así, cuando llegamos nosotros, encontramos ya muertos á nuestros pobres compañeros. Sus cadáveres, desnudos y atravesados de hondas lanzadas, yacían á la orilla de un barranco.

Notábanse por su belleza los gemelos Vera, que atados juntos y con los brazos entrelazados, recordaban en su muerte la hora de su nacimiento.

Trajéronnos al lado de los cadáveres, y deliberaron sobre nuestra suerte.

Era tarde: el sol se había puesto, la tropa había comenzado á tomar su rancho, y no queriendo moles-

'arse, resolvieron aplazar nuestra muerte para la siguiente alborada.

Separáronnos, y ligadas las manos á la espalda, como dos corderos destinados al sacrificio, nos tendieron cerca de nuestros difuntos camaradas, dejándonos solos entre la línea de vivaques y la lóbrega profundidad del barranco.

Y las horas que nos restaban comenzaron a deslizarse rápidas como las olas de un torrente, arrastrando consigo nuestra última esperanza, y dejándonos tan sólo la perspectiva de la horrible muerte que veíamos pintada en las contraídas facciones de nuestros compañeros.

Y entre tanto, todo aparecía sereno y apacible en torno nuestro: el cielo azul surcado por el ala blanca de las aves que iban á buscar su nido lejano; los montes dorados por los últimos fulgores del ocaso; los bosques de armoniosos rumores, todo... hasta el aspecto de esos hombres, que recostados con perezosa indolencia afilaban, cantando tiernas endechas, las lanzas con que algunas horas después debían arrancarnos la vida!

Llegó la noche, noche obscura, pero tibia, estrellada y saturada con los perfumes de la primavera. Los fuegos del vivac y las voces de los soldados fuéronse gradualmente apagando, y muy luego todo quedó en profundo silencio, oyéndose sólo á lo lejos, y á largos intervalos, el grito de los centinelas, colocados al otro extremo del campo.

Volvíme á mi derecha y vi blanquear en la som-

bra los cadáveres de mis compañeros. Tornéme á la izquierda. Allí estaba el que vivía aún. Lo llamé y no me respondió.

—Duerme—pensé.—No turbemos su último sueño.

Y volví mis ojos al cielo; al cielo, cuya vista aun en las más amargas pruebas, es siempre un consuelo ó una promesa.

Resplandecía con millares de estrellas; y la vía láctea se extendía ante mí con sus innumerables constelaciones, como un ancho y luminoso camino de vida que ansié recorrer con el delirante anhelo de un moribundo.

Y esas estrellas que paseaban lentamente en la inmensidad del espacio, me parecían seres conocidos y amados que me contemplaban llorando; y los suspiros de la brisa me parecían sus sollozos, y el rocío que caía sobre mi rostro sus lágrimas.

Allí estaban todas, todas: mi madre, mis hermanas, mi amada.

Mi madre se alejó gimiendo y se perdió en el ocaso, dirigiéndome un adiós supremo. Siguiéronla mis hermanas. Antonina se quedó sobre el horizonte, y me tendía los brazos, y sonreía al través de su llanto, y en sus ojos resplandecía la esperanza.

Esta extraña fantasmagoría que al borde del sepulcro venía á mostrarme la vida con todas sus afecciones, sus goces y sus promesas, arrancó de repente á mi alma de la inerte resignación en que yacía. Mis facultades obraron con un vigor extraordinario, con-

centrándose todas en un deseo único, ardiente, desesperado: ¡vivir!

Alcé los ojos hacia el astro que marchaba con lentitud al horizonte, y dije á Antonina desde el fondo de mi corazón:

—¡Espera!

Incorporéme cuanto me permitieron mis ligaduras, y eché una ojeada recelosa en torno.

¡Silencio y quietud por todas partes! Los fuegos se habían apagado, la obscuridad era profunda; los centinelas mismos dormían, sin duda, pues sus voces de alerta habían cesado, y sólo en el fondo de la barranca cortada á pico, que se abría detrás de mí, oíase en el silencio de la noche el ligero murmullo de una corriente de agua

Arrastréme entonces hasta donde estaba mi compañero.

—¡Emilio—murmuré á su oído,—despierta! No te dejes vencer por el desaliento. Somos todavía muy jóvenes para resignarnos á la muerte. Quédanos ur medio de huir y quizá de salvar la vida.

—¿Cuál?—dijo él con apático acento y sin abrir los ojos.

—Rodar al fondo de este precipicio, que tal vez tendrá mejores entrañas que los hombres en cuyo poder nos hallamos.

Emilio me escuchó sin hacer el menor movimiento.

—¡Amigo!—insistí yo—¡en nombre del cielo, anímate! Un corto esfuerzo y nos habremos salvado.

—Huye tú—respondió al fin.—Nuestra causa está

perdida y no quiero sobrevivirla. Agóbiame además una fiebre ardiente, y carezco de fuerza y de voluntad para moverme de aquí.

La pasiva obstinación de Emilio hizo vacilar mi resolución; pero alzando los ojos, vi la estrella al borde del horizonte. Sus blancos rayos parecían dirigirme una mirada de dolorosa reconvención.

—¡Espera!—repetí. Y volviéndome á mi compañero:

—¡Emilio—continué con voz suplicante,—dime que estás resuelto á la fuga!

—No: nada me resta que hacer ya, y he resuelto morir. Huye solo.

Este diálogo en voz baja, al medio de la noche, entre dos hombres maniatados y tendidos en tierra, el uno resignado á la muerte, el otro luchando con ella, era fantástico y solemne como una página de Job.

Y las horas pasaban, y la estrella se aproximaba al horizonte.

—¡Emilio—díjele al fin,—ten piedad de mí! Si la vida te es indiferente, á mí me sonríe, me llama: yo la amo, y no quiero morir; pero sabes también que si rehusas huir conmigo yo me quedaré.

—Nada harías con ello en favor mío—replicó el,—al contrario, huyendo podrías prestarme un gran servicio.

—¿Cuál?—repuse yo, con el ansia del náufrago que se ase á la más débil tabla.

—Escucha—me dijo.—Tú sabes que he sido edecán del general Lavalle; sabes también que, como en

todos los que han tenido la dicha de acercársele, mi adhesión por él es una especie de culto entusiasta y fanático, al que se refieren todas las acciones de mi vida. Una señal de su aprobación es para mí la gloria; una duda la infamia.

Y bien: en la batalla del «Tala...» ¿recuerdas? en los momentos del combate yo estaba al lado de Lavalle. Acababa de dejarme la terciana, y debia de estar muy pálido.

El general se volvió hacia mí para darme una orden; pero interrumpiéndose de repente:—Emilio—me dijo, señalando con el dedo mi rostro,—¿tiene usted miedo?

Mi respuesta fué lanzarme solo y espada en mano al encuentro de una columna enemiga que atravesé, tú lo sabes, de parte á parte, haciendo prodigios, no ya de valor, sino de desesperación, de locura.

Cuando volví á su lado, el general se adelantó á recibirme, y me dijo, abrazándome, estas palabras inapreciables en él, que como todos los héroes era avaro de alabanzas:

—¡Bien, Emilio, muy bien! Pero todavía no he visto á usted en la hora de la muerte.

—Quiera el cielo—repliqué yo—concederme la dicha de morir á vista de usted, mi general; pero cerca ó lejos de usted, hoy, mañana y en cualquier tiempo que la muerte se presente, no me verá palidecer...

¡José, huye, y ve á decir al general Lavalle que he vivido y muero digno de él!

¡Pobre Emilio! ¡corazón entusiasta y heroico! To-

davía siento remordimiento por la involuntaria emoción de alegría con que al escucharte besé tu pálida frente, y dando una vuelta sobre mí mismo me precipité en el barranco...

El narrador guardó algunos instantes de sombrío silencio. Después continuó:

—Rodé largo trecho, rebotando en las ásperas sinuosidades de la rápida pendiente, y caí al fin en un charco de agua cenagosa.

Felizmente el terreno aquel no era rocalloso. Formábalo una arcilla deleznable, que desmoronándose al choque de mi cuerpo en gruesos terrones, y arrastrando consigo los matorrales que sustentaba, suavizó mucho aquella peligrosa caída.

Levantéme luego á pesar de mis ligaduras, y mirando en torno mío, procuré reconocer el paraje en que me hallaba.

Era el cauce de un torrente encajado en el fondo de una quebrada. Cerrábanlo dos barrancas de veinte pies de altura, lisas y perpendiculares, que se prolongaban hasta perderse en las sombras. Apliqué en seguida el oído, temiendo haber sido descubierto.

Todo en los alrededores permanecía tranquilo y silencioso: la brisa misma parecía contener su aliento; y allá, en el pico más elevado de la montaña, la blanca estrella resplandecía con una luz purísima.

Un sentimiento profundo de religiosa gratitud se apoderó de mi corazón. Postréme y di gracias á Dios que me permitía respirar aún en este mundo el aura embalsamada de la juventud y del amor.

Alcéme lleno de fe, é hice esfuerzos para romper la cuerda que ligaba mis manos á la espalda. Imposible: estaba fuertemente agarrotado.

—¡No importa!—me dije—la mano que te ha librado en el precipicio te librará también de tus enemigos.

Y tomando por guía los últimos fulgores de la estrella que comenzaba á ocultarse en el occidente, empecé á subir el pedregoso cauce con la ligereza del que siente á sus espaldas la lanza enemiga.

Marché así largo tiempo, á pesar de los vehementes dolores causados por la violenta posición de mis brazos, y la fuerte cuerda que los sujetaba.

Mi anhelo era trasponer la quebrada é internarme en el dédalo de colinas que extendiéndose hacia el Norte, forman la base de la cordillera de Ambato.

En fin, cuando comenzaba á amanecer, encontré una quiebra que interrumpiendo el barranco por la derecha, se abría sobre un recodo de la quebrada.

La cuesta era muy rápida y casi inaccesible para el que no pudiera servirse de sus brazos. Sin embargo, yo la subí con increíble agilidad, descendiendo luego á una cañada angosta, cubierta de espinos, cuyas frutas, mezcladas con sus flores primaverales, entreabrían su blanco y refrescante meollo, cual si sonrieran á la ardiente sed que comenzaba á devorarme.

Cerré los ojos á esa dolorosa tentación, y me apresuré á subir una colina para huir de aquel suplicio de Tántalo.

¡Vana esperanza! La cañada inmediata no sólo me

mostró las blancas «pasacanas», cubríala también un bosque de viñas, cuyas anchas hojas contenían las más transparentes gotas de rocío que han contemplado mis ojos, y excitado la angustia de un sediento. Rozábalas al paso mi cabeza, sin que pudiera alcanzarlas mi ardiente labio, y mi sed crecía y mi aliento se tornaba por grados seco y fatigoso.

En fin, después de una marcha de cinco horas, cuando el sol comenzaba á asomar en el horizonte, divisé de súbito una blanca columna de humo.

Era tal mi cansancio y tanta la sed que me aquejaba, que á todo riesgo me dirigí hacia aquel lado.

Poco después, á la revuelta de un sendero, y como á unos veinte pasos de distancia, descubrí un rancho, en cuyo patio, bajo un peral, una mujer sentada en el suelo, atizaba el fuego de su hogar.

Estaba sola, y naturalmente, al ver la andrajosa estampa del extraño caminante que llegaba á su casa, hubo de sobrecogerse.

Mas luego que al acercarme pudo ver mis manos agarrotadas y en mi semblante la imagen del sufrimiento, corrió á mí con solícito ademán, dió una vuelta en torno mío, y deteniéndose delante de mí con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Pobre señor!—exclamó—¿quién ha puesto á usted en tan lastimoso estado?

—¡Agua, hija mía, agua, agua!—era lo único que yo podía decir.

La mujer entró en la casa, volviendo luego con un

vaso de arcilla negro lleno del agua más deliciosa que he gustado en mi vida.

Mientras ella me hacía beber con la dulce caridad de una pastora del «Génesis», contemplaba yo su rostro cubierto de lágrimas, arrancadas por la compasión. Aunque joven, no era bonita; pero en sus ojos, en sus labios y en su sonrisa. resplandecía ese sentimiento, base de toda belleza: la bondad.

Cuando hubo apagado mi sed, puso el vaso en tierra y apoderándose de mis manos ocupóse en desatarlas.

—Un cuchillo, hija mía; un cuchillo es más expeditivo.

—No señor. La cuerda se ha internado en la carne y sería peligroso el cuchillo. Deje usted... Nadie me ganó nunca á desatar un nudo.

Y ayudándose con los dientes deshizo mis ligaduras.

—Ahora, ¡oh! mi generosa bienhechora—la dije,—déjame besar tus manos, y acaba tu obra, dándome un sitio para ocultarme y descansar, porque he escapado á la muerte y me persiguen de cerca.

—¡Ay, señor! ¡y no lo decía usted en seguida! ¿Qué gente persigue á usted? ¡No quiera Dios que sea la del coronel Maza!

—¡Calla, pues si son ellos mismos!

—¡Ellos!—exclamó la joven pálida diciendo:—Entonces no perdamos tiempo... Pero... ¿dónde?... ¿dónde?... ¡Ah!... ¡en la troja!... sí, en la troja.

Y asiendo mi mano, arrastróme en pos de sí hasta

el otro extremo de la casa, hizome subir á la troja, subió ella misma tras de mí, apartó el maíz haciendo un hueco proporcionado á mi cuerpo, colocóme en él, y me cubrió enteramente con las doradas mazorcas: todo esto con un apresuramiento, un interés y una solicitud, cual si aquel desconocido fuese su propio hermano. ¡Oh, mujeres! ¡en todas partes sois las mismas! Hijas de la abnegación y del heroismo, la una mitad de vuestra alma es amor y la otra caridad.

Apenas me tendí en aquel fresco y abrigado lecho, un bienestar inexplicable circuló por todo mi ser; mis sentidos se fueron gradualmente adormeciendo, hasta que caí en un sueño profundo que duró muchas horas, y repuso enteramente mis fuerzas.

Cuando desperté, y sentándome aparté el maíz que me cubría, era ya noche cerrada. Al ruido que hice al bajar de la troja acudió mi huésped.

—¡Ah, ah!—dijo con la sonrisa de seguridad del que ha visto pasar un peligro,—muy quietito se estuvo el señor mientras estaban buscándolo.

—¿Me buscaban?

—¿Entonces no ha oído usted nada? ¡Ay, señor! un momento después que «enterré» á usted bajo el maíz, llegó un piquete en busca suya. Con él vino mi marido y no dije á usted esto esta mañana, porque no desconfiara de mí; Santiago Chavez, mi marido, está con ellos. A pesar de eso, me registraron la casa; pero yo había tenido cuidado de borrar la huella de usted con una rama hasta la misma encrucijada.

Por eso poco pararon aqui y se volvieron luego a reunir con su gente.

Nada hay ya que temer, señor. Así, vénga usted á tomar un bocado que bien lo habrá menester.

Hízome sentar cerca del fuego en un banco de madera, y colocando otro delante, cubriólo de frutas secas, miel de abejas y cuajada que devoré con un hambre de tres días.

Mientras yo hacía honor á este bíblico banquete mi huésped había desaparecido.

Volvió luego con un caballo y se puso á ensillarlo en silencio.

—¿Qué haces ahí, amiga mía?—le pregunté—¿cuentas ir á alguna parte?

—No, señor. Este caballo es para usted—respondió ella con la mayor sencillez.

¡Ah! nunca me había inclinado ante nadie, ni aun ante mi amada; pero entonces fuí á caer de rodillas á los pies de aquella mujer y besé con religiosa veneración la orla de su humilde vestido de lienzo azul.

Ella me levantó avergonzada.

—¡Oh, señor!—dijo,—no es á mí á quien debe usted dar gracias, sino á la Virgen Santísima que cerró los ojos á esos hombres. Venga usted á rezar una «salve» para que aparte los peligros del resto de su camino.

Y llevándome al interior de su casa, prosternóse ante una imagen de la Soledad que acompañaba su lecho, y recitó esa dulce y sentida plegaria que yo sólo había oído en los labios de mi madre entre el hogar y

la cuna, y que entonces repetí con profundo enternecimiento, arrodillado al lado de mi protectora, quien me dijo levantándose:

—Ahora, señor, separémonos. Monte usted á caballo, trasponga aquellas cumbres, y se hallará en seguridad.

—¿Y el caballo, hija mía? ¿Qué cuenta darás de él á tu marido?

—No tenga usted cuidado, señor. Le diré que se ha muerto; y Dios perdonará la mentira en gracia de la intención.

—¡Oh! noble y generosa criatura, dime al menos tu nombre, para que lo grabe eternamente en el corazón.

—Pascuala, señor... ó Pascualita como me llama mi marido.

—¡Pascualita!—exclamé yo, pues aquel nombre había herido mi mente como un recuerdo.—Dime, amiga mía, ¿no es tu marido un hombrón fuerte y moreno, de barba cerrada y rizada cabellera?

—El mismo.

—Pascualita—repuse, quitando de mi dedo el anillo de cabellos de Antonina, y poniéndolo en el suyo—esta prenda me es más cara que la vida, guárdala en memoria de mi gratitud: y cuando veas á tu esposo, dile que nada ha perdido con la fuga de aquél cuya herencia codiciaba.

Y besando la frente de aquella santa joven, monté á caballo y partí.

—¿Y?—dije yo viendo que mi compañero había callado.

—Y de etapa en etapa, llegué cerca del general Lavalle, demasiado tarde para cumplir la misión que el pobre Emilio me había confiado; pero á tiempo para prosternarme, besar, y regar con mis lágrimas la yerta mano de aquel grande héroe, en la Matriz de Potosí.

—¿Y Antonina?

—¡Chitón!—dijo él, poniendo un dedo en la boca y haciéndome pasar el umbral de su puerta.

Recordé entonces que aquel hombre escapado á la muerte por la misteriosa influencia de un amor romántico, estaba ahora casado con una mujer á quien amaba; que esta mujer se llamaba Andrea, y que poseía dos rasgados ojos negros, magnéticos, fascinadores.

¡Pobre Antonina!

Lima, 1862.

EL LECHO NUPCIAL

I

Las notas graves y patéticas del «miserere» resonaban en las bóvedas de la Merced.

Era la noche del Viernes Santo.

Profunda obscuridad reinaba en el templo y la luz de la sola lámpara que ardía en el santuario perdíase entre la inmensa masa de tinieblas.

Cerca del cuadro de la «Oración del huerto», aislada de la multitud, de rodillas y como una expresión fiel de las palabras del sagrado canto, hallábase una mujer en angustiosa plegaria.

—¡Señor!—decía, y sus hermosos ojos alzábanse al rostro de Cristo, tristes y suplicantes.—Señor, yo también con todas estas voces te pido que tengas piedad de mí. En vano he combatido con la doble fuerza del deber y del orgullo, el sentimiento culpable que es necesario desterrar del corazón. En vano he abismado el pensamiento en la amargura de esta terrible verdad ¡Nunca me amó! ¡Ama á otra! La voz del corazón responde siempre: ¡Lo amo! ¡Lo amo! Ahora mismo en

estas sagradas melodías que invocan tu santo nombre, creo oir el eco de su voz, veo resplandecer su mirada y en cada una de esas notas hay un gemido del alma que lo llama!... ¡Señor! ¡Señor! arranca de mi corazón esa imagen que vive en él á pesar mío y que encuentro en todas partes hasta en tu divino semblante.

El templo se iluminó de repente, y los murmullos tumultuosos de la multitud ahogaron en los labios de aquella mujer su doliente plegaria.

El «miserere» había acabado.

Al profundo recogimiento sucedió una inmensa algazara y ese fuego graneado de galanterías, accesorio obligado de toda fiesta piadosa.

—Rosita—decía un elegante—¡qué bella es usted! Sus ojos brillan en la sombra como dos estrellas.

—¿Mis ojos? ¡Oh! Dios me libre de ello!... así son los de los gatos.

—¡Carmen!—suplicaba otro.—¿Me permite usted acompañarla?

—Al contrario, se lo prohibo expresamente... He encontrado aquí á Elisa... no la he visto desde que se fué á Chorrillos y tiene que hacerme muchas confidencias. ¡Ah! hela allí... ¡Elisa!

La bella joven á quien así llamaban tomó el brazo de Carmen y continuó con ella una conversación ya comenzada.

II

—Tres horas á su lado, tres horas solos los dos, perdidos como en un desierto en el vasto silencio de la noche, sus ojos fijos en mis ojos, que absorbían su mirada enviándola al corazón en ondas de delicias. ¿De qué hablábamos? No lo sé. Con frecuencia olvidaba sus palabras por escuchar el acento de su voz, como una música melodiosa cuya letra se descuida por atender á su mágica armonía.

—¡Qué romántica estás esta noche!

—Quiero ser franca... Nada de esto es mío... Lo sorprendí en el libro misterioso de María y lo digo para que oigan estos cándidos que nos siguen.

—A propósito.,. ¿Viste á María? Estaba cerca de la «Oración del huerto».

—Sí... Tiene un amor nebuloso no sé por qué.

—Yo sí lo sé.

—¿Y no me lo decías?

—Tú no debes saberlo.

—Carmen... ¡en nombre del cielo!...

—¿Te empeñas en ello? ¡Bien!... María ama á Fernando.

—Ella... ¡Oh! Si ella lo ama tanto, peor para la desdichada, porque Fernando no amará ya á nadie sino á mí.

—¿Y por qué esa presuntuosa seguridad? ¡Perdón por el desacato!

—¿Por qué?—replicó Elisa inclinándose al oído de Carmen.—¡Porque soy coqueta!

—¡Ya! Pero sabes que si el amor de María es nebuloso, también es fama que el tuyo está á punto de eclipsarse.

—Amo siempre á Fernando, pero al fin es necesario que todo eso acabe. ¡Ay! Suya es la culpa... no quiso «consolidarse»... Por otra parte yo he nacido en el lujo... Lo aspiro como un elemento de vida... Licedo pone á mis pies inmensas riquezas... ¿Qué quieres, hija? Lo he preferido; mas yo he sido leal con Fernando. Dadme un lecho nupcial como éste, le he dicho mostrándole mi suntuosa alcoba, dádmele y seré vuestra...

—¡Al diablo con tu lealtad! ¿Y él qué dijo?

—Sonrió de una manera extraña que nunca he visto en él y respondió con un ademán de despedida.—Está bien... os le daré.

—Desconfía de esa sonrisa.

—No hay ya tiempo para temer. Ahora parto para Chorrillos con Licedo, que pidió permiso á mamá para traerme á que oyera el «miserere» y el domingo dejaré de ser Elisa Román para ser la señora de Licedo... ¿Vendrás á verme?

III

Pocos momentos después en un lujoso carruaje, dos personas sentadas la una al lado de la otra y con las manos entrelazadas salían por la portada de Guadalupe. ¡Ambas callaban! ¿Cuál pensamiento las absorbía? La una tenía sueños de amor, la otra de ambición, sentimientos antípodas cuando no se confunden en uno solo; pero que los preocupaba de tal manera que habían marchado dos leguas sin cambiar una palabra.

De repente, saltando detrás de una de las tapias que estrechan el camino al frente de Miraflores, un jinete montado en un brioso caballo negro alcanzó de un bote al cochero, cogiólo por el cuello, lo arrojó á tierra y mientras un hombre furioso bajaba del coche armado de una pistola, el misterioso jinete dando una vuelta rápida abrió la portezuela opuesta, entró por ella la mitad del cuerpo y tomando en sus brazos una mujer que yacía desmayada en el fondo del carruaje, se alejó con ella á toda la carrera de su corcel.

En la cima de la colina de arena y en el borde del barranco, el caballo espantado se detuvo de pronto

con un movimiento brusco que sacó de su letargo á la mujer desmayada.

—¡Dios mío!—gritó ella con acento de extremo terror —¡Un precipicio y el mar en su fondo! ¡Piedad!... ¡piedad!... ¿Queréis asesinarme?

—Dadme un suntuoso lecho nupcial—dijo con lúgubre ironía aquél que la tenía en sus brazos.—Dádmele y seré vuestra... ¡Hele ahí, Elisa! Ningún monarca de la tierra ofreció jamás un lecho nupcial tan suntuoso como éste á su desposada... He cumplido mi palabra: hora es de que cumpláis la vuestra.

Dijo y arrancando el velo de Luisa vendó con él los ojos á su caballo, aplicóle las espuelas y el fúnebre grupo rodó al abismo.

TRES NOCHES DE UNA HISTORIA

I

La despedida.

La noche es ardiente y tempestuosa. Pesadas masas de negras nubes pasan con rapidez rozando casi las espesas copas de los árboles que, agitados por un viento cálido, se mecen produciendo ese rumor lúgubre, semejante al llanto comprimido para el oido del que sufre, blando y acariciador para el dichoso á quien adormece en su lecho.

¡Escuchad! ¿qué lastimeros murmullos trae el viento en los intervalos de solemne silencio que siguen al trueno?... Sollozos... ¡Mirad...! allá abajo al cabo de la sombría avenida, entre las arcadas de esa glorieta, la luz de los relámpagos dibuja dos figuras: un hombre y una mujer.

El está embozado en una elegante capa. Su sombrero inclinado sobre su ancha frente no puede ocultar los abundantes bucles de sus cabellos de un castaño claro, esmeradamente arreglados sobre sus sienes. Sus facciones finas y de una belleza casi femenina tienen, sin embargo, en su conjunto un carácter sorprendente de fuerza y energía viriles.

¡Ella! ¡Cuán hermosa es! Sus grandes y negros ojos brillan con indecible hechizo al través de amargas lágrimas. Los sedosos rizos de su larga cabellera rubia caen en desorden sobre sus desnudos y torneados hombros. Con el codo apoyado en las rodillas de su compañero, sosteniendo su pálida frente con una mano y comprimiendo con la otra su pecho destrozado por los sollozos aquella mujer de talle esbelto, pálida, inmóvil, con los cabellos sueltos y cuya blanca túnica brilla con visos cárdenos á la luz siniestra del rayo, parece una de esas bellas estatuas de mármol que adornan las tumbas.

El que está con ella aprieta suavemente contra su pecho aquella cabeza encantadora é inclinándose sobre aquel hermoso rostro enjugó con sus labios las lágrimas que llenaban sus ojos.

—¡Matilde! ¡ángel mío!—la dice.—En nombre de nuestro hijo, serénate... ¿quieres que el dolor lo mate en tu seno? ¡No me quites abandonándote á la desesperación el poco valor que me resta para mostrarme digno de tu amor...! ¿Querrías que tu amante te deshonrara? ¿Cuando á pesar de un gobierno arbitrario, la patria, alzando la proscripción que pasaba sobre él, le llama para que te dé cuenta de su conducta vilmente calumniada, no lo despreciarías tú misma si no respondiera inmediatamente á tan glorioso llamamiento?

Una nueva explosión de dolor se escapó del pecho de la joven.

—¡El parte!—dijo con desesperación—es necesario

que se aleje... que me abandone... Y aquel que tiene el cabo de la odiosa cadena que me aprisiona llegará mañana, reclamará su sacrílego imperio sobre mi cuerpo... me helará de espanto con sus horribles caricias... Y mi corazón lleno sólo de tu adorable imagen te llamará en vano, Armando mío... ¡Oh! no... Ese hombre sólo es mi esposo ante el mundo... líbrame de la horrible desgracia de serlo ante Dios... Sálvame del doble perjurio que me amenaza... llévame contigo.

Y la desventurada, delirante, fuera de sí, se arrojó en los brazos de su amado como para sustraerse al horroroso destino que acababa de describir. El la estrechaba en silencio contra su corazón... Matilde siente que aquel pecho se agita convulsivo... Cree que su amante llora.

Un relámpago alumbra en aquel momento el rostro de Armando.

—¡¡¡Infamia!!! ¡¡¡Profanación!!! ¡¡¡El ríe!!!

Y las sombras de la noche, la densa niebla y los raudales de lluvia ocultan con sus lúgubres velos escenas sin nombre en ninguna lengua humana, entre el amor criminal, pero inmenso de esa mujer que en su fatal abnegación lo ha sacrificado todo... presente, porvenir, eternidad... y la horrible perfidia, la execrable hipocresía de ese hombre que mientras aquella mujer que le ama, bella y adorable en su dolor, medio desnuda y reclinada en su seno, exhala los gritos de su desesperación, él con espantosa sangre fría remedando los arrebatos de la pasión, espía las gradacio-

nes de ese dolor para consignarlas después en el álbum de sus triunfos; y en aquellas tinieblas pobladas de gemidos, sonríe á la idea de las fiestas y placeres que lejos de esa mujer le esperan al regreso de su destierro... ¡de ese destierro que ella encantó con su amor...! ¡¡¡Profanación!!! ¡¡¡profanación!!!

.....

II

Una página de Víctor Hugo.

París, resplandeciente de luces, de brillantes equipajes, de alegres y lujosas máscaras, celebra la noche del martes de Carnaval. De su populoso seno se exhala un inmenso rumor semejante al de mil torrentes del que sobresalen alegres gritos, grotescas exclamaciones, dulces risas, ásperas carcajadas. La sala de la Grande Opera brilla como uno de esos encantados palacios de las Mil y una noches. Todo lo que la gran ciudad encierra de aristocrático, rico y bello, se halla reunido allí bajo los más poéticos disfraces. Aquí, Lara, seguido de su lindo pajecillo, es asaltado por una máscara que, nombrándose Giovanna Morosini, pretende ser su mujer é invoca el testimonio y la autoridad de Jorge Sand, quien acude al momento á decidir la cuestión pidiendo previamente á Antony que lo acompaña un cigarro-pastilla para probar la identidad. Allá, Cedán, después de descubrir el engaño de Lalemi, se arroja con ella en el torrente... de una fre-

nética galopa enteramente olvidado de Daidha. Más lejos el soberbio Maleck-Adhel, detenido por una especie de Inés, fulminante de reproches y amenazas la desvía con asiático desdén arrojándola aquel terrible: Yo no sé pelear con una mujer ni amar á la mujer que sabe pelear, y va á reunirse á una preciosa novicia de blanco velo que menos gazmoña que la hermana de Corazón de León, le ha citado allí para decirle y oir todas las dulzuras de la noche del desierto.

Entre aquella alegre multitud, sola, triste, y silenciosa como un fantasma entre los regocijos de los vivos, una mujer de dominó negro se pasea lentamente. Por los agujeros de su lúgubre máscara se ven centellear dos grandes, negras y ardientes pupilas que, recorriendo con salvaje rapidez los talles y los semblantes, parece que buscan á alguien...

De repente se estremece... Una voz ha venido á herir á un tiempo su oído y su corazón... Se detiene palpitante y trémula, mirando en derredor fuera de sí.

—Lily—dijo á su lado un grave Pachá á una linda lecherita suiza, familiarmente colgada de su brazo.—¿No es cierto que está bello mi amo en su disfraz de Febo?

—Y la señora marquesa, mi galante ama, ¡cuán hechicera está con el dorado justillo de Esmeralda! ¡Cuán irresistible, como se lo acaba de decir tu conde Armando! Y su dedo señaló un palco, ante el cual la mujer del dominó negro de pie é inmóvil como un es-

collo en medio de las olas de un mar agitado, contemplaba las más perfectas copias de esas dos creaciones del gran poeta. Eran, en efecto, Febo y Esmeralda, él con su hermoso uniforme de archero tan perfectamente ajustado á su talle esbelto y elegantes formas; ella, flexible y ligera con su jubón de oro, su gorguerita de encaje, sus largos y negros cabellos, sus brazos morenos y torneados, y por entre las blondas de su máscara, el gracioso momito de la egipcia mostrándose á cada instante sobre sus purpúreos labios.

—Confiesa al menos, Lily—continuó el Pachá,—que si tu marquesa no cede en belleza á la gitanica, está tan lejos de ella en cuanto al corazón, que si yo fuese Victor Hugo, lo tomaría á lo serio y le suscitaría un pleito ahora mismo.

—¡Bah!—contestó la lechera—para neutralizar esa diferencia posee el conde Armando un alma en todo idéntica á la del antiguo capitán. El mismo egoísmo, la misma manera de comprender los sacrificios del verdadero amor, con la añadidura de una buena dosis de astuta reserva, desconocida al real archero. Mira... cuando le oigo, mientras visto á la marquesa, reir con ella leyendo las cartas de aquella española que tú dices es tan bella y que pinta su amor con palabras de fuego, yo no sé lo que me pasa y te reirás quizá de ello; pero me lleno de cólera y celos pensando en ti, y cada una de sus chanzas sobre aquella desgraciada dama me lastima el corazón cual si te oyera burlarte de mi amor con una rival.

Al escuchar aquellas palabras, la mujer del dominó negro ahogó un gemido y desapareció.

Entre tanto, Febo y Esmeralda, cual si se hallaran en el antiguo zaquizami, sólo se ocupaban en admirarse, en amarse y decírselo. Absortos en misteriosa y apasionada conversación, habían olvidado el sitio en que se encontraban y no advertían que bajo su palco un grupo de máscaras engrosado á cada instante se ocupaba exclusivamente de ellos.

—La bella egipcia—decía uno—ha olvidado su cornífera Djali.

—¿Olvidado?—dijo la lecherita.—¡Puede ser! pero la traviesa cabrita la ha seguido escoltada del dogo del señor Febo—añadió pellizcando el brazo del Pachá.

—¡Atención!—dijo un bandido napolitano.—El momento en que el capitán arrebata la gorguera á la niña parece que se acerca... Mirad sino como se agita el noble Febo.

—La escena de la gorguera—dijo riendo la lechera—pasó ya entre bastidores. Ahora tocamos el momento en que Esmeralda dice: ¡Febo mío, tuya soy!

—¡Oh...! ¡oh...! ¿Qué es aquéllo?

La puerta del palco se había abierto con violencia y el grupo de espectadores había visto entrar en él un espectro negro que alzó sus brazos, los dejó caer sobre el pecho de Esmeralda y... desapareció.

El alegre corro, creyendo presenciar una farsa y persuadiéndose de que Claudio Frollo había equivocado

su víctima, aplaudió con entusiasmo y ruidosas carcajadas.

Cuando el conde, que se había distraído un momento, se volvió al ruido de la puerta, halló á la marquesa tendida en el respaldo de la silla y bañada en sangre.

.....

La mañana siguiente á aquella horrible escena, al entrar Armando á su cuarto vió sobre la chimenea un paquete sellado con lacre negro. Este paquete contenía un puñal ensangrentado, el retrato del conde y el de una bellísima niña de seis años con este nombre grabado en la guarnición: IRENE.

III

El regreso.

Son las once de una fria y tempestuosa noche de diciembre. La nieve cayendo en abultados copos ha cubierto la mitad de la tierra con su blanco sudario. Por todas partes reina profundo silencio, únicamente interrumpido por el curso de los lejanos torrentes ó por los gemidos del viento entre las despojadas ramas de los árboles.

De repente suenan las pisadas de un caballo. Un hombre, montado en un soberbio alazán, aparece en la rápida pendiente de la colina.

Tristes pensamientos ocupaban su mente, pues camina cabizbajo con los brazos caidos, ora alzando su frente como para alejar importunos recuerdos, aplica las espuelas á los flancos de su caballo haciéndolo saltar veloz por aquellos peligrosos desfiladeros.

—Heme aquí aún otra vez en el destierro—dice con voz sombría.—¡Extraña coincidencia! Dos años ha en una noche lóbrega y tempestuosa como ésta, costeaba yo estos mismos precipicios. ¡Oh! ¡pero aquélla fué una

noche de fuego, una noche de amor y ésta es helada como la tumba! Entonces había á mi lado una mujer que me rodeaba con sus brazos, que murmuraba á mi oído palabras de amor y de dolor y que me inundaba con sus lágrimas. Un justo sentimiento me cerró para siempre el corazón de aquella mujer cuya suerte ignoro, igualmente que la del ángel que llevaba consigo... y ahora camino solo y mi corazón está solo también... ¡Matilde! ¡Irene! ¿dónde estáis?

Un enorme buho, alzándose de lo alto de un negro muro que el viajero costeaba hacía rato, respondió con un grito lúgubre á sus últimas palabras espantando de tal manera su caballo, que siéndole imposible dar un paso más se desmontó, y viendo una gran puerta que terminaba el muro, la abrió, entrando en un vasto recinto plantado de árboles que, en la profunda obscuridad que le rodeaba, tomó él por un huerto. Enredó la brida de su caballo en el tronco de uno de aquellos árboles, y transido de frío, agobiado de cansancio, se sentó en un banco de piedra.

Poco á poco, sus ojos acostumbrándose á las tinieblas de aquel lugar y ayudados del reflejo mate de la nieve, comenzaron á percibir objetos tan extraños que, no pudiendo resistir al deseo de saber en qué sitio la casualidad lo había traído á descansar, se puso en pie, y pasando la mano por sus ojos miró con curiosidad en torno suyo. En aquel momento, la luna abriéndose paso por entre las densas nubes amontonadas en el ocaso, bañó con su pálido y oblícuo rayo el banco en que se había recostado el viajero.

Sobre una ancha lápida de mármol que cubría toda su superficie, leyó dos nombres grabados en ella, separados por una cruz y seguidos de tres fechas.

Los nombres eran: MATILDE.—IRENE.

Las fechas: 21 de julio.—24 de febrero.—26 de abril.

¡¡¡Nombres y fechas fatales, presentes, ¡ay! muy presentes en la memoria del viajero y escritos en su alma, con el punzón del remordimiento...!!!

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

JUANA MANUELA GORRITI

CAPS		PÁGS.
	LA QUENA	23
I.—	La cita	25
II.—	La madre	30
III.—	El rapto	37
IV.—	La ciudad subterránea	43
V.—	La maldición y la promesa	50
VI.—	La esclava	57
VII.—	El regreso	62
VIII.—	Sacrilegio	64
IX.—	La redoma	67
X.—	Los dos encubiertos	72
XI.—	El romance	76
XII.—	La quena	83
	Conclusión	86

EL GUANTE NEGRO

I.—	La prenda de amistad	91
II.—	El guante negro	97
III.—	Una madre	105
IV.—	La carta	107
V.—	Amor de madre	112
VI.—	Quebracho Herrado	118
VII.—	La predicción	120

GUBI AMAYA

(Historia de un salteador).

CAPS. PAGS.

I.—Una ojeada á la patria..... 129
II.—..... 136
III.—..... 141
IV.—..... 147
V.—..... 152
VI.—Historia de un salteador..... 154
VII.—..... 180
I.—Un drama en el Adriático..... 199
II.—..... 202
III.—..... 205
IV.—..... 208
V.—..... 211
VI.—..... 214
Fragmentos del álbum de una peregrina.... 217

LA NOVIA DEL MUERTO

(A mi querido amigo Vicente G. Quesada).

I.—..... 227
II.—..... 229
III.—..... 231
IV.—..... 233
V.—..... 236
VII.—..... 247
VIII.—..... 250

LA HIJA DEL MASHORQUERO

(Leyenda histórica).

I.—..... 253
II.—..... 258
III.—..... 263
V.—..... 272

UNA APUESTA

CAPS. PÁGS.

I.—..... 281
II.—..... 286

EL LUCERO DEL MANANTIAL

(Episodio de la dictadura de don Juan Manuel Rosas).

I.—María..... 291
II.—Un sueño..... 294
III.—El encuentro..... 296
IV.—Amor y agravio..... 298
V.—Diez años después..... 300
VI.—Madre é hijo..... 305
VII.—En la sala de representantes..... 308
VIII.—El terrible drama..... 311
IX.—Conclusión..... 314
Una noche de agonía.—Episodio de la guerra civil argentina en 1841..... 315

EL LECHO NUPCIAL

I.—..... 337
II.—..... 339
III.—..... 341

TRES NOCHES DE UNA HISTORIA

I.—La despedida..... 345
II.—Una página de Víctor Hugo..... 349
III.—El regreso..... 354

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

VOLÚMENES PUBLICADOS

* Indica que la edición á la rústica está agotada.
— Indica que la edición encuadernada está agotada.

1. **Tres novelas picarescas,** de Hurtado de Mendoza, Cervantes y Quevedo.
6. **Serias y humorísticas,** por B. Mitre y Vedia.
— 7. **Nativos,** por Santiago Maciel.
— 9. **El Vellocino de Oro,** por Teófilo Gautier.
* 12. **El Doctor Antonio,** por Juan Rufini, tomo II.
13. **Inocencia,** por el vizconde d'Escragnolle Taunay.
20. **Arengas de Bartolomé Mitre,** tomo I.
22. **Arengas de Bartolomé Mitre,** tomo II.
24. **Arengas de Bartolomé Mitre,** tomo III.

25. **Adela y Matilde** ó los cinco últimos años de la dominación española en el Perú.

27. **Ella**, por H. Rider Haggard.

28. **Historia de Belgrano**, por Bartolomé Mitre, tomo I.

30. **Historia de Belgrano**, por Bartolomé Mitre tomo II.

32. **Historia de Belgrano**, por Bartolomé Mitre, tomo III.

34. **Historia de Belgrano**, por Bartolomé Mitre, tomo IV.

39. **El Sabueso de los Baskerville**, por Arturo Conan Doyle.

– 42. **El Conde de Monte-Cristo**, por A. Dumas, tomo III.

— 44. **El Conde de Monte-Cristo**, por A. Dumas, tomo IV.

— 45. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo V.

* 49. **Bocetos californianos**, por Francisco Bret Harte.

* 52. **Marianela**, por Benito Pérez Galdós.

* 53. **Mi prima Nicolasa**, por Matilde Alanic.

* 56. **El Libro de Navidad.**

59. **María**, por Jorge Isaacs.

* 60. **Cartas de mi Molino**, por Alfonso Daudet.

* 61. **Amor de Otoño**, por Andrés Theuriet.

* 63. **Insolación**, por Emilia Pardo Bazán.

* 64. **Historias Extraordinarias**, por Edgardo Allan Poe.

* 68. **Los Tres Mosqueteros,** por A. Dumas, tomo II.

* 72. **El Atentado Slughine,** por Hugues Le Roux,

* 73. **Colomba,** por Próspero Merimée.

* 74. **Mi conciencia vestida de rosa,** por Guy de Chantepleure.

* 75. **Sor Juana de la Cruz,** por Matilde Serao.

76. **Facundo,** por D. F. Sarmiento.

* 79. **El Vicario de Wakefield,** por Olivero Goldsmith.

* 80. **El Deseo,** por H. Sudermann.

82. **Iskander—Popanilla,** por Benjamín Disraeli.

83. **Historia de San Martín,** por Bartolomé Mitre, tomo I.

* 86. **Tolla,** por Edmundo About.

— 87. **Historia de San Martín,** por Bartolomé Mitre, tomo III.

— 89. **Historia de San Martín,** por Bartolomé Mitre, tomo IV.

— 91. **Historia de San Martín,** por Bartolomé Mitre, tomo V.

* 92. **La Novela de una momia,** por Teófilo Gautier.

— 93. **Historia de San Martín,** por Bartolomé Mitre, tomo VI.

* 94. **El Hilo de Oro,** por H. Gréville.

— 107. **Veinte años después,** por A. Dumas, tomo I.

— 108. Id., tomo II.

— 109. Id., tomo III.

111. **La mancha de sangre,** por Arturo Conan Doyle.
113. **En viaje,** por Miguel Cané.
— 122. **¿Quo vadis?,** por Henry Sienkiewicz, t. II
— 123. Id., tomo III.
— 124. Id., tomo IV,
— 157. **Cuesta arriba,** por Antoine Alhix.
170. **El Rayo Verde,** por Rogelio Dombre.
— 173. **Jack.** por Alfonso Daudet, tomo II.
— 175. **La Bolsa,** por Julián Martel.
— 184. **Quentin Durward,** por Walter Scott, tomo I.
— 185. Id., id., tomo II.
186. **Esaú y Jacob,** por Machado de Assis, tomo I.
187. Id., id., tomo II.
190. **Días penosos,** por C. Dickens, tomo II.
— 192. **Los Chuanes,** por H. de Balzac.
— 201. **Fabiola,** por el Cardenal Wisseman, tomo I.
202. **Fabiola,** por el Cardenal Wisseman, tomo II.
— 206. **Sor Alejandrina,** por Champol.
— 207. **Confusión,** por H. Conway.
— 208. **Ramona,** por Helen Hunt Jackson.
— 209. **El Cristiano,** por Hall Caine, tomo I.
— 210. Id., id., tomo II.
— 211. **Corina,** por Mme. de Staël, tomo I.
— 212. Id. id., tomo II.
— 215. **La ocurrencia de Gislena.** por B. Neullies.
— 216. **Azucena,** por C. Braemé.
— 218. **La gaviota,** por Fernán Caballero.

— 219. **Flor de sombra,** por Charles Foley.

— 221. **El pasado indestructible,** por H. Sudermann, tomo II.

— 223. **La hermana de la caridad,** por Emilio Castelar, tomo I.

223 bis. **Páginas de Historia,** por B. Mitre.

— 224. **La hermana de la caridad,** por Emilio Castelar, tomo II.

— 225. **El guapo Fernando,** por Mme. de Bovet.

— 227. **La Mionette, historia de mi pueblo,** por Eugène Muller.

228. **La Espinosa,** por B. Bernai.

229. **Historia de Sibila,** por Octavio Feuillet.

* 231. **Un idilio trágico,** por Paul Bourget, tomo I.

232. Id. íd., tomo II.

* 234. **El pecado de la muerta,** por Máxime Formont.

* 235. **Picciola ó una flor querida,** por X. V. Saintine.

* 237. **El Doctor Rameau,** por Jorge Ohnet.

* 238. **El Conde Luis de Camors,** por Octavio Feuillet.

* 241. **Aventuras de un cadáver,** por Robert Luis Hevenson y Lloyd Osbourne.

242. **París en América,** por el doctor Renato Lefevre.

* 243 **Renée Orlis,** por Henri Erdel, tomo I.

* 244. Id., tomo II.

* 245. **Mi hermana Juana,** por Jorge Sand.

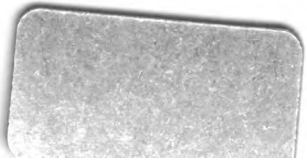
* 246. **La señorita de Fougeres,** por Ernesto Daudet.

247. **La fuerza del pasado,** por Daniel Lesueur

248. **Declaraciones mudas,** por Jaques Morel.

249. **En la paz de los campos,** por Maurice Montegut.

250. **La condesa de Maura,** por Mathilde de Saint Vidal.

251. **El país del holgorio,** por Matilde Serao.

De ambas ediciones están agotados los números: 2, 3, 4, 5, 8, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 23, 26, 29, 31, 33, 35, 36, 37, 38, 40, 41, 43, 46, 47, 48, 50, 51, 54, 55, 57, 58, 62, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 77, 78, 81, 84, 85, 88, 90, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 110, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 171, 172, 174, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 188, 189, 191, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 203, 204, 205, 213, 214 217, 220, 222, 226, 230, 233, 236, 239, 240.